

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2021 - 2023

Tesis para obtener el título de Maestría en Ciencias Sociales con Mención en Género y
Desarrollo

La precariedad y el olvido en las calles de la parroquia de Tumbaco. El cuerpo de las
minadoras como geografías olvidadas y marginadas en las actividades de reciclaje.

Andrea Carolina Game Trujillo

Asesora: Cristina Vega Solís

Lectores: Lucia Catalina Rivadeneira Suárez, Diego Carrión

Quito, junio de 2024

Dedicatoria

A Martha, mi compañía, mi luz y mi vida. Siempre serás el puerto al que siempre quiero volver.

A Raquel, quien siempre me cuida con ternura y afecto. Estás siempre presente en mi corazón y en mi mente.

A Armando, tú amor transforma mi mundo.

A Beatriz, por abrirme las puertas a su vida.

A todas aquellas recicladoras, que están olvidadas, silenciadas e invisibilizadas por prácticas económicas que aparecen por doquier, y buscan prevalecer sobre la vida.

Índice de contenidos

Resumen	9
Agradecimientos	11
Introducción	12
Metodología	16
Estructura	19
Capítulo 1. Marco Teórico: Vidas precarias: reivindicando conceptos desde la sostenibilidad de la vida.	21
1.1. Introducción	21
1.2. Economía Feminista: una lectura de la sostenibilidad de la vida.....	23
1.3. El problema de la precariedad en el centro	29
1.4. La precariedad en el cuerpo	36
1.6. Nuevas economías para la vida: Las economías populares.....	46
1.7. A modo de cierre	50
Capítulo 2. Varias historias: Las minadoras y las cadenas de suministro del reciclaje	52
2.1. Introducción	52
2.2. Una breve historia del reciclaje en el Ecuador: La basura desde cero	53
2.3. Una aproximación a la desigualdad: ¿Quiénes son las minadoras?	58
2.4. Algunas nociones de las cadenas de suministro	63
2.5. Una historia contada desde los eslabones de la cadena de reciclaje en el Ecuador.....	65
2.6. Donde se sitúan las historias de esta investigación. La parroquia de Tumbaco..	73
2.7. A modo de cierre	82
Capítulo 3. Un retrato económico y social de la precariedad, la violencia y la exclusión	84

3.1. Introducción	84
3.2. Nuestro primer acercamiento	85
3.3. Tiempo precario	87
3.4. Ingresos precarios.....	90
3.5. Gastos precarios	94
3.6. Las deudas	97
3.7. Territorios y criminalización.....	100
3.8. Pobreza intergeneracional	104
3.8.1. Los desechos y el nuevo significado de las cosas.....	104
3.8.2. La deserción escolar y la desprotección social.....	108
3.9. Vivencias del hogar.....	111
3.9.1. El hogar como territorio de almacenamiento y clasificación.....	111
3.9.2. El hogar como territorio de violencia intrafamiliar.....	113
3.9.3. Mi hogar y mis activos.....	115
3.10.La pandemia: trabajar o resguardar la vida	122
3.11.A modo de cierre: ¿Entonces qué es la precariedad?.....	123
Capítulo 4. Vivir para trabajar: la precariedad se siente y habla desde el cuerpo	126
4.1. Introducción	126
4.2. Mi salud: mi cuerpo es mi medio de trabajo	128
4.2.1. Mi espalda.....	128
4.2.2. Mis manos.....	132
4.3.3. Mis pies.....	136
4.3.3. El descanso de mi cuerpo.....	139
4.3. El cuidado de mi cuerpo	141
4.4. Mi alimentación.....	146
4.5. ¿Cómo se percibe mi cuerpo?	149

4.6. Las marcas de la precariedad en mi cuerpo.....	150
4.7. A modo de cierre: ¿Entonces cómo se inscribe la precariedad en el cuerpo?...	152
Referencias	162

Lista de ilustraciones

Gráficos

Gráfico 1.1. Otro modo posible de acceso a recursos	29
Gráfico 2.1. Representación de la cadena de suministro.....	66
Gráfico 3.1. La basura como bien privado	102

Mapas

Mapa 2.1. Ubicación de la parroquia de Tumbaco, 2020.....	74
Mapa 2.2. Modelo de interpolación de la distribución de la pobreza, 2020	76
Mapa 2.3. Modelo de interpolación de la distribución de la pobreza, 2020	80

Tablas

Tabla 1.1. Dimensiones de la Precariedad.....	34
Tabla 2.1 Gastos mensuales hogares	62
Tabla 2.2. Rama de actividades económicas de la parroquia de Tumbaco, 2020	78
Tabla 3.1. Gastos mensuales de Beatriz	97
Tabla 3.2. Inventario personal de Beatriz.....	121

Fotos

Foto 1. Fotografía de Beatriz.....	20
Foto 2.1 Calles de la Parroquia de Tumbaco.....	81
Foto 3.1. Beatriz y su nieta.....	87
Foto 3.2. Casa de la señora “Lolita”.....	93
Foto 3.3. Beatriz y su hija separando cartones	104

Foto 3.4. Beatriz con una pintura	105
Foto 3.5. Rosana con sus juguetes.....	107
Foto 3.6. Alison en compañía de su hermana menor	110
Foto 3.7. Espacio donde Beatriz guarda sus materiales	113
Foto 3.8. Beatriz acomodando unas botellas de plástico.....	115
Foto 3.9. Casa de Beatriz y su familia.....	119
Foto 4.1. Alison cargando algunos costales de materiales	132
Foto 4.2. Manos de Beatriz	135
Foto 4.3. Beatriz y Alison van a recoger algunas fundas	138
Foto 4.4. Beatriz y su familia regresando a su casa	138
Foto 4.5. Beatriz, Alison y su nieta arreglando algunos materiales	145
Foto 4.6. Beatriz con un juguete	148

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Andrea Carolina Game Trujillo, autora de la tesis “La precariedad y el olvido en las calles de la parroquia de Tumbaco. El cuerpo de las minadoras como geografías olvidadas y marginadas en las actividades de reciclaje”, declaro que la obra es mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría, concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cede a FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC-BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener beneficio económico.

Quito, junio de 2024.



Firma

Andrea Carolina Game Trujillo

Resumen

La presente investigación es un acercamiento a la precariedad que viven, sienten y enfrentan las minadoras y sus familias. El retrato de la precariedad empieza en las calles de la Parroquia de Tumbaco, en donde las historias y las experiencias de Beatriz, Alison y su nieta mientras trabajan y conviven con el desecho dan cuenta que la precariedad es un fenómeno que se inscribe y se reproduce de modos diferentes. Los oficios de minado son actividades económicas que se desarrollan en espacios negados y vulnerados por la sociedad. Hoy, con el nuevo modelo neoliberal de explotación y despojo las calles se han convertido en los nuevos centros de producción, en donde se acumula la mano de obra precarizada y barata y, a su vez, en los territorios en donde se desarrolla la vida. La prima impresión que surge en estos espacios son mujeres que, en compañía de sus familias, hurgan en los vertederos de basura materiales como: plásticos, cartones, alambres y botellas. Estos objetos, que son desechados y pierden su vida útil, son incorporados nuevamente en el circuito de la economía como resultado del trabajo precarizado que realizan muchas mujeres en las calles. Empero, las remuneraciones económicas que reciben estas familias se realizan sobre un cálculo económico que se dicta por parte de los mandos oficiales que gobiernan la cadena de reciclaje. Es un reconocimiento que se calcula precariamente en función del peso y del volumen de los materiales recuperados en las calles y, en definitiva, no corresponde a las características de las labores realizadas y a las jornadas extenuantes de trabajo.

La precariedad económica se manifiesta en hogares abarrotados de deudas, en la carencia de activos que apenas satisfacen las necesidades y, finalmente, en ingresos que no alcanzan a cubrir las necesidades básicas, mermando así el bienestar y la vida como tal. En este sentido, las diferentes formas de sentir la precariedad trascienden las categorías habituales de trabajo que, generalmente, se nombran en ingresos y en bienestar social. Hoy, la precariedad se siente y se vive en el cuerpo como si fuera el tren de aterrizaje para desplegar diferentes formas de explotación. Las minadoras hurgan con sus manos desnudas entre las fundas, sienten y palpan con su piel los desechos contaminados y, posteriormente, su espalda se hace responsable de cargar los materiales recuperados de las fundas como si fuera el instrumento de trabajo más “adecuado” para soportar y cargar más peso.

En consecuencia, la presente investigación da cuenta de cómo la vida es precaria y vulnerable, y cómo la vida de las minadoras se pone al servicio del capital para reproducir meramente sus fines. Esto, principalmente, deviene de un sistema económico que se sustenta en la idea de la

autosuficiencia y la autotrascendencia, y no da cuenta que los cuerpos de estas mujeres necesitan de descansos, cuidados y afectos, especialmente, en trabajos que se desarrollan en la informalidad y que, en ciertas ocasiones, se tornan violentos, inseguros y precarios. Con este marco de referencia, las técnicas etnográficas y el conocimiento permitieron abordar la precariedad y el cuerpo desde un enfoque teórico anclado a la economía feminista y a otras aproximaciones teóricas que dieron cuenta de las desigualdades de género, clase y edad.

Agradecimientos

A Martha, todo empieza contigo, mamá. Detrás de cada uno de mis sueños estás tú presente. Cuántas veces me sentí derrotada, pero fuiste tú mi roca y me empujaste con fuerza para seguir adelante. Tú, que fuiste madre y padre a la vez, me enseñaste el valor del coraje y la perseverancia. Esto es para ti mamá, esto tiene escrito tu nombre.

A Raquel y Antonio, a mis abuelitos que recuerdo con tanto cariño. Ustedes que amaron incondicionalmente y sin reproche, fueron y son el pilar de mi vida. Guardo cuidadosamente cada una de sus enseñanzas en mi corazón.

A Armando, mi gran amor. Aunque nacimos y venimos de diferentes países, te encontré en el lugar menos esperado, en el momento perfecto, cuando más te necesitaba. No importa cuán lejos estemos de casa, siempre estás tú para llenar mi vida de amor y ternura. Hoy, miro con ilusión la vida que estamos construyendo juntos.

A Juan, que incontables veces me enseñó el valor de la fuerza y la valentía. Tú que con tus enormes alas me enseñaste a nunca rendirme, aunque, el miedo me erice la piel.

A mi querida profesora Cristina Vega Solís, a quien muchas veces escuché en las aulas de clases. Sus enseñanzas siempre me ayudaron a cuestionar aquello que me causaba ruido y malestar. Gracias por su acompañamiento en esta aventura que me permitió romper mis propias estructuras, por su escucha constante y por su palabra amiga.

Termino de escribir mi tesis en Tarragona, España, lejos de casa, reafirmando con certeza el profundo amor que siento por mi familia. A pesar de la distancia, están presentes en mi corazón cada día, siendo una fuente inagotable de inspiración. Finalmente, no puedo dejar de mencionar la influencia transformadora que el feminismo ha tenido en mi vida. Este movimiento no solo me ha proporcionado las herramientas para entender y cuestionar las desigualdades de género, sino que también me ha empoderado para ser la mejor versión de mí misma.

A mi mamá, a Armando y a Juanito, esto es para ustedes.

Introducción

El modelo de trabajo actual exige una presencia constante y entusiasta como promesa de mantenimiento y futurabilidad. Nos obliga a estar siempre presentes, pero obvia la materialidad de nuestros cuerpos, cada vez más agotados y precarizados. El engranaje precario nos insta a dar cuenta que no tenemos un cuerpo.

—Garbayo 2018, citado en Montalvo 2021.

En la actualidad, la rápida urbanización, la aceleración de la producción y el consumo excesivo rompieron la capacidad natural para reabsorber los residuos sólidos (Solíz, Yépez, Valencia y Rubén 2019, 25). Es así que, hoy, con la naturalización del paisaje los desechos se han convertido en elementos estructurales que forman parte de la geografía (Solíz 2010, 6). Con el sobreconsumo y con la sobreproducción de los desechos, la economía, durante los últimos años, ha crecido a costa de la naturaleza y del trabajo “descualificado” de miles de hombres y mujeres. Sobre este escenario, el reciclaje aparece como una actividad económica que, si bien no es una solución completa al problema de los excesivos desechos que produce la economía, si permite mantener un equilibrio entre la naturaleza y el consumo, garantizando de una u otra manera la continuidad de la vida. Sin embargo, el sistema capitalista viene con sus fuerzas de mercado para aprovecharse de estos oficios y para reproducir las ganancias, los beneficios y los intereses del capital, a costa de una mano de obra que está conjugada con la precariedad, con la violencia y con la desprotección.

Hoy, las actividades de reciclaje son trabajos que se van dibujando en el rostro de las minadoras de la ciudad de Quito, como esos rostros de edad adulta, de menores ingresos y de bajos niveles de instrucción y en sus cuerpos como territorios para la explotación y el sometimiento laboral (Rivadeneira 2020, 9). La categoría de minadoras, que se mantiene a lo largo de la investigación, es una representación que proviene del habla nativa de la gente de la serranía ecuatoriana como una categoría que alude al trabajo que estas mujeres realizan, pues en su “mayoría son mujeres que al igual que los mineros transforman el filón de oro, convierten lo que para otros es basura en materiales reciclables” (Rivadeneira 2020, 9).

Las minadoras buscan asiduamente entre las fundas y los contenedores de basura que se encuentran ubicados en las afueras de las grandes urbanizaciones, plazas y parques de la ciudad Quito diferentes materiales que pueden ser reciclados (Rivadeneira 2020, 9). Estas

mujeres trabajan en medio de los desechos, sus manos desnudas ingresan en las fundas de basura, en donde su piel tiene un contacto directo con materiales que se encuentran en descomposición. Posteriormente, su espalda se hace responsable de cargar grandes bultos de materiales, sometiendo su cuerpo a una serie de exigencias físicas que no siempre están acorde con su capacidad de resistencia. Finalmente, sus pies tienen que caminar grandes distancias con el peso de los materiales recuperados de las calles.

En este sentido, el cuerpo de las minadoras se convierte en su único instrumento de trabajo que les permite generar medios de subsistencia, mientras que para los eslabones medios y altos de la cadena de reciclaje sus cuerpos son herramientas para la producción. La precariedad que sienten y viven las recicladoras y sus familias se impregna como una marca adherible a su cuerpo y, posteriormente, se manifiesta en una serie de enfermedades y dolencias que poco a poco van mermando su salud y su bienestar (Solíz et al. 2020, 95). Esta precariedad se dibuja con trazos oblicuos en el cuerpo, dado que para el sistema capitalista no son más que herramientas entregadas al oficio que son serviles, marginales y funcionales para reproducir meramente los intereses del capital. De esta manera, los cuerpos de estas mujeres se transforman en geografías “olvidadas” y “marginadas”, debido a que son el primer territorio para la explotación laboral, en donde la sociedad y el Estado, durante los últimos años, solo han criminalizado y restringido su presencia.

En la actualidad, el sistema capitalista democratiza la distribución de la basura invisibilizando a los verdaderos responsables de su generación, pero son las minadoras quienes recuperan las mercancías desechadas del sistema económico, y con su trabajo dotan al residuo desechado un nuevo valor de uso que más tarde será la materia prima que ingresará nuevamente a la economía (Solíz et al. 2019, 43). Estos insumos generan cuantiosos beneficios a las industrias, permitiendo que se posicionen a la cabeza de los rankings financieros de las mejores compañías. Sin embargo, estas empresas operan sobre una compleja red de abstracciones que determina la posición de las minadoras dentro de la cadena de reciclaje, debido a que son negocios interesados únicamente en adquirir los insumos sin el reconocimiento económico del trabajo que realizan estas mujeres en las calles. De esta manera, la acumulación del capital se produce a través de la domesticación y el disciplinamiento del cuerpo, reconociendo a las minadoras con un ingreso que no da cuenta de las características de las labores realizadas. Este trabajo invisibilizado y no reconocido no hace más que incrementar la cantidad final de plusvalía que absorbe y recibe el capitalista como el único beneficiario de este trabajo precarizado.

Es así como, pensando en cómo la precariedad atraviesa la experiencia de las minadoras, y cómo se inscribe este fenómeno en su cuerpo empecé mi investigación. Este cuestionamiento irrumpió mi cotidianidad, y con el trabajo de campo fueron surgiendo otros cuestionamientos que calaron en lo profundo de mi ser. En un inicio asociaba la precariedad con las categorías tradicionales de trabajo, pensando únicamente en términos de ingresos, beneficios y protección social. Más adelante, mientras convivía con las recicladoras en condiciones que rebasaron la comodidad a la que estaba acostumbraba, percibí que la precariedad no es dato estadístico que puede correrse en un modelo económico, sino que va más allá, porque hace alusión a la violencia, a la carestía, al hambre y a la estigmatización que viven día a día estas mujeres junto a sus familias.

La convivencia con Beatriz, Alison y su nieta, que más adelante desarrollaré, me permitieron dar cuenta la forma que va tomando la precariedad. La cual empieza en labores no reconocidas, en compensaciones económicas injustas, en jornadas extenuantes de trabajo, en hogares abarrotados de deudas, en violencias y conflictos, en la carencia de bienes materiales y, finalmente, en la explotación de su cuerpo. Finalmente, mientras escribía el marco teórico y cuestionaba algunos postulados, entendí que no solo es el cuerpo que trabaja para sostener los beneficios de las grandes industrias del reciclaje, sino también el cuerpo que cuida, sostiene y atiende la vida.

Como diría Amaia Pérez (2019), “la vida es cuerpo, y en él se expresa nuestra vulnerabilidad”. La lectura tradicional dice que la precariedad fragmenta el espacio y el tiempo de trabajo, pero también el cuerpo. En donde la economía habla desde fuera del cuerpo, y presupone “que se puede investigar y hacer teoría desde ninguna parte, desde posiciones que pretenden ser neutrales, y son en realidad masculinas, blancas y privilegiadas” (Montalvo 2021, 133). Sin embargo, desde la economía feminista el cuerpo existe, y es aquel que carga con el peso del trabajo, el hambre y la necesidad. Especialmente, desde una actividad económica que implica el desgaste del cuerpo como resultado de una práctica que implica moverse en diferentes espacios, de espaldas que se doblan con el peso de las fundas de basura, y de manos que portan heridas por los objetos cortopunzantes que se encuentran de manera imprevista en las fundas de basura.

En este sentido, pensando en cómo la precariedad se vive y se siente en el cuerpo, surgieron los siguientes objetivos específicos que trazaron la ruta de la presente investigación, entre ellos están: analizar las características de la precariedad en términos de temporalidad, carencia de ingresos y desprotección social, estudiar cómo estas características repercuten en el cuerpo

de las minadoras y en sus condiciones de salud, investigar las condiciones económicas y sociales de los hogares de las mujeres recicladoras y, finalmente, estudiar cómo las actividades de reciclaje generan medios de supervivencia.

Por último, esta investigación sienta también las bases para dar una lectura crítica a las economías informales que desde las calles generan recursos económicos para seguir sosteniendo la vida. Hoy, el retrato de la precariedad se dibuja en las calles como los nuevos centros de producción, en donde se precariza y se vulnera la vida.

Metodología

La investigación feminista, como diría Sandra Harding (1998), toma como punto de partida la experiencia de las mujeres no en términos plurales sino singulares. O, como se expresaría Donna Haraway (1995), desde categorías más reivindicativas el feminismo “ama la otra ciencia, la ciencia y las políticas de la interpretación, de la traducción, del tartamudeo, y de lo parcialmente comprometido”. Estas frases que dotan de significados para quien se embarca en la ruta sinuosa de la investigación dan cuenta que se puede construir conocimientos y significados desde las experiencias de mujeres, principalmente de aquellas que no son nombradas y que están invisibilizadas desde espacios negados y marginados por la sociedad. En este sentido, la metodología utilizada para la presente investigación parte del *conocimiento situado* y de las *conexiones parciales* como una apuesta que intenta construir otras formas de conocimiento desde las narrativas económicas, sociales y afectivas de las minadoras.

El estudio es cualitativo porque habla de la precariedad que sienten y viven las minadoras cuando trabajan con el desecho, y cuando sus cuerpos se marcan como los primeros territorios para la explotación y el sometimiento laboral. El conocimiento situado es el que guía y articula esta investigación como una excusa para dar cuenta de las condiciones de precarización y pauperización que caracterizan a los oficios del minado, y como una excusa para promover más adelante la agencia de estas mujeres como parte de los procesos de la lucha feminista.

La investigación se sitúa en las calles de la Parroquia de Tumbaco como un territorio que retrata una enorme heterogeneidad social, y que aviva a comprender que las desigualdades sociales se reproducen en el espacio, en donde el orden social dominante se impone entre clases (Robertsdotter 2020). Sin embargo, las veredas, plazas y parques de la Parroquia no pueden pensarse sin la figura de las minadoras, quienes salen a tempranas horas del día a hurgar, cuidadosamente, entre las fundas materiales como: plásticos, cartones y botellas que son desechados, pero que para ellas se convierte en su medio económico de subsistencia. La población de estudio fue una familia de recicladoras, Beatriz, Alison y su nieta son las voces que resuenan en esta investigación. La elección de un núcleo familiar resultó del afán de adentrarse profundamente en la vida de estas mujeres, en donde las diferentes manifestaciones del trabajo y la precariedad se inscriben de modos diferentes. La periodicidad se sitúa en los meses de enero, febrero y marzo del 2023 que fueron los meses que acompañé a esta familia en sus labores y en su vida cotidiana.

En este aspecto, es importante mencionar la red familiar de estas mujeres con el propósito que cuando sean estas páginas no genere confusiones. Beatriz Cevallos es una mujer de 65 años, es recicladora y trabaja en la calle Abdón Calderón en compañía de Alison que apenas tiene 15 años. Alison es nieta de Beatriz, pero por conflictos familiares a temprana edad fue a vivir en la casa de su abuela y, desde ese momento, la llama mamá. Y finalmente, Beatriz es una niña de 11 años y lleva el mismo nombre de su abuela. En el desarrollo de la investigación aparecen también otros personajes importantes, la hija mayor de Beatriz con quien tiene una relación familiar conflictiva y que, en muchas ocasiones, ha tenido enfrentamientos violentos. Mientras que, el hijo mayor de Beatriz es un apoyo económico importante para ella y su familia. Cada miembro familiar asume un papel importante en la vida Beatriz, su familia representa una red de apoyo para amortiguar las precariedades que enfrenta día a día. Además, es imprescindible recalcar que Beatriz, Alison y su nieta, quienes son las protagonistas de estas páginas, accedieron a que su historia se plasme en esta investigación manteniendo sus nombres reales, y que sus fotos personales sean divulgadas a lo largo del desarrollo de la misma.

De esta manera, durante mi trabajo de campo utilicé las técnicas etnográficas para sumergirme en el mundo material y simbólico de esta familia. La observación participante fue una técnica que empleé con minuciosidad para adentrarme en las situaciones reales y cotidianas de las minadoras, principalmente desde las dimensiones de la precariedad que hablan del espacio y del tiempo y, por lo tanto, me sirvieron para comprender algunas de sus prácticas y verbalizaciones. Por otro lado, para acceder al mundo económico y social en las dimensiones de ingresos, deudas, gastos y activos se plantearon entrevistas no directivas que permitieron transitar en el interior de sus hogares y sus vidas.

Más adelante, para retratar cómo las dimensiones de la precariedad se inscriben en el cuerpo usé la observación participante y las entrevistas a profundidad. Esto sirvió para dar cuenta que no se puede hablar de la precariedad desde fuera del cuerpo, debido a que el reciclaje es una práctica económica, que desde la lectura en crítica al sistema capitalista, implica el desgaste del cuerpo, de moverse en diferentes espacios, de palpar con las manos desnudas los desechos contaminados, del cansancio de caminar en el sol, y de la ansiedad de no contar con suficientes ingresos económicos para satisfacer las principales necesidades básicas. Por consiguiente, establecí algunas preguntas orientadas a enfermedades recurrentes, a dolencias del cuerpo, a formas de cuidado y descanso, entre otras.

Finalmente, después del trabajo de campo la construcción de la información me demandó de un proceso de aprendizaje, que surgió como diría Rosana Guber (2016), de la práctica, de la memoria y de la asociación de los elementos que se ven y que se escuchan. El registro posterior, personalmente, me permitió una profunda introspección y un proceso de autoconocimiento, porque trate de no obviar ningún gesto y ninguna palabra de Beatriz, Alison y su nieta. Cada observación, pensamiento e idea plasmé con las anotaciones, imágenes e impresiones registradas en mi diario de campo, el cual fue mi aliado para efectuar un apunte organizado de las reflexiones y observaciones que surgieron en el terreno de estudio. En consiguiente, cada una de sus experiencias retratadas en las siguientes hojas fue una cristalización de sus vidas vista desde el ángulo de quien fija las “anotaciones”, y de quien “acomoda” el lente de la cámara para retratar cómo las diferentes formas de la precariedad se inscriben en el cuerpo. En consecuencia, en la presente investigación, como aludiría Donna Haraway (1995), el cuerpo fue una herramienta del conocimiento situado y en la matriz en la que nació la literatura.

Por último, es esencial mencionar que la investigación fue también pensada y escrita en el contexto de la pandemia por COVID-19, que fue el escenario en donde la precarización y el menosprecio se exacerbaron con un rostro más cruel y distinto.

Estructura

En la presente investigación se mantiene el siguiente orden. En el primer capítulo se desarrolla el marco teórico en donde se abordan diversas entradas analíticas que permiten aproximarnos a la economía feminista como punto de partida, se continúa con algunas definiciones de la precariedad y la economía popular y, finalmente, se toman algunos aportes teóricos del cuerpo desde una crítica al sistema capitalista. En el capítulo 2, se realiza una contextualización de la realidad económica y social de las minadoras y sus familias, en donde las cadenas de reciclaje aparecen como eslabones claves que se aprovechan del trabajo precarizado de estas familias para reproducir los intereses de clase, y para perpetuar las desigualdades sociales y, por último, se presenta a la Parroquia de Tumbaco como un territorio marcado por una profunda heterogeneidad económica y social, y como el espacio en donde surgen y se cuentan las historias. En el capítulo 3, se muestra una ficha económica para dar cuenta de la precariedad y la vulnerabilidad económica y social que viven y enfrentan las minadoras y sus familias. En el capítulo 4, se aborda la precariedad desde una lectura del cuerpo para enunciar cómo el trabajo se vive con y desde el cuerpo. Finalmente, en la última parte se elaboran algunas conclusiones finales de la investigación realizada.

Antes de empezar: Esta es mi historia, yo reciclo.

Me llamo Beatriz, y soy recicladora. Yo veía en las calles que recogían botellas, pero no entendía para qué servía. Mi hija tenía apenas 6 años, ella fue la que empezó a coger los materiales. Yo veía como su cuerpecito pequeño estaba en la basura, le decía que no coja esas cosas, pero no entendía lo que hacía.

Una vez vi a un señor que estaba cogiendo las botellas, los plásticos y los cartones de la esquina de la calle. Mi hija no tenía recelo, salía de la escuela en la tarde, y se iba corriendo al parque, ella venía agarrando solo botellas. Entonces, le dije a mi hija que le iba a ayudar. Me conseguí un costal grande para guardar las latas de atún, las botellas de yogur y los plásticos. Prácticamente, yo seguía detrás de ella, haciendo lo que ella hacía.

Un día me conseguí una señora, y le vendimos todo el material. Vimos que esto era un trabajo digno, y que hacía platita. Empecé abriéndome yo misma, me metí en esta calle, comencé cogiendo los materiales, y después seguía llevando a mi casa a guardar en un puestito que tengo al lado.

Este es mi trabajo...

Foto 1. Fotografía de Beatriz



Fuente: Foto de la autora.

Capítulo 1. Marco Teórico: Vidas precarias: reivindicando conceptos desde la sostenibilidad de la vida.

1.1. Introducción

En la actualidad, el reciclaje es una actividad informal que es realizada por una población que se encuentra en condiciones precarias y vulnerables, cuyos beneficios son apropiados por los grupos económicos que comandan la cadena del reciclaje “desde arriba”. Invisibilizar y no reconocer el trabajo que realizan estas mujeres es negar que sus oficios son importantes para la sostenibilidad de la vida. Varios mitos rodean la labor del reciclaje, las y los recicladores son poblaciones “desechadas” por los mercados formales de trabajo, debido a que para la doctrina capitalista son trabajadores/as que desarrollan actividades marginales y desorganizadas que están fuera de los marcos institucionales. Según ciertas creencias del sistema capitalista, estas economías tienen un impacto económico mínimo y, además, son una molestia que tiene que ser eliminada junto con las minadoras para así dar paso a una propuesta de gestión de residuos más “acorde” a los tiempos de la modernidad líquida (Tovar 2018, 46). Sin embargo, el reciclaje es una realidad esencial para la vida y, en definitiva, existe por la utilidad que genera sus servicios. Esto no quiere decir que la necesidad económica y social de las minadoras debe ser tratada como una “virtud” que es indispensable para garantizar el bienestar y la vida, sino como una problemática que no puede ser eludida. La realidad de las minadoras es un problema y, en consiguiente, existe porque el sistema capitalista impide hablar sobre las raíces de las violencias. Es decir, se puede hablar sobre la importancia del reciclaje para la economía sin ahondar en la estigmatización y la violencia que viven estas mujeres y sus familias.

En este sentido, el presente marco teórico surge como una propuesta teórica para reivindicar la vida de las minadoras y sus “familias”, introduciendo conceptos para criticar las nociones dominantes del capitalismo moderno que margina, precariza y olvida la presencia de los cuerpos que hurgan en la basura. La ruta teórica empieza con la economía feminista no desde el discurso hegemónico de “agregue mujeres” como una solución para reconocer la igualdad de hombres y mujeres en el mercado laboral, sino como una apuesta desde la ruptura para reconocer aquellas economías definidas como las “otras”, las cuales mediante formas solidarias garantizan el bienestar social. Para ello, se consideran los aportes de Amaia Pérez

(2019) que propone mirar “más allá” de los mitos del desarrollo ilimitado, de la acumulación del capital y del trabajo asalariado para dar cuenta de las actividades, y de las y los sujetos que cotidianamente sostienen la vida.

Más adelante, se propone tratar a la precariedad como un concepto que tiene distintas caras y facetas, y que no solo se constituye como un discurso que recorre trans-espacialmente las categorías sociales de trabajo, aludiendo únicamente a ingresos, jornadas labores y protecciones sociales, sino que aparece como una noción que se reproduce en las diásporas de los sistemas de dominación para dar cuenta que la precariedad es una realidad coextensiva de la vida humana que se manifiesta en diferentes formas de trabajo, resumiéndose en esa experiencia combinada de inseguridad, incertidumbre y desprotección que sienten nuestros cuerpos cuando sirven a los intereses del capital. Julián Dasten (2019), Zygmunt Bauman (2003), Precarias a la Deriva (2004) y Dídimo Castillo (2019) traen el concepto de la precariedad como una condición natural del “espíritu moderno” del capitalismo, el cual viene con “perder los frenos” en la desregularización, la flexibilización, la liberación de los mercados financieros y laborales, etc.

Por otro lado, desde una crítica al sistema capitalista David Harvey (2000), Klaus Dorre (2019), Jason More (2015) y Silvia Federici (2020) invitan a cuestionarse la “guerra” que se ha librado sobre los cuerpos, y la forma de “máquinas” que han adoptado para generar la ansiada acumulación capitalista. Estos autores retoman el concepto del cuerpo “como medida de todas las cosas” para entender los distintos significados y las prácticas que se asientan sobre él. El cuerpo deseado y aceptado será sin duda aquel que responda a los cánones de producción a gran escala, y funcione con los ritmos y los tiempos del capital.

El siguiente concepto desarrollado es la *razón neoliberal* desde los postulados críticos de Verónica Gago (2014), este término se utiliza como una fórmula para mostrar al neoliberalismo como una racionalidad no solo en términos de *gubernamentalidad*, sino para dar cuenta cómo esta misma racionalidad es adoptada por las víctimas que se encuentran en las pequeñas economías comerciales y afectivas. El neoliberalismo no solo viene “desde arriba” encarnado en los agentes económicos anti-estado y pro-mercado, sino que además, viene “desde abajo” como una tecnología que se impone con la ideología del “emprendimiento” y la “autogestión” a las masas como si fuera una práctica vitalista que imperiosamente debe ser adoptada (Gago 2014). En este escenario de orden y desorden, aparecen las economías populares como actividades económicas que son realizadas por trabajadores y trabajadoras que no coinciden con el *homo economicus* fantaseado por la

imaginación capitalista, debido a que son poblaciones que son desechadas de los modelos dominantes de los mercados laborales como trabajadores precarios que buscan nuevas formas para sostener la vida.

Finalmente, esta ruta metodológica será una propuesta para sustentar desde la teoría como la precariedad toma forma en la vida de las minadoras, adhiriéndose como una marca que prevalece como insignia en su cuerpo.

1.2. Economía Feminista: una lectura de la sostenibilidad de la vida

Estaríamos al borde de una gran transformación. La forma de la nueva sociedad será objeto de una intensa disputa en el próximo periodo, y el feminismo será importante en tal disputa.

—Silvia Berger.

En la actualidad, lo que se ha denominado como economía feminista se encuentra entre el cruce fértil y a la vez complejo entre economía y feminismo. Esta noción surge como una consigna más radical que simplemente diferenciar la condición económica de hombres y mujeres, y proponer políticas que corrijan las desigualdades entre uno y otro sexo (Esquivel 2016, 3). En este sentido, la economía feminista nace como una propuesta rupturista para desarmar las construcciones sociales de género que se alzan desde la economía. Las cuales tienden asociar a las mujeres con las esferas no reconocidas del mercado, mientras que a los hombres con el rigor lógico que caracteriza el funcionamiento de la economía (Rodríguez 2015, 32). Esta nueva corriente de pensamiento económico hace hincapié en la necesidad de incorporar las relaciones de género como una variable importante que explica el funcionamiento de la economía y, al mismo tiempo, expone la diferente posición que tienen los hombres y las mujeres como agentes económicos y como sujetos de política pública como tal (Rodríguez 2015, 32).

En consecuencia, la economía feminista hace una crítica propia al legado de la economía tradicional aduciendo que las fronteras de la misma, que van desde el paradigma neoclásico hasta el paradigma liberal, consideran únicamente las estructuras de mercado desde un arquetipo estrecho y excluyente que falsea la realidad de la sostenibilidad de la vida. La teoría neoclásica, entre sus supuestos y modelos, simplifica y estereotipa la naturaleza de las

mujeres y las relaciones sociales, en donde las mujeres aparecen como simples amas de casa, madres y esposas, como trabajadoras “menos” productivas para el mercado, y como “dependientes” económicamente del salario de sus maridos (Carrasco 2006, 2).

Es así como, la economía feminista cuestiona el sesgo androcéntrico de la economía que únicamente evidencia las representaciones abstractas del capitalismo. Las cuales están centradas exclusivamente en las lógicas de mercado, omitiendo y excluyendo las actividades no remuneradas, y los sectores invisibilizados que están orientados en la reproducción de los cuidados y de la vida. En este sentido, no es una corriente para ampliar métodos o teorías existentes con la solución “agregue mujeres”, sino que surge como una apuesta que pretende un cambio más radical en el paradigma económico. El cual tenga como propósito transformar la disciplina y construir una economía que integre la realidad de hombres y mujeres, teniendo como principio básico la satisfacción de las necesidades humanas (Carrasco 2006, 3). En consecuencia, la economía feminista entiende a la economía no como la ciencia de la elección racional y la producción a gran escala, sino como la ciencia de la provisión que comprende la importancia de asegurar los recursos, y proveer las necesidades que son esenciales para la vida (Perona 2012, 28).

Sin embargo, la economía feminista no puede pensarse como una especie de “corriente” del feminismo que sea distinguible de otras teorías más o menos radicales, más o menos queer, o más o menos decoloniales, porque es una combinación de miradas y reivindicaciones que surgen del sistema económico como un eco que resuena sobre historias que hablan desde y sobre la vida (Pérez 2019, 26). En esta disputa de relatos que nacen de un paradigma anticapitalista y desde una construcción más caleidoscópica de la historia, la economía feminista es una perspectiva más amplia que hace referencia a una categoría decolonial y a una rural-campesina como una forma de desconcentrar la mirada norcéntrica, blanca y urbana del feminismo (Pérez 2019, 26).

De esta manera, esta noción es también decolonial porque reconstruye el pensamiento y la acción desde la mirada económica de las mujeres que se reconocen como indígenas, afrodescendientes, campesinas, y aquellas que pertenecen a sectores populares como es el caso de las minadoras y sus familias. Esta perspectiva es una forma romper ese “espejo” de quienes ambiciosamente parecen dominar el discurso feminista hegemónico. La economía feminista es una mirada a esas economías que no están absorbidas por esa “cosa

escandalosa¹”, y que no tienen como epicentro la acumulación del capital, sino que se definen como las “otras”, esas economías comunitarias, campesinas y rurales (Pérez 2019, 26).

En este escenario, la economía feminista hace una importante crítica a los mercados capitalistas que surgen como deidades de un sistema económico y como instituciones que articulan relaciones de poder, mientras privilegian a individuos que ostentan capital y dinero. Es así como, la mano invisible del mercado determina que vidas valen más, y cuáles son dignas de ser rescatadas en tiempos de crisis, estableciendo como referente máximo la vida del sujeto privilegiado de la modernidad líquida, que es el hombre blanco y burgués que concentra poder y recursos, y sobre el cual se define la vida misma (Pérez 2019, 41).

En consecuencia, la economía feminista surge del reclamo de poner la vida en el centro, haciendo referencia al conflicto que surge entre el capital y la vida, y poniendo a los cuerpos no visibles, aquellos masillados por el capital, y los relegados al espacio doméstico como los cuerpos que verdaderamente importan (Pérez 2019, 50). Es decir, reconoce aquellos cuerpos que desde las calles son considerados como parte de la marginación y la adyacencia, porque se desarrollan fuera de los mandos que gobiernan el mercado, como las figuras de las minadoras y sus familias.

No obstante, a grandes rasgos se puede afirmar que el problema es que la economía ha sido el conocimiento creado por los hombres para explicar el comportamiento “racional” masculino, negando la participación de las mujeres como sujetos epistemológicos capaces de crear conocimiento, y oponiéndose a las categorías que reconocen su condición como agentes económicos. En este sentido, este enfoque androcéntrico de la economía se caracteriza por establecer una férrea distinción entre economía/no economía y entre trabajo/no trabajo, como una estructura que establece una dicotomía entre lo público y lo privado, siendo un discurso deliberante para decir que lo “económico” está únicamente dentro del mercado (Pérez 2005, 4). En consiguiente, este paradigma hace que las economías populares no estén acorde a los preceptos y mandatos económicos que se establecen en el mercado, en donde los oficios de minado no terminan de dignificarse como “productivos”, si bien está y otras actividades conllevan beneficios económicos y sociales.

Además, la economía convencional no es más que un sistema de prácticas, categorías y creencias que están articuladas a las instituciones que funcionan con instrumentos efectivos

¹ Amaia Pérez (2019) denomina a esa “cosa escandalosa” como el sujeto blanco y burgués, con funcionalidad normativa y heterosexual, como la única vida que importa y que se impone sobre el resto.

del poder androcéntrico. No obstante, la economía feminista ingresa dentro de estas nociones tradicionales y produce una ruptura, en donde las relaciones de género aparecen como una nueva matriz que propone una relectura de los procesos económicos. Es así como, se reconoce que lo llamado “femenino” no tiene valor para la economía, y se visibiliza la injusta distribución de los recursos económicos, y el reparto desigual en tiempos y trabajos (Agenjo 2013, 18).

De este análisis, un concepto disruptivo que sitúa a la economía desde un enfoque más integral, y que considera la interrelación entre las diversas dimensiones de la dependencia y, en definitiva, plantea a las condiciones de vida como una prioridad ineludible dentro de un sistema económico más amplio, es la noción de *sostenibilidad de la vida*. Esta se entiende como un “proceso que no solo hace referencia a la posibilidad de que la vida continúe en términos humanos, sociales y ecológicos, sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida, estándares de vida o calidad de vida aceptables para la población” (Carrasco 2009: 183).

No obstante, esta noción es una cuestión menor para el sistema capitalista. La economía está pensada para la población que no tiene necesidades de cuidado propio y, tampoco, responsabilidades ajenas. El capitalismo impone la trascendencia y la autosuficiencia del *homo economicus* únicamente a través del mercado. Sin embargo, dentro de este aspecto una condición que no puede obviarse es la materialidad de la vida y de los cuerpos, porque “la vida es vulnerable, precaria y finita” (Pérez 2019, 123). La vida requiere de ciertas condiciones económicas y sociales para que se mantenga como tal, principalmente los cuidados y los afectos que se pueden dar a la misma. Los cuidados muestran que la vida es una realidad que funciona en dependencia, y que la única manera de lidiar con la vulnerabilidad es mediante formas solidarias y colaborativas (Pérez 2019, 123). Por lo tanto, estos modos de cuidado transforman los estándares de vida en bienestar, los cuales se realizan por medio de actividades que son ineludibles en el cuerpo como: el descanso, la salud, y la alimentación (Rodríguez 2015), pero que son prácticas negadas para las minadoras en las calles.

De esta manera, la vida construida en torno a los mercados significa que gran parte de las y los trabajadores, especialmente las minadoras, no asumen condiciones de cuidado, alimentación y descanso dentro de sus jornadas laborales, porque el capitalismo exige plena disponibilidad y productividad para cumplir con los requerimientos de las grandes industrias. Como si el trabajador fuera un ser racional e independiente que encarna al *homo economicus*

del mercado sin necesidades, cuidados y afectos. Es así como, la autosuficiencia se impone como un mandato normativo, pese a que la vulnerabilidad y la interdependencia son condiciones básicas de la existencia (Pérez 2019, 124).

En consecuencia, la economía feminista sitúa la sostenibilidad de la vida en el centro, poniendo de manifiesto la consecución de estándares de vida que sean aceptables para la población, mientras encuentra una definición más inclusiva de los conceptos de bienestar (Revista Herramienta 2020). Esta satisfacción de necesidades parte de un sentido multidimensional, en donde no solo se satisfacen las necesidades humanas con bienes y servicios, sino también con relaciones de afecto y cuidado (Revista Herramienta 2020). Para ello y considerando el escenario de las minadoras es importante una definición más amplia de los términos de trabajo, productividad y eficiencia. El concepto de trabajo tiene que ser redefinido como “una práctica de creación y recreación de la vida, y de las relaciones humanas. En la experiencia de las mujeres el trabajo y la vida son la misma cosa. El trabajo nos permite crear condiciones para que se desarrolle la vida humana” (Pérez 2005, 13). Sin embargo, desde el sistema capitalista el trabajo convierte el cuerpo de las minadoras en mercancías para explotar en las calles, pese a que para ellas únicamente es su medio para seguir generando formas de vida muy ancladas a la subsistencia.

Es importante descentrar la mirada en el mercado que alude que el “bien-estar” depende exclusivamente del consumo y del salario, debido a que los mercados capitalistas han sido un mecanismo posible para organizar la vida, y sostener las exigencias y necesidades humanas a través de las dinámicas del mismo. Son los cuidados los que producen una ruptura a estas nociones convencionales que aducen que la vida en el sistema capitalista es un mero insumo para la producción, cuestionándose cómo se mantiene y cómo se reproduce la fuerza de trabajo (Pérez 2005, 103).

Es así como, la economía feminista plantea que las y los sujetos económicos son seres humanos relacionados e interdependientes que no responden a una racionalidad económica maximizadora, sino que actúan con formas solidarias y cooperativas. Este nuevo paradigma reconoce los fenómenos que están fuera de las lógicas de mercado, y considera los valores, las monedas y los precios que están sesgados de la actividad económica. Esto hace que los valores de uso sean más significativos que los valores de cambio, el mercado no es el único capaz de satisfacer las necesidades, porque los ingresos y las ganancias que generan los agentes económicos no son exclusivos de un sistema que se alza desde el capitalismo (Vásconez 2021, 65).

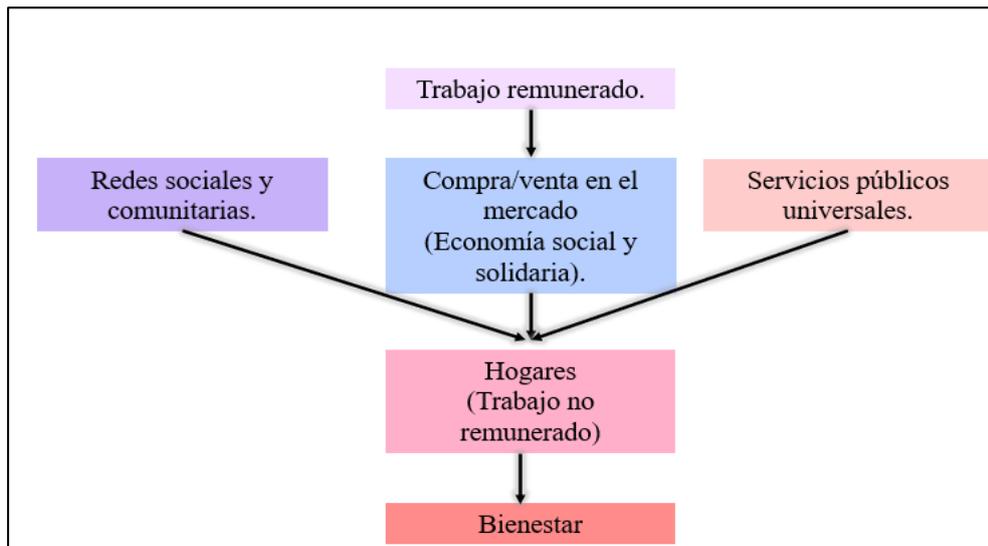
Estas formas de aprovisionamiento económico y social que se basan en lógicas distintas a la acumulación, al intercambio monetario y al dinero que fluctúa en el mercado, ocasiona que los nuevos intercambios se realicen con formas no monetarias entre las comunidades y en las familias. Estas respuestas muestran la diversidad económica, en donde la provisión de bienes se relaciona con la sostenibilidad de la vida, sin que necesariamente pasen por una transformación de valores y precios que dicta el mercado. Muchas de estas formas adquieren un carácter solidario y funcionan con intercambios en base a relaciones de poder acordadas en conjunto (Vásconez 2021, 66).

En consecuencia, las comunidades o las familias están activadas por afectos o formas de parentesco, las decisiones económicas que se toman son una actuación en conjunto que provoca un reparto más colectivo de los recursos (Vásconez 2021, 66). Las recicladoras establecen formas de aprovisionamiento con los moradores de los barrios, intercambiando bienes y recursos sin establecer un valor de cambio que sea un requisito obligatorio para llevar a cabo la transacción económica. Generalmente, las minadoras dan un nuevo valor de uso a los bienes que se obtienen de la empatía con los otros y, que en definitiva, sirven para tapar la precariedad económica y social de la que son parte.

En este sentido, se pueden imaginar otras vías de acceso a los recursos, estableciendo una visión diferente entre los valores de cambio y los valores de uso. En esta imaginación se pueden expandir las formas de intercambio sin que medie necesariamente una forma de dinero para satisfacer las necesidades y los cuidados que son esenciales para la vida. En términos más esquemáticos, se puede pensar en una vía de acceso a los recursos, similar a la que está marcada en el siguiente gráfico, en donde se muestra a una economía diversa que está unida en cuidados, redes de apoyo y formas solidarias, las cuales portan un horizonte común que es el bienestar (Pérez 2005, 103).

En consiguiente, el gráfico 1.1 es una propuesta para pensar en una economía de manera diferente, por ejemplo, un sistema fuerte de derechos sociales que no necesariamente este gestionado por un aparato burocrático, o por qué no pensar en una forma distinta de organizar el mercado o la convivencia de los hogares, en donde la satisfacción de necesidades este gobernada por redes comunitarias que giran en torno a la búsqueda común del buen vivir. De este modo, se puede entender las formas de aprovisionamiento desde las experiencias y desde la nueva configuración de la economía es importante, porque la economía como tal no está conformada por prácticas, sino por significados, y no se puede entender poniendo a las transacciones monetarias en el centro (Vásconez 2021, 68).

Gráfico 1.1. Otro modo posible de acceso a recursos



Elaborado por la autora a partir de Pérez (2019).

Por último, la economía feminista adquiere un lugar importante en la presente investigación, debido que considera otras dimensiones ocultas de la economía junto con otras visibles y, en definitiva, explica su interrelación. Es decir, no es hablar de otra economía, sino de una compleja imbricación de esferas o actividades económicas. De esta manera, la economía feminista se nombra desde los cuidados, los afectos y las formas de aprovisionamiento, dejando atrás los mecanismos tradicionales de la oferta y la demanda que gobiernan el mercado. Y, más adelante, se podrá percibir junto con esta teoría la condición económica de los hogares, especialmente la propiedad de activos que tienen las mujeres como resguardo y autonomía.

1.3. El problema de la precariedad en el centro

Las transfiguraciones acontecidas en el mundo del trabajo de las últimas décadas han rebasado el ámbito de lo laboral, dando lugar a un proceso de precarización social que, como multiplicidad de precariedad, emplaza a amplios sectores sociales a una situación de inestabilidad, inseguridad y vulnerabilidad en el empleo y en la vida.

—Yolima Pérez.

En las últimas décadas, el concepto de precariedad estaba pensando únicamente sobre relaciones sociales que eran evidentemente frágiles e inestables. Sin embargo, el término se introduce en las nociones de trabajo cuando los cambios políticos y económicos, que tuvieron lugar desde los años ochenta, prefiguraban una profunda fragilización del trabajo. Las nociones de precariedad y flexibilización laboral se impusieron como parte de la conmoción social frente a las condiciones laborales y salariales que se vivían en aquel entonces en las sociedades industriales, que estaban fuertemente marcadas por procesos de innovación que reorganizaron las lógicas de trabajo y las políticas de reestructuración productiva (Dasten 2019, 36). Estos cambios hicieron que el trabajo sea entendido como una “condición natural” del ser humano, mientras que la pobreza, la miseria y la privación solo eran el resultado del distanciamiento de esta condición que se fundaba desde el mercado. Es así como, clasificar a hombres y mujeres de acuerdo con el supuesto valor de su trabajo era un engranaje importante que daba funcionamiento a todo el sistema capitalista (Bauman 2003, 146).

La “revolución” científico-tecnológica de los medios de producción dio lugar a la desregulación laboral, y a una masiva desvinculación de los trabajadores a los sistemas de protección social que eran característicos del Estado de Bienestar. Estas transformaciones determinaron más adelante las formas que tomó el trabajo en la sociedad contemporánea. Las nuevas regulaciones del mercado laboral se desplegaron como dispositivos institucionales, y como políticas para producir la “vida” en la sociedad. Esto ocasionó una transición de una precariedad marginal hacia una precariedad discriminatoria, las cuales establecieron los límites entre las fronteras de la integración y la exclusión social, transitando de formas más o menos estables y solidarias de trabajo a formas de incertidumbre y fragilidad (Dasten 2019, 39).

En este proceso, las nuevas relaciones entre el capital y el trabajo permitieron que la clase capitalista sienta las bases para refundar los procesos de acumulación que estaban basados en la explotación del trabajo. Esto generó un nuevo ciclo que dio paso a la expansión del capital, e introdujo zonas de vulnerabilidad y desafiliación social en toda la sociedad. Todo esto fue consecuencia de la carencia de mecanismos de control y de vigilancia en la esfera de la seguridad social, dando lugar a un nuevo escenario de vulnerabilidad como el nuevo régimen institucionalizado (Dasten 2019, 40).

En consecuencia, la precariedad laboral es característica del modelo actual de acumulación que se materializa desde la aplicación de las políticas de ajuste estructural. Las cuales vinieron impuestas desde el Consenso de Washington cuando se proclamaba la “sostenida”

flexibilización laboral y la desregularización del mercado como nuevos caminos hacia el desarrollo económico, deteriorando progresivamente las condiciones existentes de la fuerza de trabajo. Esta reestructuración era concretada desde las fuerzas de mercado, las cuales agudizaron el debilitamiento de los derechos laborales, erosionaron la capacidad del Estado como ente interventor de las condiciones de trabajo, y precipitaron la subordinación de la mano de obra a las necesidades de la reproducción del capital. En este sentido, la configuración desigual en la relación entre el capital y el trabajo trajo consigo la ampliación de los márgenes de apropiación del excedente económico por parte de las grandes industrias, todo esto fue a costa del debilitamiento de los grupos sindicales, y de la pérdida de los derechos de la clase obrera trabajadora (Pineda 2019, 13).

En los países del norte, la precariedad se sitúa geográfica y específicamente en la concentración de la riqueza y en la desigualdad social, en procesos de reestructuración productiva, en la segmentación del mercado laboral, en estructuras ascendentes de flexibilización, en la sobrecualificación y en los bajos salarios. Sin embargo, estas nociones de la precariedad son muchas veces acrílicas, estas condiciones en distintos lugares del mundo adquiere distintas caras y facetas, debido a que las diferentes expresiones del trabajo deben considerarse a través de un proceso de localización y provincialización. Es así como, el “Sur Global” aparece como un espacio permanente de grandes luchas, en donde una variedad de tácticas y estrategias surgen en las calles y en las oficinas, y que desde la rebeldía nos invitan a pensar en la precariedad desde una perspectiva diferenciada, reflexiva y conceptual (Dasten 2019, 42).

El “Sur Global” muestra que el trabajo se encuentra sujeto al legado histórico colonial que tiene características propias en la sobreexplotación, en la esclavitud, en el despojo y en la informalidad. En donde el capital se expande sobre límites geográficos que involucran a las poblaciones heterogéneas en su tradición, cultura y economía (Dasten 2019, 46). Entender que el “Sur” es un espacio que anida las múltiples violencias del capitalismo periférico es nombrar a un lugar que está invadido, despojado y nombrado por el poder colonial, reconociendo que la precariedad es un producto histórico de estas formas de violencias. En este escenario, la precariedad se presenta como un elemento central para comprender las nuevas formas y los significados que cobra el trabajo y la vida hoy, desde conceptos mucho más abigarrados y situados. Es posible reconocer, desde esta lectura, los procesos de racialización del trabajo que van de la mano con la vulnerabilidad, y que surgen de las condiciones de explotación y desempleo que siguen invadiendo el mercado laboral. En esto

último, la institucionalización y la normalización de la precariedad se ha vuelto parte constitutiva de vulnerar la posición social de los grupos sociales que viven condiciones precarias y marginadas (Dasten 2019, 49).

En este sentido, la precariedad, la inestabilidad y la vulnerabilidad son características extendidas que determinan las condiciones de vida en la sociedad. La precariedad se vive de distintas formas y toma diferentes nombres en todo el planeta, pero de modo especial para las regiones que estuvieron sujetas al poder colonial. Es así como, articulando cada una estas premisas mencionadas se puede entender que la precariedad es esa experiencia combinada “de inseguridad (de nuestra posición, de nuestros derechos, y de nuestros medios de subsistencia), de incertidumbre (de nuestra continuidad y futura estabilidad), y de desprotección (del propio cuerpo, del propio ser y de sus extensiones: posesiones, vecindario, comunidad)” (Bauman 2003, 171). Asimismo, otra definición que permite entender este término es aquel que manifiesta que la precariedad es el “conjunto de condiciones materiales y simbólicas que determinan la incertidumbre del acceso sostenido a los recursos esenciales para el pleno desarrollo de la vida” (Precarias a la deriva 2004, 28).

En consecuencia, la precariedad articula diferentes ejes que son difícilmente comparables y homologables, porque se presenta en diversos grados y modalidades. El primero hace referencia a las nuevas relaciones laborales, que aparecen con el nuevo modelo neoliberal de explotación, en donde rigen no solamente los trabajos temporales, sino también empleos sin contratos y garantías sociales. En estas nuevas condiciones de contratación se promueve la externalización y deslocalización del trabajo y, en definitiva, la extensión del trabajo autónomo en donde la representación de las y los trabajadores es bajo la figura de empleados “independientes” que tienen capacidades de autogobierno y autogestión (Precarias a la deriva 2004, 27). En el sistema capitalista las minadoras aparecen como nuevas “proveedoras” de un sistema que se aprovecha de su identidad de mujeres pobres, que están “dispuestas” a meter la mano en la basura de otros para producir las ganancias de las altas industrias. Y, con la característica que se sumergen en la precariedad, sin un contrato o garantía social, para enfrentar las diferentes vicisitudes de la vida cotidiana (Rivadeneira 2020).

En cambio, el segundo eje alude a la fragmentación del tiempo y del espacio de trabajo que se traslada de las oficinas a las calles (Precarias a la deriva 2004, 27). En el sistema capitalista, el tiempo aparece signado a relaciones de poder y vinculado a las necesidades imperiosas de la producción capitalista. Es un recurso escaso que cuando se materializa se convierte en una forma ineludible de dinero, porque se reconoce como una fuente de obtención de beneficios.

En este aspecto, la productividad y la eficiencia se entienden como condiciones importantes dentro de los procesos productivos, debido a que significan un ahorro de tiempo y, por ende, de dinero (Carrasco 2003: 14). Sin embargo, para las y los trabajadores informales, especialmente para las minadoras, la jornada de trabajo está moldeada para que se ajuste a un régimen “productivo”. Este tiempo está diseñado no para que se concilie con las necesidades humanas, sino para que cumplan con los requerimientos de volumen y peso que demandan los eslabones altos y medios de la cadena de reciclaje. En consecuencia, las minadoras en las calles tienen que cumplir con este tiempo “productivo”, cuyos efectos se materializan en su cuerpo como un territorio para la explotación, la precariedad y el sometimiento laboral.

Por otro lado, el tercer eje se refiere a los recortes o a la inexistencia de salarios justos y reconocidos por parte del capitalista. Este posiciona a las y los trabajadores en una situación de incertidumbre respecto al porvenir laboral y a las formas que tomará la vida en un futuro (Precarias a la deriva 2004, 27). Finalmente, el último eje de la precariedad señala la pérdida de prestaciones y beneficios sociales que han caracterizado el trabajo típico de la era fordista y del pacto keynesiano. La inseguridad laboral hace que las y los trabajadores informales carezcan de derechos que están legalmente reconocidos, los cuales van desde permisos de maternidad hasta regulaciones efectuadas por vacaciones o por ausencias de enfermedad (Precarias a la deriva 2004, 27). En la tabla 1.1 se muestra una propuesta resumida de las dimensiones de la precariedad, a partir de los puntos expuestos en párrafos anteriores.

Tabla 1.1. Dimensiones de la Precariedad

Dimensión	Explicación
Temporalidad	Inseguridad acerca del futuro de la relación laboral. Se caracteriza por la inexistencia de un contrato escrito, o bien por figuras de contratación a tiempo definido.
Vulnerabilidad	Degradación de las condiciones de trabajo, tales como condiciones insalubres y con riesgos a la seguridad física y de salud.
Carencia de ingresos	Niveles de ingreso por debajo del mínimo necesario para tener alimentación, educación y vivienda.
Desprotección laboral	Reducción de prestaciones laborales y protección social.

Elaborado por la autora a partir de Rubio (2015).

En consecuencia, el escenario y el destino más común de las minadoras, que aspiran a ingresar a un mercado laboral para generar medios de subsistencia para ellas y sus familias, es el de la precariedad con labores que se encuentran al margen de toda normatividad (Castillo, Arzate y Nieto 2019, 27). Esta precariedad expone sus cuerpos a una mayor desprotección laboral con una ausencia de derechos laborales y sociales que se contrarrestan con ingresos bajos y con largas jornadas de trabajo. Más adelante, se verá cómo esta noción se siente y se expresa en su cuerpo en una serie de enfermedades, dolencias y en otras condiciones de indefensión laboral.

La precariedad se manifiesta negativamente en la calidad de vida de las y los trabajadores como un fenómeno que no únicamente implica inestabilidad y desprotección en términos de formalidad, sino que además repercute en las condiciones sociales, y en la posición que ocupa las y los trabajadores dentro de la estructura social. En este sentido, se podría decir que la precariedad no hace alusión exclusivamente a una cuestión meramente contractual, porque esconde relaciones de poder del capital que se manifiestan sobre la fuerza de trabajo. Es decir,

la precariedad es multidimensional porque se conjuga con la explotación laboral, con el sufrimiento, con el deterioro de la salud y, finalmente, repercute en la calidad de vida de quienes trabajan en las calles (Castillo et al. 2019, 29), como es el caso de las minadoras y sus familias.

Por lo tanto, la precariedad no es una circunstancia contingente o una mera disposición subjetiva que se presenta cada vez que nos sentimos frágiles o en riesgo, sino que es una palabra que designa el carácter relacional de nuestra existencia. De esta manera, decir que cualquier individuo es vulnerable es no solo establecer una dependencia radical en relación con los otros, sino una vulnerabilidad a las estructuras económicas, sociales y políticas que nos marginan y nos explotan. En donde los cuerpos son arrojados y expuestos al mundo, carentes de autonomía, igualdad, reconocimiento y refugio (Cavarero y Butler 2014).

En esto último, como diría Judith Butler (2004), la vulnerabilidad ante el otro es parte constitutiva de la vida corporal que viene de súbitos momentos que no se pueden prevenir. Es una condición que se exacerba bajo ciertos fenómenos sociales, económicos y políticos, especialmente cuando la violencia es una forma de vida y los medios de autodefensa son limitados. En las calles, la violencia y la discriminación se naturaliza, la precariedad es parte de la vida de las minadoras y sus familias, y funciona como una operación que coloca unas vidas sobre otras. Esto hace que quienes trabajan en medio del desecho sean acusadas con violencia como “ladronas” o estigmatizadas de acuerdo a sus labores, sin ningún medio para hacer frente a las formas de violencia, como verá más adelante.

En este sentido, las precarias condiciones económicas y sociales entrenan a mujeres y hombres a mirar el mundo como un recipiente lleno de objetos “desechables”, como si fueran meras esencias que pueden ser utilizadas y tiradas. Esto hace que la construcción del orden social y el progreso económico produzca “residuos humanos” que pueden ser expulsados a la exclusión y marginación, principalmente cuando son cuerpos refugiados, pobres, desocupados, inmigrantes, etc. En consecuencia, la política de la precariedad parece resonar en el mismo sentido, aduciendo a la descomposición de los vínculos humanos, de las comunidades, y de las relaciones sociales (Bauman 2003, 173).

Finalmente, la precariedad no solo se constituye como un discurso que recorre trans-espacialmente las categorías de trabajo, debido a que se inserta como una condición que reproduce las relaciones desiguales de poder. Es una categoría política inducida en ciertas poblaciones colonizadas, migrantes y empobrecidas que se encuentran en las periferias del

capitalismo global, y que adolecen de redes de apoyo económicas y sociales, exponiéndose diferencialmente a los daños, a la violencia y la muerte (Dasten 2019, 54). Como es el caso de las minadoras que carecen de redes de apoyo, como esa mano amiga que sirve como escudo frente a la precariedad, y a la violencia que se manifiesta día a día en las calles.

Por último, con este apartado se entiende a la precariedad como la parte constitutiva de la vida de las minadoras, como un fenómeno que está signado no solo por condiciones económicas, sino también por violencias y conflictos sociales. La precariedad, como se verá más adelante, se dibuja con líneas oblicuas en el cuerpo de las minadoras, en sus manos, en su espalda y en sus pies.

1.4. La precariedad en el cuerpo

El capital circula, por así decirlo, a través del cuerpo del trabajador como capital variable y convierte, por consiguiente, al trabajador en mero apéndice de la propia circulación del capital.

—David Harvey.

En la actualidad, las formas de sociabilización están basadas en acciones recíprocamente orientadas, cada manifestación se sustenta en un acto y en un efecto; por ejemplo, sin familiaridad no emerge la extrañeza. Esto da lugar a que las relaciones sociales surjan en la proximidad espacial, y se relacionen con formas de captar sensiblemente a los otros a través de los sentidos corporales (Sabido 2008, 630). El espacio es una construcción social que no produce efecto alguno, sino que son las categorías de vecindad y extranjería las que configuran las relaciones sociales. En consecuencia, frente a quien está próximo en el espacio, o con quien nos hallamos en contacto mutuo en diversas posiciones y estados de ánimo suelen darse una serie de sentimientos decididos, en donde las categorías de proximidad producen “la más sublime dicha como la más insoportable violencia” (Sabido 2008, 633).

Desde la proximidad geográfica, mientras caminamos en las calles, plazas y parques de la ciudad Quito, o cuando a tempranas horas del día colocamos las fundas de basura al filo de las veredas se origina una proximidad con las minadoras, un contacto cuerpo a cuerpo que genera una impresión inmediata. Este contacto se transmite como una imagen o, bien, como una realidad que nace como una imposición o una demanda ética cuando reconocemos los cuerpos

de las recicladoras, o cuando el contorno de sus rostros nos resultan familiares (Cavarero y Butler 2014).

En este sentido, desde el contacto más fugaz hasta el más duradero con las minadoras produce un intercambio de efectos, no como un simple cambio de cosas externas, sino como una mutua afectación entre cuerpos que se perciben y son percibidos. Sin embargo, en el intercambio de efectos se producen formas asimétricas con distintos grados y modalidades que van desde el consenso, la subordinación, la resistencia, el desagrado y el conflicto, despertando diferentes emociones entre las partes involucradas según sus respectivas posiciones (Sabido 2020, 213). En consecuencia, es posible “pensar en un cuerpo que siente con otros, y que es capaz de afectar y ser afectado, en donde los efectos que producen los intercambios implican al cuerpo y su sentir” (Sabido 2020, 211).

Es así como, ciertas personas u objetos ejercen un intercambio de efectos, las imágenes que circulan de las minadoras utilizando un overol rompen con las estructuras del ser “femenino”, porque son artefactos que tienen repercusiones en sus andares, ritmos y emociones. De la misma manera, cuando miramos su rostro “sucio”, como esa parte más visible de su cuerpo, se van activando una serie de clasificaciones que van desde lo feo/bonito hasta lo sucio/limpio. Estas distinciones establecen los significados sociales y dan un uso legítimo de su cuerpo, como si la mirada detentaría un poder simbólico en donde su eficacia es medida en la posición social que tiene el que percibe y el que es percibido, como si el poder se ejerciera “con y a través” de los cuerpos (Bourdieu 2000). En este sentido, “nuestro cuerpo es, a cada momento, el campo de batalla, donde se intersecan diversas fuerzas, tanto sociales como materiales” (Sabido 2020, 212).

Asimismo, la atmósfera olfativa que rodea a las minadoras cuando los desechos se descomponen a pocas distancias de su cuerpo se constituye como la percepción más íntima que penetra el interior de los otros (Simmel 2014, 273). Estas impresiones olfativas generan una serie de selecciones y distanciamientos hacia quienes trabajan en medio de los desechos. El olfato hace que estas mujeres repletas de sudor sean sancionadas socialmente, justificando su subordinación de acuerdo a normas y mandatos sociales. De esta manera, el olfato se convierte en un sentido decidor que no produce atracciones, sino más bien repulsiones. Como si fuera un “filtro” diseñado para construir los significados sociales sobre las minadoras, posicionándolas como parte de lo abyecto, de lo negado y de lo no reconocido (Simmel 2014, 275). En consecuencia, el olfato se relaciona con las jerarquías sociales, los “olores” que se emanan de los desechos y se impregnan en el cuerpo de las recicladoras se posicionan como

la base para legitimar las desigualdades sociales y raciales, perturbando la identidad de estas mujeres en clasificaciones que no respetan los límites, los lugares o las reglas (Sabido 2008, 24).

En este análisis, las categorías de percepción y apreciación hacen que las minadoras consideren los esquemas de dominación como naturales. La *violencia simbólica* aparece como una categoría de adhesión que inhibe la posibilidad de imaginarse o percibirse a sí mismas. Las percepciones que tienen los otros de estas mujeres, en categorías que van desde “sucias”, “malolientes” o “desordenadas”, son producto de esas asimilaciones naturalizadas en las que su ser social es el producto (Bourdieu 2000, 51). No obstante, los efectos de la dominación simbólica no se producen en lógicas puramente de las conciencias conocedoras, sino a través de estructuras de percepción y acción que instauran un *habitus* en las minadoras como una relación oscura en las representaciones que tienen de sí mismas, y que repercute en su autoestima y genera ideologías de sumisión e inferioridad (Bourdieu 2000, 53).

En este sentido, la violencia simbólica marca el cuerpo de las minadoras como un campo de batalla, en donde la vestimenta o su rostro no solo rompen con los ideales del “ser” femenino, sino que generan repercusiones en sus formas individuales de sentir. El contacto cuerpo a cuerpo produce un intercambio de efectos que se despliegan sobre sus emociones y afectos, marcando su vida y sus experiencias más íntimas y personales (Sabido 2020, 11). El problema es que las experiencias sensoriales que se producen en las calles, en medio de los vertederos de basura, se inscriben en la materialidad de los cuerpos como un archivo que guarda emociones que van desde la vergüenza hasta el dolor y, que además, pocas veces son expresadas y puestas en palabras (Sabido 2020, 15).

En consecuencia, darse cuenta de que la vida de las minadoras es también la vida de los otros y que no siempre es una relación simétrica, implica que sus cuerpos son percibidos dentro de los límites del desagrado y la adyacencia. La apariencia corporal de su cuerpo es una condición que las expone a los otros, siendo propensas al reclamo, al conflicto y a las lesiones. De esta manera, la exposición de su cuerpo, desde un modo de proximidad e incluso en el cruce espacial y temporal, se configura como un determinante que establece su propia precariedad (Cavarero y Butler 2014).

Por otro lado, es importante también comprender las distintas expresiones de la precariedad en el cuerpo para entender la “guerra” que ha liberado el capitalismo sobre nuestros cuerpos, los cuales se han hecho visibles como máquinas de trabajo y se han configurado desde un

sistema económico que enaltece el trabajo humano como esencia de la riqueza (Federici 2022, 17). En la actualidad, el cuerpo no puede considerarse como una identidad fisiológica fija, sino como una categoría profundamente implicada con las nociones de la modernidad. En las sociedades tradicionales, el cuerpo era un aspecto fundamental de la naturaleza que apenas estaba regido inicialmente por la intervención humana. Sin embargo, estas nociones fueron cambiando con la progresiva invasión del sistema capitalista que percibió al cuerpo como un apéndice destinado para la acumulación del capital (Barreiro 2004). Es así como, el control de las sociedades que estaban regidas por el espíritu capitalista toman como punto de partida el cuerpo, no como un simple ejercicio de conciencia o ideología, sino como un terreno para investir distintas formas de poder y dominio (Wagner 2018, 4).

En este sentido, la “teoría de la subsunción” desarrollada por Carlos Marx anunciaba las prácticas económicas que colocaban el cuerpo como una máquina de trabajo, en donde el capital estaba por encima de las personas, y la tecnología estaba destinada para perfeccionar progresivamente la explotación de la fuerza de trabajo. El poder del sistema capitalista desnudaba la “animalización del hombre”, el ser humano se transformaba en un objeto de trabajo y su cuerpo en el principal motor de transformación, como una figura sobreexplotada desde su propia capacidad de resistencia (Brito y Aguilar 2017, 3).

En consecuencia, el trabajo se convirtió en un proceso determinante para la domesticación y el disciplinamiento del cuerpo. Este proceso de formateo de los cuerpos era complejo, las fuerzas corporales eran incrementadas en términos económicos, adiestrando la aptitud de los sujetos a su máxima potencia. Mientras que, las fuerzas corporales eran reducidas a términos de obediencia, dando lugar a cuerpos sumisos pero productivos para el capital. En este sentido, las fábricas no solo constituían las coordenadas que daban lugar a la producción, sino escenarios para aglutinar y organizar los cuerpos obreros como una mercancía más (Brito y Aguilar 2017, 4). En donde, “el trabajador no se afirmaba, sino que se negaba; no se sentía feliz, sino desgraciado; no desarrollaba una libre energía física y espiritual, sino que mortificaba su cuerpo y arruinaba su espíritu” (Marx 2004).

En este sentido, el trabajo no solo produce mercancías, sino que reproduce a las y los obreros como mercancías para generar la ansiada plusvalía, en donde el cuerpo es el destino preferido para desplegar distintas formas de explotación, dominación y control que sirven a los intereses del capital (Brito y Aguilar 2017, 4).

El cuerpo es moldeado por las fuerzas externas de la circulación y la acumulación del capital, especialmente, dentro de un sistema económico que da cuenta que la historia de la humanidad es una historia en forma de dinero, y en donde todos los momentos de la vida son dotados de un valor fijado y tranzado en el mercado (Harvey 2000; Mbembe 2016). En consecuencia, las y los trabajadores son llamados ahora “nómadas” de trabajo, la humanidad es liberada para servir al funcionamiento del capital. Y, sobre este escenario, el capitalista se presenta como el sujeto del mercado y de la deuda, y las y los trabajadores como los prisioneros que se venden como mercancía (Mbembe 2016).

En este sentido, el capitalista extrae la fuerza de trabajo como mercancía de los cuerpos, movilizandolos deseos, los sentimientos, los impulsos y las fuerzas creativas de las y los obreros para un propósito dado y definido por el capital. En las calles, el sistema capitalista se aprovecha de la descualificación de la fuerza de trabajo, de la ritualización de las tareas, de la subordinación de sus ritmos corporales y de la socialización de las largas horas de trabajo que tienen las minadoras (Harvey 2000, 125).

En consecuencia, las minadoras que deberían ingresar al mercado laboral haciendo uso del pleno derecho de su cuerpo y disponiendo de la propiedad de su fuerza de trabajo, el capitalista “conculca, desfigura, someta, mutila y destruye la integridad del cuerpo”, debido a que este se apropia de la energía, de los músculos, de los nervios de las minadoras para reproducir los intereses del capital en las mismas condiciones de salud y de fuerza (Harvey 2000, 130).

En este escenario, los dueños del capital acuerdan que la mercancía que será intercambiada será la fuerza de trabajo, estableciendo un contrato entre partes que habilita al capitalista el derecho de apropiarse de todas las formas de trabajo, convirtiéndose en el dueño legítimo para dirigir los movimientos y los tiempos de los cuerpos obreros y obreras (Harvey 2000, 130).

Por otro lado, el tiempo para el sistema capitalista es el tiempo lineal que va estructurando de manera inequitativa las esferas de la producción, la circulación y la vida misma, como si todas las personas estuvieran a merced de la “máquina de aceleración capitalista” que no conoce de diferencias sociales (Dörre 2019, 4).

En este sentido, el tiempo de trabajo para el capitalista es lineal y continuo, mientras que, para las minadoras el trabajo se fundamenta en ritmos que son recurrentes con patrones que a menudo son cíclicos más que lineales. Sin embargo, el capital se aprovecha de la flexibilidad del trabajo como una excusa para moldear cuerpos serviles sujetos a los intereses

económicos. Además, este tiempo lineal y desorganizado establece mecanismos de dominación para dividir el espacio y el tiempo en los que se mueven los cuerpos (Dörre 2019, 8). Las minadoras carecen de tiempos de descanso, alimentación y cuidado, porque deben responder a un lapso “productivo” que determinará sus remuneraciones más adelante.

Más adelante, la acumulación del capital se transforma en la apropiación del trabajo y de la energía no pagada de las y los trabajadores. En este escenario, se exhibe a la explotación del trabajo como un instrumento que sirve meramente para la riqueza del sistema capitalista (Moore 2018, 8). En consecuencia, en el tiempo lineal del capitalista el interés es servir a la acumulación del capital, mientras reproduce la mano de obra de las minadoras a un tiempo dominado. Este tiempo productivo somete las energías y los procesos vitales de las minadoras, apropiándose no solo del producto de su trabajo, sino también de su propio cuerpo. En consiguiente, esto implica una ruptura y un desgaste físico de su cuerpo como resultado de una práctica económica que implica moverse en diferentes espacios, de enfermedades, de ansiedades, de dolores musculares, etc.

De esta manera, el compromiso del capital es la productividad económica como una forma de medir la riqueza, la productividad de las y los trabajadores se reduce a su capacidad para producir mercancías (Harvey 2000, 129). Sin embargo, la mano de obra que no produce en el sistema capitalista ocupa la posición de supernumerarios que como diría Robert Castel (1995) son personas que “flotan en una especie de tierra de nadie social, no integrados y sin duda inintegrables”. En la actualidad, la centralidad del trabajo opera no solo desde la importancia de una actividad económica que produce riqueza y valor social, sino como un medio fundamental a través del cual cualquier individuo es reconocido e incluido en la sociedad y, por ende, se constituye en una fuente que asegura la realización personal y la configuración de la identidad social. (Castillo et. al, 2019).

En este sentido, es imposible soslayar que el capitalismo, en cuanto sistema social, crea líneas divisorias que se adoptan al orden y al desorden del desarrollo de las fuerzas productivas, debido a que establece quienes están dentro del sistema (asalariados) y quienes están fuera (no asalariados) como formas de legitimar las jerarquías sociales. Esta condición determina formas inciertas y volátiles de trabajo, en donde las y los obreros son dependientes de la caridad y benevolencia del Estado y están carentes a todo tipo de derechos (Standing 2013). Desde una perspectiva más situada, en América Latina las y los trabajadores menos “cualificados” no son los asalariados/as como ocurre en otras partes del capitalismo desarrollado, debido a que lo característico de la región del Sur Global es que se basa en una

economía de subsistencia en cual todos los miembros de una familia trabajan sin ser remunerados y, por ende, buscan generar recursos económicos mediante emprendimientos de “baja productividad”.

En consecuencia, la fuerza de trabajo en forma de bien o mercancía es inherente e inseparable de los cuerpos vivos. Esto hace que la constitución política y económica de los mercados de trabajo sean regímenes móviles para investir el poder sobre la vida, debido a que la fuerza de trabajo se instaurará como un poder social que el individuo lleva en el “bolsillo”, marcando los cuerpos en categorías que van desde la raza, la clase hasta el género (Mezzadra y Nielsen 2017).

Todo esto surge como consecuencia de un sistema que intenta responder a las exigencias de la producción capitalista, mientras fuerza los límites del cuerpo de las y los trabajadores que a menudo se tornan en formas distintas y contradictorias. Por una parte, el capitalista exige trabajadores preparados y flexibles y, por otra, rechaza la idea de trabajadores que piensen por sí mismos, siendo “gorilas entrenados” para servir en la fábrica capitalista (Harvey 2000, 126). En este sentido, el régimen capitalista demanda la sumisión y el respeto a la autoridad, a veces como categorías equivalentes al abyecto sometimiento, pero también exige ciertas habilidades y capacidades como parte de los procesos de trabajo. Esto hace que sea necesario la liberación y la movilización de las pasiones creativas, las respuestas espontáneas y el espíritu animal con el propósito de moldear el “fuego” en los procesos de trabajo, volviéndose un sistema contradictorio porque produce las deformidades, las patologías y las enfermedades en el cuerpo de las y los trabajadores (Harvey 2000, 126). Un capitalismo, como diría Jason Moore (2018), que parece caminar en dirección contraria a los intereses del capital cuando reproduce una fuerza de trabajo “agotada” que al poco tiempo debe reemplazarla por una nueva propuesta más “cara”.

En este escenario, el capitalismo aparece como una línea de ensamblaje que convierte los cuerpos de cualquier trabajador en máquinas operativas de trabajo (Federici 2022, 19). No obstante, en el contexto de la modernidad reciente lo que se denomina como “trabajo autónomo” o “autoemprendimiento” produce otras formas de sometimiento y explotación laboral. Las y los trabajadores informales se enfrentan a distintas presiones para hacer frente a los roles y a las responsabilidades familiares y laborales sin un límite claro entre el tiempo de trabajo y el tiempo personal y, por ende, la acumulación del capital se produce a costa de las formas inciertas y volátiles que se produce dentro de los procesos de trabajo, en donde los

trabajadoras/es se ven obligados a aceptar condiciones mínimas de trabajo sin una ninguna garantía social.

En el sistema capitalista, cuando las energías del cuerpo son consumidas y agotadas al máximo el cuerpo se vuelve de naturaleza estática prácticamente inutilizable, transformándose en figuras que son desechadas a espacios que no terminan de dignificar zonas “productivas”. De esta manera, se va instaurando un sistema de mercado que se apropia de la libertad de los cuerpos, y que se posiciona como un régimen basado en la cultura de la dominación y del miedo, en donde la libertad se confunde con la precariedad que al mismo tiempo representa el envilecimiento y la abyección (Mbembe 2016, 152).

De esta manera, el cuerpo de las y los trabajadores se convierten en pertenencia de los otros, inútiles para sí mismos y carentes de su propiedad como persona. El sistema capitalista mientras atraviesa el cuerpo de las y los trabajadores va produciendo una separación, transformando su cuerpo en figuras extranjeras para sí mismas, y relegando a una identidad estigmatizada (Mbembe 2016). Sin embargo, las minadoras están plenamente conscientes que su cuerpo les pertenece y que representa su medio de trabajo y subsistencia, la diferencia se establece en la percepción que tienen de su apariencia, debido a que esta se modifica en el relato, en la experiencia, en la percepción y en los significados construidos cuando se observa a estas mujeres trabajando en medio de los desechos.

En consecuencia, la institucionalización de la precariedad no solo intensifica la ansiedad y el miedo de vivir en espacios negados, sino que también crea cuerpos sometidos al capital como resultado de los procesos de automatización del trabajo que promueven comportamientos mecanicistas, militaristas y deshumanizantes, en donde la persona se reduce a solo un componente mecánico de un sistema más amplio. En este sentido, la abstracción y la reglamentación del trabajo produce cuerpos deslocalizados y alienados con una masificación de enfermedades en sus cuerpos, y que no dan cuenta de una vida digna (Federici 2022, 90).

Sin embargo, el cuerpo de las minadoras no representa solo una máquina de trabajo que se ensambla de acuerdo a los intereses del capitalista, sino que simboliza un territorio para la memoria. Su cuerpo está vigilante para liberarse de todas las formas de alienación, y de trabajo forzado que somete sus energías y procesos vitales, porque es el medio que genera un sustento para ellas y sus familias (Mbembe 2016). Desde las calles el cuerpo también se nombra como un lugar de resistencia, y como una territorialidad propia que denuncia los

círculos de violencia, y explotación de un sistema que reproduce la precariedad desde todas sus formas (Berlangua 2022).

Finalmente, este marco teórico presentado en el presente epígrafe sirve para nombrar y percibir los cuerpos de las minadoras, y para retratar cómo la precariedad se adhiere como una etiqueta a sus figuras que se moldea de acuerdo a los intereses del sistema capitalista. En las calles, estos cuerpos son instrumentos y medios de trabajo que están expuestos y precarizados, porque el capital se posiciona sobre estas figuras mientras extrae sus fuerzas vitales. La figura de las minadoras tiene que responder a un tiempo productivo, a una demanda y un requerimiento de la industria a costa del sometimiento y la degradación de sus cuerpos y, más tarde, de su bienestar.

1.5. Ensamblajes heterogéneos: El neoliberalismo visto “desde abajo”

En América Latina, el neoliberalismo se presenta como un conjunto de políticas que alteraron la fisonomía del continente, y que se traducían en “sostenidas” privatizaciones, desregularizaciones financieras, flexibilizaciones laborales, etc. Estos procesos eran impulsados por los mandos políticos “desde arriba” que estaban a manos de los grandes organismos internacionales, corporaciones y gobiernos. De esta forma, el neoliberalismo se constituyó como una mutación en el “arte de gobernar” que tuvo como punto de partida la innovación radical en los modos de gobernar. Este fenómeno se promovió mediante la idea de la libertad y la autonomía con una serie de tecnologías y procedimientos que determinaban la iniciativa libre, la autoempresarialidad y la autogestión. Además, se configuraba como una racionalidad que ponía en juego las subjetividades y las tácticas de la vida cotidiana con el propósito de controlar la manera de hacer, sentir y pensar a toda la maquinaria social (Gago 2014, 9).

En este sentido, el neoliberalismo “desde arriba” es un término que da cuenta de las modificaciones del régimen de acumulación y de las nuevas estrategias corporativas que inducen a ciertas mutaciones en las instituciones nacionales y estatales. Sin embargo, el neoliberalismo no puede configurarse únicamente como un poder visto solo “desde arriba”, debido a que “desde abajo” se constituye como la proliferación de todos los modos de vida, en donde se reorganiza las nociones de la libertad, el cálculo y la obediencia como una forma de proyectar una nueva racionalidad colectiva. En consecuencia, el neoliberalismo sobrevive

por abajo y por arriba como una renovación de las formas extractivas y desposesivas que vienen desde los mandos políticos, y como una racionalidad por abajo que mixtura distintos modos de explotación y servidumbre (Gago 2014, 11).

Es así como, el neoliberalismo “desde abajo” más que la voluntad de un gobierno es una condición que opera sobre una red de prácticas y saberes que asume el cálculo neoliberal como una matriz subjetiva, y que funciona como motor de las economías definidas como las “otras”, apareciendo como una tecnología para promover la supuesta empresarialidad de las masas, y arraigando los sectores que protagonizan la economía informal. Esta nueva tecnología se instaure como una práctica vitalista, y como un cálculo que se asume como una condición vital que organiza la idea de libertad, mientras instaure mecanismos de obediencia y sujeción (Gago 2014, 12). En consecuencia, la arquitectura del neoliberalismo es mucho más que una doctrina diseñada por los “think tanks” imperialistas, debido a que es una mutación subjetiva y estructural que se despliega como formas de dominación y obediencia basándose en la idea “libre” de gobernar (Gago 2014, 15).

En este análisis, Wendy Brown (2018) entiende al neoliberalismo como racionalidad política que revela hasta qué punto la sociedad está gobernada por formas de la razón, y no únicamente por políticas o fuerzas materiales. En tanto, el neoliberalismo, percibido como un conjunto de políticas o como una mistificación de los imperativos del capital, niega la posibilidad de mirar cómo se construyen los nuevos sujetos, las subjetividades y las nuevas relaciones sociales dentro de un contexto en donde se socava las formas democráticas de participación, y en donde se somete a toda la sociedad a un modelo único de mercado. Esta nueva racionalidad política nos informa en torno a ciertos valores no solo quienes somos y lo que valemos, sino también lo que podemos esperar de los órdenes políticos (Brown 2018).

Este concepto de racionalidad identifica las formas de gobernar que conducen a normas que limitan nuestra conducta, socavan el trabajo organizado, impiden abastecer las necesidades y erosionan la soberanía nacional. Es así como, una racionalidad gobernante, como se proclama en el neoliberalismo, organiza y construye las conductas y valores sociales como principios de la realidad que no pueden ser eludidos y negados. Por lo tanto, en casi todo el mundo, en los lugares de trabajo, en las calles, en las instituciones educativas, o en las organizaciones sin fines de lucro están gobernados por estas nuevas normas neoliberales (Brown 2018).

En este sentido, no se trata de ver al neoliberalismo únicamente como una doctrina homogénea y compacta, sino de percibir “la multiplicidad de modelos en los que opera, la

variedad de mecanismos que implica, y los modos en que se combina y articula, de manera desigual, con otros saberes y formas de hacer”. En consecuencia, el neoliberalismo no puede ser visto solo “desde arriba”, las prácticas provenientes “desde abajo” permiten ver la articulación de formas comunitarias que tienen tácticas populares para la resolución de la vida o emprendimientos que se alimentan de redes informales (Gago 2014, 18).

En este escenario, para los eslabones medios y altos de la cadena de reciclaje las minadoras son mujeres pobres, pero aguerridas “emprendedoras” y también “proveedoras” que están dispuestas a meter la mano en la basura de otros para generar los medios de subsistencia que serán destinados para sus familias. Es decir, estas industrias no solo explotan el nicho económico del reciclaje, sino que además se valen de las identidades culturales que se entrelazan entre la clase y el género para generar beneficios económicos. Las cadenas de reciclaje buscan que las minadoras internalicen esta *razón neoliberal* sobre la base de la idea que son “inversoras de sí mismas”, pero en realidad es solo una categoría utilizada para justificar las condiciones de explotación laboral que surgen desde las calles (Rivadeneira 2020, 90). En este sentido, las narraciones recogidas por Catalina Rivadeneira (2020) dan cuenta de que la precariedad económica y social que viven las minadoras es un problema de cálculo o de una visión empresarial, porque para las industrias son solo mujeres que no “aprovechan” las oportunidades que ofrecen las cadenas y, además, cargan con costumbres poco favorables. Finalmente, es importante mencionar que pensar en el neoliberalismo “desde abajo” permitirá dar cuenta más adelante que sobre el trabajo precarizado de las minadoras se alzan las grandes industrias del reciclaje, mientras ellas solo reciben un beneficio económico que no considera las jornadas extenuantes, y el desgaste de un cuerpo agotado.

1.6. Nuevas economías para la vida: Las economías populares

En términos temporales, las economías populares emergen de una temporalidad histórica que viene acompañada de las recesiones económicas fruto de las políticas neodesarrollistas, las cuales implicaron una profunda reestructuración del mundo laboral asalariado como un modelo que era capaz de incluir a las poblaciones precarias a la mayoría urbana y suburbana (Gago 2018, 4). En cambio, en términos espaciales las economías populares surgen de modo más generalizado, debido a que se manifiestan como una experiencia que viene con los

territorios marginales y periféricos de las economías tercermundistas, o lo que algunos autores denominan como el “Sur Global” (Gago, 2019, 1).

Los cambios en los modos de producción del sistema capitalista reconfiguraron las condiciones para la reproducción del trabajo y, también, para el desarrollo de la vida. En este escenario, la figura más representativa no son las y los trabajadores que laboran en las fábricas, sino desde un lugar más paradigmático que son las calles. Las crisis económicas que vinieron acompañadas de la relocalización de las grandes empresas e instituciones implicaron un cambio en los patrones laborales y, en definitiva, ocasionaron que la población desplazada por el mercado se ajuste a las nuevas dinámicas neoliberales de trabajo, haciendo que las economías populares sean tachadas como: informales, marginales, atrasadas, ineficientes e incluso ilegales (Tovar 2018, 40).

En la actualidad, las economías populares no solo son la principal fuente para la generación de recursos en los territorio del “Sur Global”, sino que producen los bienes y servicios que son esenciales para la población (Tovar 2018, 41). Sin embargo, estas trabajadoras/es se insertan en espacios cargados por una intensa heterogeneidad, debido a que desde una perspectiva neoliberal son llamados como “micro-emprendedores”, y desde una perspectiva asistencialista y estadocéntrico como poblaciones “sobrantes” y “subsidiarias” (Gago, 2019, 1). Haciendo un hincapié dentro de este análisis, las minadoras son parte de las economías populares, pero la categoría de “empresarias” está lejos de constituirse como una denominación propia, debido a que es una condición utilizada por los eslabones de las cadenas de reciclaje para justificar un trabajo que está precarizado y, además, para apropiarse de los frutos del trabajo que realizan estas mujeres en las calles.

Es importante mencionar que, las economías populares no son exclusivamente para las poblaciones en condiciones de pobreza, aunque, una inmensa mayoría recurre a estas actividades para subsistir, sino que se trata de economías que son necesarias para la reproducción social y biológica. Las características y las condiciones que están inmersas hace que las y los trabajadores no sean valorados y reconocidos socialmente, pese a que entregan su vida a la sociedad suministrando una serie de bienes y servicios sin recibir a cambio un mínimo de derechos sociales (Tovar 2018, 41).

En muchos casos, existe una definición en pugna de las economías populares, debido a que la visión dominante insiste en encuadrarlas como actividades que se desarrollan en el esquema de la informalidad. Las características y las condiciones propias de este concepto encadenan

una serie de nociones y premisas que relacionan la informalidad como sinónimo de la ilegalidad y, por ende, de la pobreza. La lectura en clave dice que la informalidad está ligada con las crisis económicas, porque funcionan como un factor de estabilización que contribuye a la gestión de las poblaciones precarias y sobrantes, y están estructuradas con dispositivos de control social en espacios que no terminan de dignificarse como “productivos”. Sin embargo, las economías populares aparecen para reivindicar este concepto, porque se constituyen como un sector de la clase trabajadora sin derechos que lejos de definirse como “otra economía” aparecen como formas de trabajo que se “inventan” para sobrevivir. De esta manera, lo popular hace referencia a la reproducción ampliada de la vida y a modos de trabajo más cooperativos, mientras que la informalidad pone acento a las dicotomías que se oponen entre una y otra categoría como: formal/informal, asalariado/no asalariado y trabajo/ no trabajo (Gago et al. 2018, 16).

En general, las economías populares llevan a pensar las formas que adquiere el trabajo para una inmensa mayoría que no logra encuadrarse con las modalidades hegemónicas de trabajo “estable”, cartografiando de manera sistemática nuevas formas de sostenimiento y producción. En América Latina, es imposible retratar una cronología homogénea para los distintos países de la región, sin embargo, existen varios clivajes históricos como los procesos de industrialización, el papel de las economías campesinas, la composición de la clase trabajadora y las tradiciones políticas que se expresaron como fracturas temporales que permitieron retratar cómo ha sido la emergencia y la consolidación de lo que llamamos economías populares. Hoy, las economías populares son una respuesta a los despojos del neoliberalismo, en donde las realidades productivas, las dinámicas materiales y las formas organizativas de los países de la región comparten un patrón común para hacer frente a las formas de exclusión y expropiación que entraña el neoliberalismo desde su esencia (Gago, Cielo y Tassi 2023).

En este sentido, Luisa Tovar (2018) propone una matriz de análisis para relacionar las actividades de las economías populares con varias formas organizativas que pueden empezar con lo individual, pasar por lo familiar e ir hasta lo comunitario. Cada una de las actividades, detalladas a continuación en la tabla 1.2, son respuestas de estos sectores que proveen bienes y servicios a la población cuando no logran insertarse en la economía formal. Una característica importante es que son actividades económicas que pueden estar marcadas por patrones individuales que surgen en contextos de supervivencia social y económica. Sin embargo, las economías populares se manifiestan sobre escenarios en donde se evidencian

relaciones de reciprocidad, redes de ayuda mutua, cooperación y trabajo comunitario con una fuerte participación de grupos familiares para realizar dichas prácticas (Tovar 2018, 44). Como es el caso de las minadoras que trabajan con sus familias, en donde las redes de cooperación, y solidaridad son medios para hacer frente a las formas de precariedad que surgen desde las calles.

Estas economías populares se encuentran en un “entre”, en un espacio de oscilación y problematización en el que están inmersas prácticas productivas y comerciales, y vínculos que expresan la capacidad de innovación. Empero, la diferencia con las economías formales es que estos sectores funcionan sin una normativa a priori que señale cómo afrontar la progresiva desestabilización del mundo laboral. Es decir, gran parte de estas economías depende de relaciones sociales en donde se comparten lógicas de aprovisionamiento, cuidado y afecto, pero en su interior estas relaciones no siempre de consenso, porque también están atravesadas por las lógicas del cálculo y la acumulación que se manifiestan en torno al capital (Gago et al. 2018, 16).

Tabla 1.2. Actividades de la economía popular

Nivel	Organizaciones económicas populares	Microempresas familiares	Iniciativas individuales
Nivel de crecimiento	Talleres autogenerados	Talleres productivos	Taxistas
Nivel de subsistencia	Grupos de compra común	Tiendas	Pequeñas reparaciones
Nivel de sobrevivencia	Cocinas/restaurantes comunitarios	Recolección de residuos	Vendedores ambulantes

Elaborado por la autora a partir de Tovar (2018).

Finalmente, es importante mencionar que con la nueva consolidación del neoliberalismo el Estado apareció con el interés de privatizar la informalidad, incorporando a los sectores populares, o mal llamados informales a los regímenes financieros y tributarios para extraer el excedente mediante créditos económicos (Tovar 2018, 43). Es así como, las nuevas tecnologías financieras aparecen como “soluciones” rápidas para enfrentar las diferentes vicisitudes económicas cuando en realidad son mecanismos para vulnerar la vida, debido a que estas economías representan la supervivencia con poca o nula acumulación, y se

organizan en el seno de grupos familiares con medios de financiamiento débiles (Tovar 2018, 43). Las deudas, la insuficiencia de ingresos y la carencia de activos de las minadoras y sus familias es solo otra manera de manifestar y nombrar su precariedad, como se verá más adelante.

1.7. A modo de cierre

En el sistema capitalista, el cuerpo de cualquier trabajador o trabajadora aparece dentro de una línea de ensamblaje que transforma los cuerpos vivos en máquinas operativas de trabajo. Esto surge como una estrategia pensada “desde arriba” para maximizar las ganancias y minimizar los gastos operativos de las grandes industrias. En esta mecanización, el capital hace simbiosis y crea cuerpos precarios, expuestos y desgastados que trabajan y se mueven a un tiempo dominado por los procesos productivos con comportamientos mecánicos que revelan que el cuidado o el descanso son cuestiones que no forman parte de la acumulación del capital (Federici 2022). En esta reflexión, que nace de observar el desarrollo industrial, se hace extensiva a distintas actividades como las que desarrollan las minadoras y sus familias quienes en las calles ponen su cuerpo por delante para seguir generando medios de subsistencia.

En la actualidad, las economías populares son tachadas como “informales” e incluso “ilegales”, sin embargo, lejos de constituirse como “otra economía” son forma de trabajo “reinventadas” que busca generar modos de subsistencia. En este sentido, las economías populares no hacen referencia a un caso aislado, dado que es un fenómeno que está presente y que comparte patrones en común con el resto de los países de América Latina, pese a que son el resultado de las formas de exclusión y despojo del capitalismo moderno están plenamente unidas a los procesos de mercado. No obstante, con los lentes neoliberales las y los trabajadores de estas economías son vistos como cuerpos “emprendedores” que funcionan con la idea capitalista del cálculo de la libertad y el autoemprendimiento cuando en realidad son estrategias puras para justificar la explotación de sus cuerpos.

Además, la cristalización de las demandas de los sectores formales tienen la plena convicción de integrar a la masa heterogénea que pertenece a las economías populares al mercado formal, extrayendo el plusvalor del trabajo a través del consumo con mecanismos de financiación que aparecen con el discurso de potenciar el “tercer sector”, cuando en la realidad es una prédica

política comandada “desde arriba” para invadir las vidas vulnerables y marginadas (Gago et al. 2018, 15). Esta condición se presente en los hogares de las minadoras que se ahogan en deudas y tienen formas precarias de consumo, debido a que sus ingresos no alcanzan a satisfacer sus necesidades.

En consecuencia, en este escenario la economía feminista es un llamado para poner a las economías populares, y aquellas economías definidas como las “otras” en el centro de la sostenibilidad de la vida, reconociendo a las figuras masilladas por el capital no como cuerpos operativos y serviles, sino cuerpos que trabajan en exceso y que necesitan de cuidados y afectos. Finalmente, la economía feminista pone de relieve que las transacciones no son puramente monetarias, debido a que también existen lógicas de aprovisionamiento que funcionan, generalmente, en las economías populares con redes de apoyo para tapar el hambre, la carestía y la precariedad, como muchas de las necesidades que tienen las minadoras.

Capítulo 2. Varias historias: Las minadoras y las cadenas de suministro del reciclaje

2.1. Introducción

En la actualidad, el neoliberalismo se presenta como un sistema económico y político impulsado por los mandos oficiales de arriba, corporaciones y organismos nacionales e internacionales, proclamándose como un discurso basado en la idea de la libertad y la autonomía, en donde la autoempresabilidad y la autogestión se convierten en tecnologías financieras para promover el “desarrollo”. Esta racionalidad neoliberal se instaura “desde abajo” no solo como la voluntad de un gobierno, sino como una condición que opera sobre las prácticas y los saberes, configurándose como una matriz subjetiva que sirve como motor de las economías que se denominan como “otras” y, en definitiva, como una práctica vitalista para alcanzar “mejores” condiciones de vida. Sin embargo, esta racionalidad no es más que una renovación de las formas de explotación y servidumbre que tienen como destino aterrizar en las economías que se organizan para generar nuevas formas de subsistencia, especialmente, sobre escenarios en donde la precariedad se posiciona en el centro (Gago 2014; Brown 2018).

En este sentido, sobre esta racionalidad gobernante se construyen nuevos sujetos, nuevas subjetividades y nuevas relaciones sociales, como si fuera un laboratorio que experimenta con fórmulas que tienen la marca de la autonomía y la libertad. Dentro de esta racionalidad neoliberal, se insertan las minadoras a una estructura jerárquica que funciona dentro de las cadenas de suministro del reciclaje, en donde las actividades de recolección y recuperación de desechos aparecen como un nicho de innovación y como tendencia para el emprendimiento propio. Sin embargo, las diferencias de clase y género se constituyen como elementos para generar las ganancias de los eslabones más altos, porque debajo de la cadena se encuentran mujeres pobres dispuestas a “meter la mano” en la basura de otros para levantar los negocios más lucrativos que se alzan en la industria del reciclaje, como si fueran las nuevas “empresarias” e “inversoras” del sector. Pero esta *razón neoliberal*, se distancia de las concepciones que tienen las minadoras sobre sí mismas, porque es una categoría más utilizada por los eslabones más altos para justificar las condiciones de explotación laboral que surgen desde las calles (Rivadeneira 2020, 90).

Con el propósito de entender las dinámicas de la cadena del reciclaje, y cómo las minadoras se insertan dentro de estas lógicas como cuerpos que son moldeados por las fuerzas externas e

internas del capital para servir a los intereses de las grandes industrias, el presente capítulo empieza haciendo un recorrido de la historia del reciclaje en el Ecuador y en el mundo, recurriendo a distintas fuentes secundarias para contar la crónica desde cero. Más adelante, se realiza un análisis socioeconómico con la información obtenida de la Iniciativa Regional de Reciclaje Inclusivo (IRR), la cual presentó un estudio sobre el Reciclaje en el Ecuador como un esfuerzo y una aproximación a la realidad económica y social de las minadoras y sus familias.

El siguiente apartado es una recopilación de distintas fuentes secundarias, principalmente de la Tesis Doctoral de Catalina Rivadeneira (2020), que permitieron comprender cómo las desigualdades sociales se producen cuando los eslabones más altos se aprovechan de los rostros de mujeres pobres, y de los cuerpos dispuestos a hurgar entre la basura como elementos no económicos que sostienen a los que se encuentran en la cúspide. Sin duda, para las grandes industrias la condición precaria de las minadoras se justifica, con letra y nombre, porque son mujeres que son parte de su cálculo económico, y su condición no es más que el resultado de una falta de visión empresarial.

Finalmente, la parroquia de Tumbaco se convierte en el lugar en donde se cuentan las historias de vida de las minadoras y sus familias, siendo un territorio que aparece con una enorme heterogeneidad económica y social, porque está dividido por dos clases sociales que muestran antagonismos y jerarquías. Para esto se recurrió a la información estadística recuperada del Gobierno Autónomo Descentralizado de Tumbaco (2020), y de las investigaciones de Héctor Palacios (2017) y Andrea Robertsdotter (2020) que permiten situar la problemática.

2.2. Una breve historia del reciclaje en el Ecuador: La basura desde cero

El desperdicio, la superfluidad, la destructividad y la obsolescencia programada se vuelven características determinantes para la producción, sea ella material o inmaterial. Lo curioso es que, aun configurando esta lógica destructiva, nunca antes los capitales han hablado tanto de sostenibilidad.

—Ricardo Antunes.

En la actualidad, los países desarrollados y en vías de desarrollo se enfrentan a un crecimiento de la producción, y a un consumo que funcionan bajo las leyes de la acumulación y del mercado, generando una producción de residuos sólidos en grandes cantidades (Solíz et al. 2019, 75). Hoy en día, mientras la globalización moviliza una cantidad desproporcionada de productos e información, los “desechos” surgen como un corolario de un sistema que consume y produce en exceso, instalando obsolescencias y desgastes como una condición determinante para la producción de una economía que se mantiene en forma lineal que solo extrae, usa y descarta (Solíz et al. 2019, 75). Todo esto, surge como consecuencia de un capitalismo que presenta a los seres humanos como “consumidores” ante posibilidades infinitas. Las recetas para alcanzar una vida plena se elaboran con una “fecha de vencimiento”, mientras se desprende de todo aquello que deja de ser atractivo, y se reemplaza por opciones nuevas y mejores, convirtiendo la praxis del consumo en una política y en una forma de vida (Bauman 2004).

En consecuencia, la acumulación desproporcionada de basura se convierte en un elemento natural del paisaje al mismo tiempo que la gestión y la recolección de los desechos se transforma en un problema para las agendas nacionales y locales (Cajamarca, Bueno y Jimbo 2019). Las recientes investigaciones son alarmantes, debido a que a escala mundial se generan aproximadamente 1,4 billones de toneladas de residuos sólidos al año, es decir, una medida de 1,2 kg generados por persona al día. Sin embargo, las estadísticas se vuelven aún más aterradoras cuando los ambientalistas anuncian un aumento desmedido del 350% de los residuos sólidos urbanos hasta el año 2050, siempre que el consumo y la producción estándar se mantengan en las mismas condiciones. Es así como, las estimaciones proveen resultados desgarradores en los costos ambientales del planeta “por cada 10 toneladas de basura en los vertederos, 1 metro cuadrado de suelo queda permanentemente inutilizable”, sumado a la contaminación del agua y la polución del aire, la reducción de la calidad de vida y la destrucción de los ecosistemas. Esto implica un costo de 40 millones de dólares para garantizar la universalidad de la gestión de los residuos, siendo un problema para los países en vías de desarrollo, porque son costos que escapan de sus posibilidades económicas (MiResiduo 2022).

En este sentido, durante los últimos años, la protección del medio ambiente, está y sigue constituyéndose, como una prioridad ineludible para la sociedad. El desarrollo humano y el medio ambiente son temas que predominan en el discurso de las relaciones interpersonales. Los líderes mundiales proponen un conjunto de objetivos globales para erradicar la pobreza,

proteger la seguridad del planeta y la prosperidad, los cuales se reúnen como propósitos en la conocida Agenda 2030 que recoge varias acciones para combatir el cambio climático mediante iniciativas ecológicas y ambientales que promuevan el cuidado de la naturaleza (Envera 2015). Sin embargo, las discrepancias de los modelos siguen debatiéndose en distintos espacios, aludiendo que la promoción del desarrollo humano y la protección de la naturaleza no se contradicen, debido a que tienen un único ánimo que es la sustentabilidad de las generaciones presentes y futuras (Bermeo, Rea, López y Yépez 2018, 3).

Es así como, la preocupación mundial por la acumulación de residuos se convierte en una realidad para la mayoría de las ciudades en el mundo cuando las imágenes retratan focos de contaminación capaces de reproducir enfermedades de toda clase, y corrientes subterráneas con elementos tóxicos que afectan las cadenas alimentarias (Sanmartín, Zhigüe y Alaña 2017). Esta y otras realidades han hecho que el reciclaje aparezca como un “aliado” para combatir el cambio climático, entendido como ese “proceso simple o complejo que sufre un material o producto para ser reincorporado nuevamente en el ciclo de producción o consumo” (Romero 2017, 28).

En la actualidad, el reciclaje de materiales ha venido ganando popularidad como una alternativa eficiente y novedosa para disminuir la cantidad de residuos y el impacto ambiental de las actividades productivas, y de consumo que caracterizan a las sociedades contemporáneas (Medina 1999, 10). No existe una fecha, un lugar o un nombre que puede determinar el inicio del reciclaje, debido a que desde comienzos de la civilización hubo un accionar involuntario que intentaba a cada instante realizar lo que hoy en día llamamos específicamente como reciclaje, pero se entiende que es una práctica económica en respuesta de la escasez y para hacer uso más eficiente de los recursos (Muñoz 2011, 11).

La historia cuenta que desde la antigua Roma los esclavos eran encargados de la recolección de los residuos, en muchos casos se recolectaban los residuos orgánicos que se encontraban en el drenaje de las antiguas calles y se vendían como fertilizantes a los agricultores. Más adelante, en la Edad Media y en el Renacimiento con la fabricación de papel que se extendía por toda Europa y América, un número importante de individuos se dedicaban a la recuperación de trapos que eran desechados para la fabricación de papel, a estas personas se los conocía como “traperos”, porque recogían los trapos de lino y algodón que se encontraban en las calles y en los basureros (Medina 1999, 13). Durante el siglo XIX, con los procesos de urbanización e industrialización las actividades de reciclaje ocuparon un lugar importante. Las actividades industriales aumentaron la demanda de materias primas y los asentamientos

humanos producían una cantidad desproporcionada de residuos, esto hizo que poblaciones rurales enteras se desplacen a las grandes ciudades para dedicarse a una actividad que prometía una solución a corto plazo al desempleo y la pobreza (Medina 1999, 13).

Por otro lado, a pesar de que el minado empezó mucho antes, los registros históricos del Ecuador datan que desde inicios del año 1993 por iniciativas del Eco. Roque Sevilla, concejal del I Municipio de Quito, empezó el primer proyecto piloto para la recolección y clasificación de basura en el barrio El Carmen que está ubicado en el sur de la ciudad. Se trataba de un sistema de recolección domiciliaria de basura con la organización de una microempresa conformada con miembros de la propia comunidad que estaban encargados de pre-clasificar los desechos contenido en las fundas. Todos los días a tempranas horas se recogían las fundas de basura, y se clasificaban los desechos en orgánicos e inorgánicos con el propósito de mantener la higiene y la limpieza en las calles de la ciudad de Quito, y para posteriormente vender las fundas a las empresas recicladoras de aquel entonces. Estas primeras experiencias también se vieron en otros barrios como: San José de Chilibulo, Amero, Solanda, Tumbaco, Quito Sur, entre otros (Vásconez, Carrión, Goetschel, y Sánchez 1997, 126).

La Empresa Metropolitana de Aseo (EMASEO) puso a disposición una ordenanza municipal que respondía a una política de descentralización, la cual estaba impulsada por la administración del presidente Jamil Mahuad con la finalidad de la constitución de una ciudad limpia, y ordenada con el apoyo de la ciudadanía para preservar el medio ambiente. En el año 1994, se implementaron y se diseñaron varias rutas para la recolección de basura, principalmente por el Centro Histórico. Sin embargo, el aseo de la ciudad se mantuvo con trabajo de los y las recicladoras que se encontraban en las calles y con un sistema de barrido, reforzándose los propósitos que se intentaban mantener desde las municipalidades (Vásconez et al. 1997, 127). No obstante, es importante mencionar que entre las “recicladoras” y los “barrenderos” siempre hubo una suerte de conflicto, debido a que a las minadoras no se las asociaba con el aseo de las calles, sino todo lo contrario.

Más adelante, con la monopolización de la recolección y con la necesidad de encontrar un espacio para los residuos sólidos se instauraron provisionalmente botaderos de cielo abierto en las afueras de las grandes ciudades. Esto hizo que la nueva generación de recicladores se mueva de las zonas periurbanas a espacios denominados como “zonas de sacrificio”², caracterizados como territorios de alto impacto ambiental (Solíz et al. 2019, 77). Varios

² Este término comenzó a utilizarse por el gobierno de los Estados Unidos en referencia a los espacios donde se realizan pruebas para bombas atómicas (Solíz et al. 2019, 77).

estudios demuestran que la ubicación de estas “zonas de sacrificio” inequívocamente están relacionadas con barrios que son habitados por personas de bajos ingresos económicos y por minorías raciales (Solíz et al. 2019, 77).

En el Ecuador y en el resto de los países de América Latina, el crecimiento poblacional, la falta de recursos económicos y el uso de tecnologías inapropiadas para el tratamiento de residuos han obligado que el método más común para la disposición final sea el vertedero a cielo abierto y los rellenos sanitarios, siendo la opción menos rentable por los múltiples problemas ambientales y de salud que devienen (Medina 1999, 17). En el Ecuador, a pesar de que existe una Constitución que protege los derechos ciudadanos y ambientales, la mayoría se encuentran en las parroquias rurales de bajos ingresos, como es el caso de Lago Agrio y Cuenca, que han movilizadado a un número importante de moradores a las calles para manifestarse en nombre de la justicia ambiental de sus territorios (Solíz et al. 2019, 79).

En consecuencia, como diría María Mies, parece que “el subdesarrollo en una parte del mundo es la condición necesaria para el desarrollo en la otra” (citado por Federici 2022, 77). Durante los últimos años, el reciclaje informal en las calles y en los basureros sanitarios ha ido disminuyendo con el avance de los programas de gestión que son administrados desde las municipalidades (Medina 1999, 15). Haciendo que la carrera contra el tiempo en materia ambiental posicione a algunos países como: Suiza, Austria y Alemania en la vanguardia reciclando más del 50% de la basura que producen en el año (La República 2019). Sin embargo, América Latina parece estar en deuda con el mundo, los países de la región parecen ser la antítesis de dichas prácticas, debido a que solo reciclan el 4,5% de sus desechos (La República 2019). Es así como, en el Ecuador los preliminares de las noticias anuncian a un país que se “ahoga en basura”, solo en el año 2017 se botaron cerca de 12.337 toneladas de basura, además, de la inmensa cantidad de desechos producidos por la población, el problema es que el 96% de la basura se entierra y solo el 4% se recicla (Plan V 2020).

Sin embargo, en el Ecuador el problema de la mala gestión de los residuos sólidos se remonta a un contexto histórico que data de 1980 con el establecimiento del neoliberalismo, como modelo económico y político, que hizo transitar a la economía a una nueva etapa del capitalismo que se apropiaba y beneficiaba de todo aquello que encontrará a su paso. La dependencia económica del país hacia la extracción petrolera y la invasión norteamericana, europea y asiática en el mercado ecuatoriano fueron elementos que determinaron la doble crisis de la basura en el Ecuador. El crecimiento económico generado por el boom petrolero

dio paso a la creación de los primeros vertederos a cielo abierto, los cuales reportaron en la ciudad de Guayaquil y Quito en los años 1974 y 1977 respectivamente (Solíz 2015).

En este sentido, se identifican tres momentos históricos de la problemática de la generación de basura en el Ecuador. La primera construcción discursiva se llamó “bote la basura por la ventana”, en el país hasta 1975 el tratamiento de los residuos sólidos no seguía ninguna lógica de acumulación, debido a que la disposición final de desechos se había naturalizado en los espacios públicos que se encontraban en los terrenos baldíos, quebradas, ríos, etc., sin ninguna preocupación por parte de los gobiernos nacionales y locales (Solíz 2015).

El segundo discurso se denominó “bote la basura en su lugar”, en el país se había mantenido en todos los cantones botadores a cielo abierto con escaso o nulo control municipal. Sin embargo, a finales de la década de 1990 el aumento de la densidad poblacional y la actividad extractiva agroindustrial hicieron que los sistemas de disposición final colapsarán, siendo una preocupación para las competencias municipales de Quito y Guayaquil de aquel entonces (Solíz 2015).

Es así como, con la creación de rellenos sanitarios se dio paso al tercer discurso llamado “bote la basura en cada lugar” constituyéndose como una alternativa novedosa ante la crisis doble de basura. Finalmente, en los años de la Revolución Ciudadana los modelos de desarrollo intensificaron el extractivismo y la agroindustria, y el anuncio del incremento salarial en el año 2012 fueron los elementos que incrementaron la producción de la basura. En consecuencia, la crisis lejos de resolverse tuvo un boom en los años 2010 y 2012, debido a que numerosos municipios se han visto abocados por cierre de los vertederos de disposición final, y porque en el país se mantienen las competencias fragmentadas por la ausencia de una política nacional para tratar el problema de los desechos (Solíz 2015).

2.3. Una aproximación a la desigualdad: ¿Quiénes son las minadoras?

El sistema de segregación racial conocido como apartheid fue el nombre que se dio a la estructura de segregación racial que dominó el Estado Africano durante mucho tiempo. Esta noción ha servido para proponer una analogía entre el apartheid africano y el apartheid global para referirse a los expulsados y segregados del mundo. Estas lógicas ponen en evidencia un modelo de separación parcial, utilitarista, racista y clasista, en donde la población africana era enviada lo suficientemente lejos para no tener que lidiar con sus rostros, pero lo

suficientemente cerca para garantizar una mano de obra reproducida a un mínimo costo (Solíz et al. 2019, 39).

En esta misma línea, aparecen los y las recicladoras del mundo “como los expulsados globales, como esa fracción humana residual que ha sido desechada y enviada a las periferias, expulsada de las ciudades y separada de los medios de producción, y limitada en su ejercicio de derecho al trabajo” (Solíz et al. 2019, 39). Estas mujeres en palabras de Zygmunt Bauman serían denotadas como “desechos humanos”, debido a que forman parte de una población excluida que no tiene cabida en el interior de un sistema económico y social, porque son expulsadas de los procesos de globalización siendo obligadas a instaurarse en la economía informal (Reales y García 2019).

Es así como, el movimiento reciclador aparece para proclamar el reconocimiento de sus oficios y demanda su presencia en espacios públicos y políticos. Desde la reivindicación colectiva, que posiciona el saber y las demandas populares, son mujeres las que exigen el reconocimiento de condiciones materiales dignificantes, siendo una proporción importante en el mundo que realiza estas labores. Estos rostros se dibujan en mujeres empobrecida que demandan sus derechos para revertir las lógicas históricas de opresión y violencia, mientras sufren el peso del trabajo reproductivo y de un trabajo que precariza su presencia (Solíz et al. 2019, 39). En consecuencia, el reciclaje es una actividad económica que perpetúa las categorías de género, debido a que las dimensiones de producción y reproducción social aparecen entrelazadas, mientras las recicladoras limpian el espacio público (reproducción), posibilitan a la vez la provisión de materia primera para la industria (producción), garantizando a todo un sistema social y económico (Solíz et al. 2019, 40).

En el Ecuador, las recicladoras adquieren varios nombres porque son llamadas como: “cartoneras”, “gestoras de base” o “cuidadoras del medio ambiente”, las cuales son denominaciones que intentan señalar el papel de agentes económicos que ocupan estas mujeres dentro las cadenas de reciclaje. Sin embargo, el uso del reiterativo de la palabra “minadora” proviene de una categoría del habla nativa de la gente de la serranía ecuatoriana que representa la autenticidad del trabajo que realizan, debido a que “son en su mayoría mujeres que al igual que los mineros transforman el filón en oro, convirtiendo lo que para otros es basura en materiales reciclables” (Rivadeneira 2020, 9).

En este sentido, las estadísticas sociodemográficas muestran que las minadoras desarrollan sus actividades económicas en un contexto de informalidad, precariedad, y discriminación, es

por ello que la Iniciativa Regional de Reciclaje Inclusivo (IRR) presentó un estudio de base sobre el Reciclaje en el Ecuador que fue desarrollado entre el año 2014 y 2015. Esto fue un esfuerzo de aproximación a la realidad de las familias y personas que están inmersas en la recolección y venta de residuos sólidos, como una apuesta de política pública para mejorar la toma de decisiones, y para promover la inclusión social y económica de los y las recicladoras de base. El estudio parte de una metodología que considera a las principales ciudades como: Quito, Guayaquil, Cuenca y Manta como focos que abarcan aproximadamente el 48% de la producción de residuos sólidos, y como territorios que concentran la mayor cantidad de empresas recicladoras (IRR 2015, 11).

Como antecedente, la investigación considera que en el Ecuador existen aproximadamente 20.000 personas dedicadas a las actividades de reciclaje, siendo el 70% rostros de mujeres que conectan con el primer eslabón de la cadena del reciclaje (Naciones Unidas 2021). Sin embargo, se estima que Quito, Guayaquil, Cuenca y Manta son las ciudades que concentran una mayor cantidad de recicladores, aproximadamente a 8.865 rostros de mujeres y hombres, distribuidos significativamente con una tendencia hacia las ciudades más pobladas del país, como es el caso de Guayaquil y Quito, en donde se encuentran el 50% y el 39% de recicladores de base. En este sentido, tomando como muestra a 692 recicladores de las ciudades señaladas, se observa que la edad promedio de quienes trabajan en medio del desecho es de 45,7 años. Curiosamente, los datos arrojaron que la ciudad de Quito alberga a los y las trabajadoras más jóvenes, mientras que Manta a la población más adulta (IRR 2015, 52).

En términos de género se evidencia que el 54% son mujeres que se encuentran en la sierra ecuatoriana, Quito y Cuenca, con un porcentaje de aproximadamente del 70% y 80%. A diferencia de las ciudades de la costa, como Guayaquil y Manta, en donde el género masculino es más representativo con un 72% y 68%. En cuanto a la identificación étnica, el 82% de recicladores se autoidentifican como mestizos, seguidos de aquellos que se identifican como blancos e indígenas (IRR 2015, 53).

Por otro lado, pese a que la educación pasa a ser una prioridad para la construcción de sociedades más inclusivas y justas, concibiéndose como una “acción humanizadora” porque es una de las herramientas más importantes para el mejoramiento de la calidad de vida (Ademar 2013, 8). Los resultados de las encuestas mostraron que, incluso, las desigualdades sociales y de género están presentes mucho antes de una actividad económica que precariza la

presencia de las minadoras, debido a que el 39% de recicladores apenas tiene un nivel de instrucción primaria y el 18% no sabe leer ni escribir (IRR 2015, 54).

Por otro lado, como una breve descripción de la situación socioeconómica que se vive en el interior de los hogares de las minadoras, el estudio realizado demostró que la pobreza y la vulnerabilidad se extiende a estos territorios, dado que el 45% de recicladores no cuentan con una casa propia, siendo interiores con poco espacio y saturados con cargas familiares, son viviendas que apenas disponen de energía eléctrica, y pocas pueden darse el lujo de contar con servicio telefónico o internet (IRR 2015, 54).

En cuanto a la salud, el reciclaje marca el cuerpo de las minadoras, como una actividad económica que convierte sus manos, sus espaldas y sus pies en sus únicos instrumentos de trabajo, siendo territorios disponibles para la explotación y la subordinación laboral (Rivadeneira 2020). En el estudio realizado, el 5% de las personas encuestadas registró una enfermedad asociada a estas prácticas, de las cuales el 31% señaló que tiene problemas en su columna, caderas o huesos, siendo una de las enfermedades más recurrentes. Además, su vulnerabilidad se agudiza cuando se consideran los principales alimentos que conforman su dieta diaria, debido a que el 14% incluye papas, arroz o fideos como alimentos que son parte de sus comidas principales (IRR 2015, 56). Todos estos datos se contrarrestan con los gastos realizados en cuanto a material o equipo de trabajo, los números muestran que las minadoras destinan un gasto ínfimo de aproximadamente 29 dólares, como se presenta en la tabla 2.1, en equipos para protegerse mientras trabajan en territorios riesgosos e insalubres.

Por otro lado, las estadísticas retratan que el “recorrido en las calles es largo y el pago es poco”, los ingresos económicos de las minadoras ni siquiera alcanzan a cubrir un salario básico de subsistencia. La situación económica se agrava incluso más en contextos de pandemia, en el Ecuador no existen mecanismos de pago periódico por los servicios prestados, desembocando en remuneraciones injustas ligadas a la venta del material y no al servicio prestado a la comunidad (GK 2019). En este sentido, una minadora recibe en promedio entre 190 y 220 dólares por cada tres toneladas de material reciclado en las calles (Primicias 2019).

La investigación realizada por la Iniciativa Regional de Reciclaje Inclusivo (2015) muestra que el gasto promedio es de 214,17 dólares, como se presenta en la siguiente tabla. Sin embargo, la diferencia entre el gasto y el ingreso es abismal con una remuneración precaria de 200 dólares, en el escenario más favorable sus necesidades básicas apenas alcanzarían a

satisfacerse, en donde probablemente la salud y la educación serían cuestiones secundarias. En consecuencia, los hogares de las minadoras se convierten en territorios para desplegar formas novedosas de endeudamiento al no contar con una remuneración suficiente para cubrir bienes básicos o alquileres. El endeudamiento aparecerá en estos hogares como una tecnología financiera para capitalizar como reparo frente a la precarización, no solo como una herramienta asociada a un bien o servicio puntual, sino para transformarse en una forma obligatoria y permanente dentro los hogares para llevar una “vida digna” (Cavallero y Gago 2022, 13).

Tabla 2.1 Gastos mensuales hogares

Ciudad	Vivienda	Alimentación	Salud	Educación	Transporte	Mantenimiento/ Material de Trabajo	Total
Quito	\$ 77,30	\$ 202,53	\$ 6,20	\$ 18,80	\$ 52,46	\$ 7,31	\$ 364,60
Guayaquil	\$ 33,90	\$ 47,30	\$ 5,90	\$ 3,70	\$ 47,30	\$ 6,88	\$ 144,98
Cuenca	\$ 93,40	\$ 32,35	\$ 1,90	\$ 9,60	\$ 32,25	\$ 6,45	\$ 175,95
Manta	\$ 60,60	\$ 43,86	\$ 8,70	\$ 7,60	\$ 43,86	\$ 9,03	\$ 173,65
Total Promedio							\$ 214,80

Elaborado por la autora a partir las entrevistas realizadas por Iniciativas de Reciclaje Inclusivo y Recicladores de Base en el Ecuador (2015).

Finalmente, la vulnerabilidad se manifiesta también como una cuestión política, las minadoras adolecen de redes sociales y económicas de apoyo, precarizando sus cuerpos y exponiendo sus figuras diferencialmente a los daños, a la violencia y a la muerte (Dasten 2019). En el Ecuador, en términos de organización en el año 2008 se marcó un hito importante para desarrollar las actividades organizativas y de liderazgo de los y las recicladoras con la creación de la Red Nacional de Recicladores del Ecuador (RENAREC). Sin embargo, a pesar de las iniciativas de asociación en el país de los 20.000 recicladores registrados, únicamente el 8% se encuentra asociado (IRR 2015, 60).

En este sentido, estas estadísticas más que porcentajes o números se presentan como una vívida aproximación de la desigualdad económica y social que hacen de cara las minadoras y sus familias. Estas inequidades sociales posicionan a las recicladoras en el fondo de una cadena que se reproduce con formas de dominación y que se manifiestan con modos

extractivos, convirtiéndose en la sustancia principal utilizada por quienes se encuentran en la cúspide para gobernar y generar ganancias sin límites.

2.4. Algunas nociones de las cadenas de suministro

En el sistema capitalista, el concepto de cadena de suministro está ligado a la comprensión del capitalismo como un “todo”, partiendo de una perspectiva empresarial y sectorial que analiza, principalmente, la conformación de redes empresariales que tienen lugar en los procesos de globalización. El enfoque de cadena de valor o suministro representa un intento novedoso, debido a que funciona con redes sectoriales de compañías que tienen actividades a escala nacional y global, y que configuran formas específicas de gobernanza, pero perpetúan las desigualdades que se entrecruzan entre la raza, la clase y el género (Fernández y Trevignani 2015).

En la actualidad, en el capitalismo las cadenas de valor funcionan como una alternativa para garantizar nuevos regímenes de rentabilidad a costa de una mano de obra que trabaja de manera desigual (Rivadeneira 2020, 95). Estas dinámicas que se penetran en el interior de las cadenas hacen que los actores “no sean independientes de una lógica sistémica, sino que se inserten en esta, se explican por, y al mismo tiempo contribuyan a explicar esta lógica”. En este aspecto, la diversidad y la desigualdad se tornan correspondientes, debido a que los actores centrales serán las grandes empresas y sus redes, imponiendo su voluntad sobre los otros dentro la compleja división del trabajo (Fernández y Trevignani 2015). En consecuencia, las cadenas de suministro estarán basadas en la subcontratación, en la externalización y en la independencia de las grandes empresas, mientras disciplinan a los eslabones más bajos (Rivadeneira 2020, 96).

De esta manera, las cadenas de suministros surgen de una relación y de una dependencia que existe entre todos sus elementos, siendo un proceso a nivel de “gerencia” que permite a las grandes empresas adquirir e incrementar la deseada rentabilidad en el mercado. Sin embargo, la gestión de las mismas va más allá de las fronteras de la empresa, debido a que abarca a los pequeños “proveedores”, que en este caso son las minadoras que trabajan con sus cuerpos en las calles (Manrique, Teves, Taco y Flores 2019). En consecuencia, mientras se va descendiendo la cadena los rasgos de precarización e informalidad se tornan más evidentes, en donde las minadoras aparecen como parte del primer eslabón que reproduce una dinámica

que perpetúa las desigualdades sociales. Así, la valoración del desecho y su valor social, asociado al reciclaje, no implica un cambio en las condiciones de trabajo de las minadoras. Las grandes industrias disciplinan a estas mujeres bajo la figura de “proveedoras” o “emprendedoras” con el propósito de garantizar la calidad y el volumen de la producción final, sin el menor interés de “controlar” el trabajo de quienes se encuentran en la parte más baja (Rivadeneira 2020, 96).

Además, las cadenas de suministro aparecen con el propósito de disminuir los costos de producción al máximo mediante dos estrategias que aluden a la subcontratación del trabajo y a la promoción de culturas corporativas (Rivadeneira 2020, 97). El trabajo dentro de estas lógicas se asienta sobre la idea de la “superexplotación”, la cual se entiende no como una explotación tradicional que depende específicamente de factores económicos, sino de las diferentes vicisitudes que se entrecruzan la clase, la raza y el género. En este sentido, el término no se refiere a la abyección del trabajo, sino que apunta a la incapacidad que tienen las minadoras para negociar una compensación económica imaginada por los obstáculos “culturales” que crea el sistema capitalista (Tsing 2009).

Es así como, en el capitalismo de las cadenas de suministro se hacen uso de los nichos económicos y sociales para producir bienes y servicios a un mínimo costo. Estos se producen en performance con las identidades culturales como nuevos cuerpos eficientes y productivos para los procesos de producción, en donde “ganarse la vida” es únicamente una noción anclada meramente una lógica de gestión y emprendimiento (Tsing 2009). En consecuencia, la eficiencia de las minadoras para insertarse dentro de las cadenas del reciclaje se asienta sobre la idea de la “figura de mujeres pobres, pero aguerridas emprendedoras que están dispuestas a meter la mano en la basura de otros para sacar adelante a sus familias” (Rivadeneira 2020, 98).

Finalmente, es importante mencionar que en el país las cadenas de reciclaje no se encuentran ancladas exclusivamente a los mercados nacionales, sino que dependen también de la conexión con los mercados globales, siendo el último eslabón en donde se deciden los precios de compra de los materiales reciclables en función de la oferta y la demanda global (Rivadeneira 2020, 97).

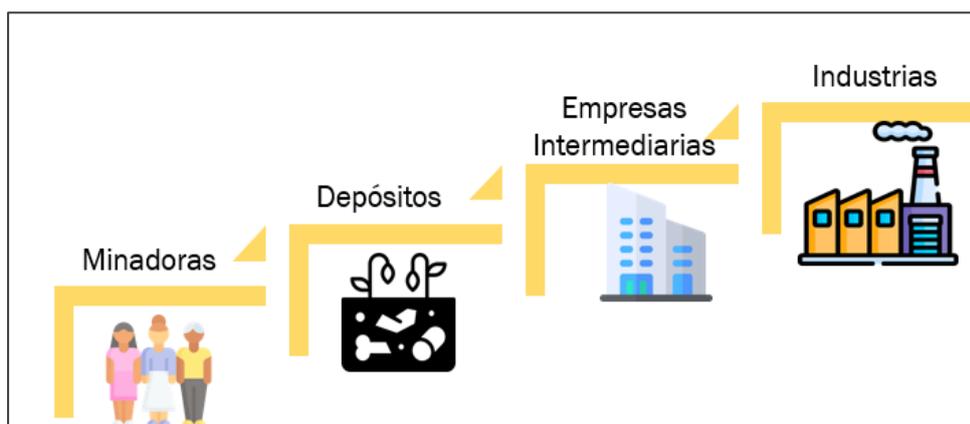
2.5. Una historia contada desde los eslabones de la cadena de reciclaje en el Ecuador

En el Ecuador, las cadenas de suministro del reciclaje sirven para la producción de mercancías destinadas al mercado nacional con productos hechos de materiales reciclables comúnmente como: el papel, el cartón, las botellas, el plástico, entre otros. Las cadenas operan con una lógica que trata de diversas “empresas que son proveídas por la misma cadena de suministro en la que se involucran de manera compleja medianas empresas legalmente constituidas en la parte más alta de la cadena, que son a su vez proveídas, en gran parte por pequeños depósitos que obtienen materiales de las minadoras quienes trabajan de manera individual, familiar o asociativa” (Rivadeneira 2020, 96).

Es así como, en el Ecuador las cadenas de suministro del reciclaje están conformadas por agentes con características propias en cada proceso. En el primer eslabón de la cadena se encuentran las minadoras y los recicladores de fuente, el segundo nivel está conformado por los depósitos, y en los escalones más altos se encuentran las empresas intermediarias y las grandes industrias (Rivadeneira 2020, 100). Sin embargo, para propósitos e intereses económicos las cadenas pueden acortarse o alargarse, cuando las minadoras en ciertos casos venden directamente a las empresas intermediarias o cuando se crean nuevos eslabones para garantizar el aprovechamiento de la industria, pero en general la cadena se presenta como en el gráfico 2.1.

En este sentido, las minadoras se incorporan en las cadenas de suministro como una alternativa para generar ingresos rápidos y seguros para solventar las diversas vicisitudes de la vida diaria (Rivadeneira 2020, 107). En el segundo eslabón, los depósitos muestran las mismas lógicas con iniciativas de pequeños negocios que receptan y almacenan materiales hasta obtener un volumen atractivo para la comercialización, generando ganancias en función de los bultos alcanzados (Rivadeneira 2020, 113). Por el contrario, las empresas intermediarias son negocios con la capacidad de almacenar grandes cantidades de materiales, salvo con la diferencia que poseen la maquinaria y el transporte necesario para operar dentro de todos los procesos, siendo el volumen el elemento que determina la ganancia de los mismos (Rivadeneira 2020, 126). Finalmente, sobre la base de las actividades del reciclaje se montan los grandes complejos industriales, los cuales transforman los materiales reciclados en productos terminados para el consumo (Rivadeneira 2020, 138).

Gráfico 2.1. Representación de la cadena de suministro



Elaborado por la autora a partir de Rivadeneira (2020).

En este sentido, con el propósito de retratar las dinámicas de la precariedad y la informalidad que se reproducen en los eslabones más bajos de la cadena se toma algunas historias de la etnografía realizada por Catalina Rivadeneira (2020) para dar cuenta que las manos que están dispuestas a hurgar en la basura son las manos que trabajan para generar los beneficios de los grandes complejos industriales que se asientan en la cúspide.

- **El primer eslabón: las minadoras**

La investigación realizada por Catalina Rivadeneira (2020) da cuenta de la otra cara de la precariedad, las cadenas de suministro se benefician del trabajo mal remunerado de las familias que han sociabilizado las labores del minado como una forma de vida. Las minadoras esperan sentadas en las veredas, después de hurgar en las fundas durante todo el día, los depósitos llevan todo el material recolectado y pagan a las minadoras una ínfima cantidad de 6 dólares. Esta es una transacción de mercado que se realiza en la informalidad de las calles dentro de una “economía moral”, en donde las nociones de lo justo e injusto dependen de las relaciones desiguales de poder, debido a que los precios no están pactados con parámetros que obedecen al tiempo o del esfuerzo realizado durante las jornadas de trabajo, sino de la cantidad de material recuperado en las calles. En este sentido, los eslabones más altos de la cadena se aprovechan de estas formas precarias de trabajo como si fueron los dueños legítimos para dirigir los movimientos y el tiempo de las minadoras, reconociendo apenas las

labores realizadas y negando la posibilidad de negociar los precios de compra, como si el ingreso se tratará de una “dádiva” que depende únicamente de la voluntad del comprador, haciendo que las cadenas se beneficien de la mano de obra barata y dispuesta (Rivadeneira 2020, 104).

Sin embargo, el primer contacto que tienen las minadoras con las cadenas de suministro no son relaciones puramente mercantiles, debido a que existen también lógicas económicas de aprovisionamiento. Las mujeres permanecen en las actividades de minado no solo para obtener ingresos monetarios, sino para proveerse también de otros bienes de uso que son destinados a atender las necesidades de sus familias, como por ejemplo, vestimenta, juguetes, y demás, que consiguen con “suerte” hurgando entre las fundas de basura. Además, estos bienes se obtienen de otros actores que se encuentran fuera de la cadena, como las “señoras” de las grandes casas, que dan objetos a las minadoras como una relación no mercantil y aislada de las lógicas tradicionales de mercado (Rivadeneira 2020, 105).

En consecuencia, la profunda desigualdad que opera en el mundo capitalista imposibilita a la mayoría de las personas a obtener los bienes y servicios ofertados en el mercado. Esto tiene sus raíces en la globalización que surge y se prolifera desde “abajo”, en donde la economía informal se extiende a distintos espacios, creando sus propias reglas, rutas y puestos comerciales. Esto se compara con nociones que aluden a una globalización más “humana”, porque se reconoce ciertos lazos sociales que permiten mejorar las condiciones de vida de quienes se encuentran en una condición de desventaja, mientras se adquieren mercancías a un costo menor que el transaccionado en la economía de mercado (Villarreal 2016). En este sentido, podemos observar formas de aprovisionamiento que se realizan a través de procesos formales o informales, en donde predomina la participación de la comunidad y los grupos sociales. Esta interacción entre las formas mercantiles y no mercantiles afecta tanto el valor económico como el valor simbólico que se da a los bienes y servicios (Narotzky 2007).

Por otro lado, la figura comprendida de trabajo no solo es la mano hiper-explotada de las minadora, dentro del eslabón más bajo también se encuentra las manos de sus hijos, sus hijas y nietas como actores que se encuentran ocultos y que reproducen las ganancias de los eslabones más altos. Sin embargo, es una actividad que también esconde relaciones desiguales de género, si bien las actividades de minado se realizan entre familias requiriendo de distintos grados de cooperación, los hombres miran a estas labores como una actividad “accesoria” que solo se recurre en épocas de crisis, mientras que para las mujeres es una labor que les permite

generar ingresos sin dejar de lado sus responsabilidades domésticas y de cuidado (Rivadeneira 2020, 107).

En el primer eslabón existen también condiciones de competencia entre las minadoras. Defender el territorio, como si las calles tuvieran nombre para realizar las actividades del minado, es una estrategia conveniente para gestionar contiendas entre otros trabajadores, debido a que el ingreso depende de la cantidad recuperada de las bolsas de basura y de la cooperación entre las familias. Sin embargo, las carentes remuneraciones que pagan los eslabones ubicados en la parte más alta hace que estas mujeres busquen otras alternativas para generar medios de vida, sin que necesariamente sean trabajos acordes a una categoría digna (Rivadeneira 2020, 109).

Además, la vulnerabilidad futura es otra condición que portan estas mujeres, debido a que no cuentan con un seguro de pensión que les permita sortear con dignidad su vejez. A pesar de que son mujeres que trabajan dentro de las dinámicas de la cadena a los eslabones más altos poco o nada les importa que son labores que deterioran, paulatinamente, la salud de quienes están dispuestas a hurgar en la basura para generar sus ganancias (Rivadeneira 2020, 111).

En consecuencia, la cadena se aprovecha de una actividad que permite generar ingresos rápidos y seguros para afrontar las diferentes vicisitudes de la vida diaria. Las actividades económicas de reciclaje surgen como respuesta a las crisis económicas, configurándose como un factor de estabilización que contribuye a la gestión de las poblaciones “sobrantes” y, que más tarde, se convierten en un cálculo económico para los mandos de quienes se encuentran en la cúspide. De esta manera, el deseo de emprender, arriesgarse, salir adelante, progresar y, sobre todo, conquistar esos espacios y tiempos de expulsión y desposesión se constituyen como el motor de las economías informales (Gago 2014).

Además, las desigualdades que surgen desde el eslabón más bajo de la cadena se naturalizan no solo por las diferencias económicas de los eslabones más altos, sino también por las categorías de clase, género, y por otros factores “culturales” que se materializan entre quienes botan los desechos y quienes “viven” de los mismos, debido a que no todas las personas estarán dispuestas a “meter la mano” en la basura. Ser mujer, pobre y dispuesta a trabajar en medio del desecho son elementos no económicos de los que depende la cadena de suministro del reciclaje (Rivadeneira 2020, 112).

- **El segundo eslabón: los depósitos**

Los depósitos son lugares pequeños saturados de bultos de materiales reciclados en donde se reciben y almacenan volúmenes atractivos de plástico, chatarra o papel hasta ser comercializados. La etnografía realizada por Catalina Rivadeneira (2020) cuenta la historia que, hace algunos años atrás, los depósitos funcionan en el interior de las imprentas. Estas empezaron vendiendo papel como un negocio atractivo mientras la industria del reciclaje iba en despegue. Sin embargo, los dueños de los depósitos son, ahora, personas que migraron hacia las ciudades que sostienen su economía familiar únicamente con lo que se produce entre los bultos de papel, y financian su capital de trabajo mediante deudas contraídas con facilidad en el sistema financiero. En este sentido, son negocios que operan en la informalidad, pero generan “fuentes” de trabajo con mucha facilidad. Estos empleos dependen del éxito del lugar, en donde los ingresos obtenidos son un “privilegio” para las manos que laboran dentro de estos espacios. Estos acuerdos de trabajo inician como un acuerdo laboral tácito, y se caracterizan porque no tienen un contrato que asegure condiciones de tiempo, ingreso y beneficios sociales, los cuales deberían ir de acuerdo a las categorías “dignas” de trabajo (Rivadeneira 2020, 113).

Sin embargo, la informalidad de los depósitos es resultado de las dificultades que impone la administración tributaria, debido a que son negocios operados por familias que desconocen de los procesos burocráticos del Servicio de Rentas Internas (SRI). Además, el miedo es una característica importante que siente cada uno de los miembros al aventurarse a una forma de trabajo que demanda cada vez más la adquisición de maquinaria de punta. Estas herramientas son utilizadas para manejar los grandes volúmenes de material que requiere la industria, pero son un obstáculo para la formalización de estos negocios por altos precios que demanda la adquisición de cada uno de ellos (Rivadeneira 2020, 118).

En este sentido, la investigación de Catalina Rivadeneira (2020) da cuenta que los depósitos operan de dos maneras. La primera es mediante el despegue de una actividad que se desarrolla en la informalidad sin pagar impuestos, precarizando trabajadores y recibiendo materiales en formas no mercantiles, pero con la característica que se manejan bajos volúmenes de materiales hasta ser vendidos a los intermediarios. La segunda es generando ganancias mediante la entrega de bultos directamente a las industrias que ofrecen mayores márgenes de ganancias, pero que exigen la formalización debida de los negocios. Elegir entre una u otra lógica determina la posición de los depósitos dentro de la cadena, en donde las barreras de

entrada son precisadas por la competencia de los depósitos que, generalmente, es entre familias (Rivadeneira 2020, 120).

Sin embargo, la ganancia de los depósitos dependerá del material recuperado en las calles por las minadoras que entregan bultos completos, pero con precios pactados que no reconocen el desgaste físico de su cuerpo. En consecuencia, la informalidad y la precarización se va dibujando en el rostro de mujeres pobres, quienes a fuerza de costumbre generan niveles de conformidad ante una cadena que explota su trabajo, como una categoría que es parte de un cálculo económico, y que es esencial para reproducir las ganancias de quienes se encuentran en la cúspide (Rivadeneira 2020, 125).

- **El tercer eslabón: los intermediarios**

Las empresas intermediarias son negocios mediados con la capacidad de almacenar grandes volúmenes de material. Es un eslabón que ofrece el servicio de clasificación y compactación y, por lo tanto, requiere de cuantiosas inversiones en maquinaria y en mano de obra para garantizar los volúmenes que necesitan las grandes industrias para la transformación de la materia prima en productos terminados. Sin embargo, conforme se va ascendiendo en la cadena las actividades se van masculinizando a un orden que atiende a las diferencias sexuales, debido a que la mayoría de los trabajadores que operan en estas industrias son hombres. La división sexual del trabajo alude que los hombres por sus características biológicas de fuerza son los únicos que aparentemente pueden manejar estas máquinas, mientras que los oficios de separación y clasificación quedan reservadas a las mujeres como si tuvieran una habilidad “especial” y “natural” en estas labores (Rivadeneira 2020, 126).

Las ganancias de las empresas intermediarias dependen del volumen que pueden almacenar, una de sus principales estrategias es conseguir una cantidad importante de proveedores de materiales reciclados, ofreciendo para ello un precio y un trato “justo”. En este sentido, el 60% de materiales provienen de pequeños y medianos negocios, mientras que el 40% de las minadoras, asociaciones y pequeños depósitos. Sin embargo, el discurso de “peso y precio justo” parece un eslogan que determina las dinámicas de la cadena. Desde las historias contadas en la etnografía de Catalina Rivadeneira (2020), la perspectiva de estos negocios es que quienes ofrecen precios “injustos” son los depósitos, como si desde sus relatos se estuvieran desatendiendo convenientemente de todas las formas precarias que se reproducen

en la cadena, generando ganancias sin ningún tipo de pesar. En consecuencia, “justicia y buen trato” es el alegato no económico que dan cuando realizan transacciones directas con las minadoras (Rivadeneira 2020, 132).

La diferencia entre los eslabones más bajos es que a medida que se va ascendiendo en la cadena las actividades se van formalizando, y se van produciendo los procesos de acumulación. Las empresas intermediarias aparecen como un negocio rentable, y como el sueño y la aspiración de algunos de depósitos y de algunas minadoras. Sin embargo, los anhelos se truncan cuando son negocios que requieren una fuerte inversión en capital, prestaciones sociales, obligaciones tributarias, etc. Los relatos contados por Catalina Rivadeneira (2020) muestra que quienes están en la cabeza de estas empresas consideran que el capital cultural es un requisito importante para situarse en los eslabones más altos, como una cuestión de educación y visión. Estos reclaman que la condición de las minadoras es un problema de cálculo, porque son mujeres que no cuentan con medios para “autogestionarse”, y establecer un modo de vida digno. Esto hace que las condiciones precarias de trabajo sea “culpa” de las minadoras, porque no gestionan adecuadamente los medios propios para salir adelante (Rivadeneira 2020, 137).

- **El cuarto eslabón: las grandes industrias**

En el cuarto eslabón se encuentran los grandes complejos industriales que están encargados de transformar la materia prima en productos terminados. Estas empresas producen una gran variedad de productos que se destinan generalmente para el uso cotidiano como: papeles, cajas, cartulinas, entre otros. Sobre la base de estos se encuentra el trabajo que realizan las minadoras en las calles, en donde una buena parte de sus labores alimenta a uno de los sectores más dinámicos del país, el cual es la industria del reciclaje. Los indicadores financieros muestran a las empresas más importantes que lideran este sector, como es el caso del Grupo Familia Sancela que en el año 2021 generó un ingreso de 140.449.290 dólares, mientras que Cartopel un ingreso total de 217.539.493 dólares, posicionándose a la cabeza del ranking financiero de compañías. Sin embargo, detrás de esta opulencia están las minadoras y sus familias recibiendo un ingreso que apenas alcanza a satisfacer sus necesidades básicas. En este sentido, la investigación realizada por Catalina Rivadeneira (2020) retrata que sobre estas empresas opera una compleja red de abstracciones que determina la posición de las minadoras

dentro de la cadena, porque son negocios interesados en adquirir únicamente la materia prima con ciertos estándares de calidad, como la limpieza, la clasificación y el embalado.

En el caso de la industria de papel, si el producto entregado no cumple las condiciones requeridas es devuelto o se descuenta un valor extra por los costos adicionales que implica. Estas condiciones de calidad que, aparentemente, suenan “fáciles” para los negocios formalizados que actúan de acuerdo a los parámetros de la ley es una limitación para las minadoras, porque en las calles carecen de un espacio físico adecuado para guardar los materiales, y para cumplir con los requerimientos de separación o eliminación de impurezas que son exigidas. Esto se convierte en un impedimento para las recicladoras para establecer acuerdos comerciales con estas empresas y obtener mejores beneficios (Rivadeneira 2020, 140).

Generalmente, las grandes industrias establecen el monto de pago a los proveedores de acuerdo a los precios definidos en el mercado industrial. Una parte de las remuneraciones que obtienen las minadoras estén determinadas por la dinámica internacional, y por las condiciones de transporte, almacenamiento, estándares de calidad, etc., que son condiciones exigidas por los eslabones más altos que establecen su soberanía con un cierto grado de globalización. En consecuencia, para estos complejos empresariales es una cuestión menor el trabajo precarizado de las minadoras o si los eslabones más bajos vulneran los derechos de los trabajadores, el control de la materia prima y el cumplimiento de su normativa se ha convertido en el accionar que guía sus negocios (Rivadeneira 2020, 141).

En este sentido, los complejos industriales operan con una lógica de gobernanza, intentando modificar el comportamiento de las minadoras mediante relaciones de autoridad y poder. La formalización de los y las recicladoras es una característica importante en las relaciones comerciales, debido a que el acceso a un sistema crediticio o el pago en una cuenta bancaria son elementos que funcionan como perspectivas empresariales que procuran la integración de todos los eslabones dentro del sistema. Sin embargo, la precariedad económica hace que las minadoras no cuenten con ningún tipo de garantía financiera, como se verá más adelante en los capítulos siguientes. En consecuencia, la gobernanza implica que las minadoras sean parte del cálculo económico, en donde las ganancias de los eslabones más altos está justificada por la posición de las minadoras dentro de la cadena, como si la falta de “visión empresarial” determinará su condición precaria (Rivadeneira 2020, 149).

2.6. Donde se sitúan las historias de esta investigación. La parroquia de Tumbaco

La historia del Ecuador cuenta que la expansión del Distrito Metropolitano de Quito inicia en los años 70 y se profundiza en los años 90, dispersándose hacia lo que hoy se conoce como el valle de Tumbaco. La rápida urbanización que se vivía en aquel entonces, desde el centro de la ciudad, hizo que las zonas periurbanas se convirtieran en territorios más atractivos para vivir fuera de la ciudad. Sin embargo, este modelo sigue una lógica de transformación urbana que se fundamenta en un modelo de “acumulación por desposesión” que necesita de territorios para reproducir las dinámicas del capital, mientras mantiene la hegemonía y relocaliza los excedentes del capitalismo moderno. El dinamismo económico transforma las estructuras territoriales, colocando espacios como aeropuertos o vías para revertir las formas originales de los territorios (Palacios 2017). En este sentido, se encuentra que gran parte de los descendientes de la población del valle de Tumbaco eran huasipungeros que trabajan en las haciendas. Esto hizo que históricamente la expansión de los modelos urbanos este determinado por una clase social alta, en donde la modernidad se constituía como una expresión amenazante para borrar el campesinado de la zona (Robertsdotter 2020).

En consecuencia, la dispersión hacia los valles configura un espacio para consumo de las clases altas y medias de la ciudad de Quito, en un comienzo como un territorio para la generación de segundas viviendas y, posteriormente, para los procesos de expansión metropolitana en la implementación de grandes infraestructuras logísticas. Sin embargo, el problema es que la expansión territorial siguió un modelo de urbanización expansiva sin mayor fundamento y control urbano, representado a Tumbaco como una fuerza productiva que sirve a las lógicas capitalistas porque es un espacio estratégico que da lugar a la expansión urbana. Es así como, el territorio aparece como un producto social, en donde cada sociedad y cada modo de producción dominante produce un determinado espacio como una representación del poder y de la clase (Palacios 2017).

En este sentido, con una mirada geográfica y espacial de Tumbaco se da cuenta que es un territorio que se recuesta sobre las faldas del Ilaló, y que guarda la historia de los primeros habitantes del Ecuador. Los límites de la zona muestran que por el oeste colinda con las parroquias de Cumbayá y Nayón, al suroeste con Guangopolo, al sur con Alangasí, la Merced y Pintar, al este con Pifo y, finalmente, al norte comparte límites con la parroquia de Zambiza, como se observa en el Mapa 1. A nivel político-administrativo Tumbaco es una parroquia rural que forma parte del Distrito Metropolitano de Quito (DMQ). Sin embargo, las dinámicas

de crecimiento de la ciudad muestran hasta cierto punto un mantenimiento, e incluso una disminución de la población que se asienta en el epicentro como consecuencia del dinamismo del mercado inmobiliario que ha surgido en los últimos años. Tumbaco, se ha convertido en una parroquia suburbana, y en uno de los sectores más atractivos y prestigiosos para vivir (GAD Tumbaco 2020).

Mapa 2.1. Ubicación de la parroquia de Tumbaco, 2020



Fuente: GAD Tumbaco (2020).

Es así como, las estadísticas retratan que hasta el año 2020 se registraron 16.700 hogares en Tumbaco, pero lo que se dibuja en inmuebles más amplios, en el acceso a mayores servicios, y en espacios verdes se manifiesta en desigualdades económicas y sociales que surgen entre una y otra clase (GAD Tumbaco 2020). En una muestra tomada por 106 hogares se evidencia que mientras en algunos hogares los ingresos son de 5.000 dólares, el 90% no llega a los 2.000 dólares y la mitad no alcanzan a los 750 dólares mensuales, mostrando la diversidad de situaciones económicas presentes en el territorio. Esta situación llama la atención a nivel nacional, debido a que Tumbaco se constituye como una de las 25 parroquias más inequitativas del Ecuador con una minoría de población que tiene ingresos más elevados, incluso, a nivel de país. Además, en la parroquia se ha conformado una matriz económica diversa que perjudica a los hogares que menos tienen, dado que existe un mercado de

productos y servicios que se encarece por la presencia de capas socioeconómicas que tienen posibilidades económicas más altas (GAD Tumbaco 2020).

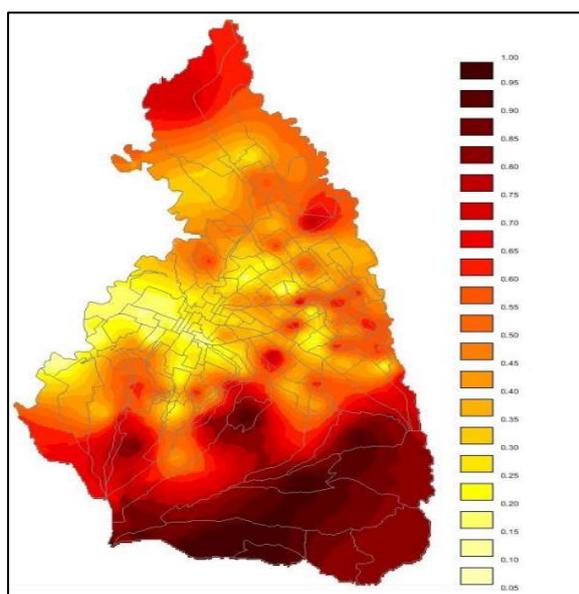
En consecuencia, el nivel de consumo de la parroquia es una de las variables más importantes para entender las dificultades económicas que tienen los hogares. A pesar de que, existe un número importante de hogares que genera ingresos relativamente significativos, el costo de vida del territorio fragiliza la situación económica de gran parte de la población, especialmente si se considera la condición económica y social que viven las minadoras en las calles de Tumbaco. Las estadísticas dan cuenta que el gasto en los hogares de Tumbaco, principalmente en servicios de alojamiento, agua, electricidad, gas y otros combustibles es 40% más alto que el promedio nacional, haciendo que el monto estimado para “vivir bien” sea un 15% más elevado que el promedio nacional (GAD Tumbaco 2020).

En este sentido, el concepto de necesidades básicas insatisfechas es un indicador de la pobreza multidimensional que se expresa sobre determinados territorios, retratando a la pobreza como un cúmulo de dificultades que se manifiestan en la capacidad económica y en el acceso a servicios básicos, como educación y vivienda. Es una cartografía que presenta una dualidad, y que determina si un hogar es pobre o no según las condiciones de vida presentes (GAD Tumbaco 2020).

En el mapa 2, se muestra que las necesidades básicas insatisfechas en la parroquia de Tumbaco tienen una estructura territorial inequitativa. En el centro y en el oeste del territorio, que se representa por el color amarillo en la figura, los porcentajes de pobreza son relativamente bajos, mientras que en el resto de la parroquia los índices son más alarmantes, principalmente en el sureste de la parroquia donde la totalidad de la población vive en condiciones de pobreza y vulnerabilidad social. En consecuencia, las tonalidades más altas del mapa muestran a una población que vive en condiciones de pobreza por la falta de empleo y demás.

Sin embargo, a medida que los matices disminuyen las clases sociales más altas aparecen para perpetuar las desigualdades en el territorio, siendo un modelo que representa las inequidades entre el centro y la periferia. Además, la estructura espacial del territorio se ha ido modificando en los últimos años, debido al crecimiento del mercado inmobiliario de gama alta, el cual se ha distribuido sobre varios sectores de la parroquia, dando como resultado que “sobreponga una estructura de archipiélagos de riqueza sobre la estructura preexistente, ahondando en la inequidad territorial” (GAD Tumbaco 2020).

Mapa 2.2. Modelo de interpolación de la distribución de la pobreza, 2020



Fuente: GAD Tumbaco (2020).

En consecuencia, las condiciones de pobreza y desigualdad que se viven en el territorio son preocupantes, una de las principales causas es la falta de empleo adecuado. Tumbaco, al igual que otros territorios periféricos que se encuentran a distintas escalas del Distrito Metropolitano de Quito, responden a un concepto que se denomina como “ciudades-dormitorio” que se caracterizan por flujos de poblaciones que se dirigen hacia la parte centro de Quito por asuntos laborales, principalmente para cargos ejecutivos. Mientras que otra parte se moviliza a los valles para realizar empleos mal remunerados y pocos reconocidos. Es así que, como un porcentaje importante del comercio informal de Tumbaco es realizado por un flujo de población quiteña que se desplaza durante el día para realizar sus actividades económicas, y regresa a sus hogares por las noches cuando termina la jornada de trabajo. En consecuencia, casi el 40% de los hogares tienen al menos una persona que realiza sus actividades económicas fuera de los límites de la parroquia, representando el 30% de la Población Económicamente Activa (PEA) (GAD Tumbaco 2020).

En la actualidad, los avances científicos y tecnológicos han ocasionado una serie de transformaciones económicas y sociales, dando paso a nuevas estructuras empresariales y a nuevas formas de trabajo. No es extraño que conforme pasan los años algunas actividades económicas se realicen a menor escala y se den paso a otras, como es el caso del comercio, siendo una de las ocupaciones más importantes en la parroquia de Tumbaco, como se muestra

en la tabla 2.2. Las relaciones de género colocan a las mujeres en una situación de subordinación y desventaja económica frente a los hombres. Uno de los principales ámbitos de subordinación es la distribución inequitativa del trabajo, pese a la incorporación de las mismas en actividades extra-domésticas las relaciones entre hombres y mujeres siguen siendo desiguales (Guzmán 2004, 1).

La terciarización de la economía y la feminización de la fuerza de trabajo hacen que las actividades relacionadas con el comercio concentren una cantidad importante de mujeres, en donde el 16,8% se dedica a estas labores, como se observa en la siguiente tabla. Mientras que un porcentaje representativo del 18,5% se ocupa en trabajos relacionados con el hogar y los cuidados, donde los estereotipos de género responden al “ser” y “hacer” mujeres como individuos honestos, maternales, serviciales y con experiencia en estas actividades. En cambio, el sector de la construcción y las industrias manufactureras parecen responder a un proceso de masculinización, debido a que el 17% y el 13% de hombres se encuentra realizando estas labores.

En consecuencia, en la parroquia de Tumbaco existen aproximadamente 23.163 personas económicamente activas, de las cuales el 57% son hombres y el 43% mujeres. Las disparidades de género se manifiestan cuando se analiza las principales ocupaciones, en donde las mujeres se desempeñan en labores domésticas, de enseñanza y de servicio como si fueran actividades “propias” de su sexo. Incluso, las estadísticas dan cuenta que en la parroquia una de cada tres mujeres no realiza actividades económicas, generalmente se trata de amas de casas cuyas contribuciones se encuentran invisibilizadas (GAD Tumbaco 2020).

Además, las responsabilidades de aprovisionamiento de los hogares obliga a un número importante de mujeres a conformarse con trabajos mal remunerados, pero en actividades que se configuran como estrategias que permiten combinar las ocupaciones de cuidado, como son las labores de minado que se realizan en las calles (Rivadeneira 2020, 106). Por lo tanto, una de las dificultades para acceder al mercado laboral es la falta de formación académica, en la parroquia de Tumbaco el 6% de la población es analfabeta. De la población mayor a 18 años, aproximadamente 1.300 personas no han asistido a la escuela, de las cuales el 70% son mujeres (GAD Tumbaco 2020).

Tabla 2.2. Rama de actividades económicas de la parroquia de Tumbaco, 2020

Rama de Actividad	Hombre	Mujer
Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca	6,6%	5,1%
Explotación de minas y canteras	0,7%	0,3%
Industrias manufactureras	13,9%	11,4%
Suministro de electricidad, gas, vapor y aire acondicionado	0,5%	0,1%
Distribución de agua, alcantarillado y gestión de desechos	0,5%	0,2%
Construcción	17,0%	1,4%
Comercio al por mayor y menor	14,9%	16,8%
Transporte y almacenamiento	8,6%	1,8%
Actividades de alojamiento y servicio de comidas	3,2%	5,5%
Información y comunicación	1,8%	1,4%
Actividades financieras y de seguros	1,3%	1,5%
Actividades inmobiliarias	0,8%	0,7%
Actividades profesionales, científicas y técnicas	4,1%	3,8%
Actividades de servicios administrativos y de apoyo	7,0%	3,4%
Administración pública y defensa	3,4%	2,2%
Enseñanza	3,3%	7,9%
Actividades de la atención de la salud humana	1,6%	5,2%
Artes, entretenimiento y recreación	1,1%	0,8%
Otras actividades de servicios	1,7%	2,5%
Actividades de los hogares como empleadores	1,6%	18,5%
Actividades de organizaciones y órganos extraterritoriales	0,1%	0,2%
No declarado	4,1%	6,5%
Trabajador nuevo	2,2%	2,9%
Total	100%	100%

Elaborado por la autora a partir de GAD Tumbaco (2020).

En este sentido, más allá de lo que retratan las estadísticas lo que vemos en Tumbaco es un modelo de urbanización que surge de la rápida expansión de las vías y de las nuevas construcciones arquitectónicas que se asientan sobre el territorio, como son universidades, colegios privados, cines, centros comerciales, etc. Estos no solo representan fuertes motores de inversión privada, sino que son elementos que rearticulan los tejidos sociales. La urbanización parte de un proceso espacial que tiene dinámicas capitalistas que implica una transformación indiscutible sobre todas las formas de organización y estructuración del espacio geográfico.

La construcción de la Ruta Viva fue un proyecto hegemónico que desestabilizó las lógicas propias del territorio, haciendo que la planificación urbana se piense sobre urbanizaciones cada vez más cerradas a lo largo de una vía que se muestra como emblema “modernizador”. Esto hizo que en el valle de Tumbaco proliferen las desigualdades sociales, los grupos

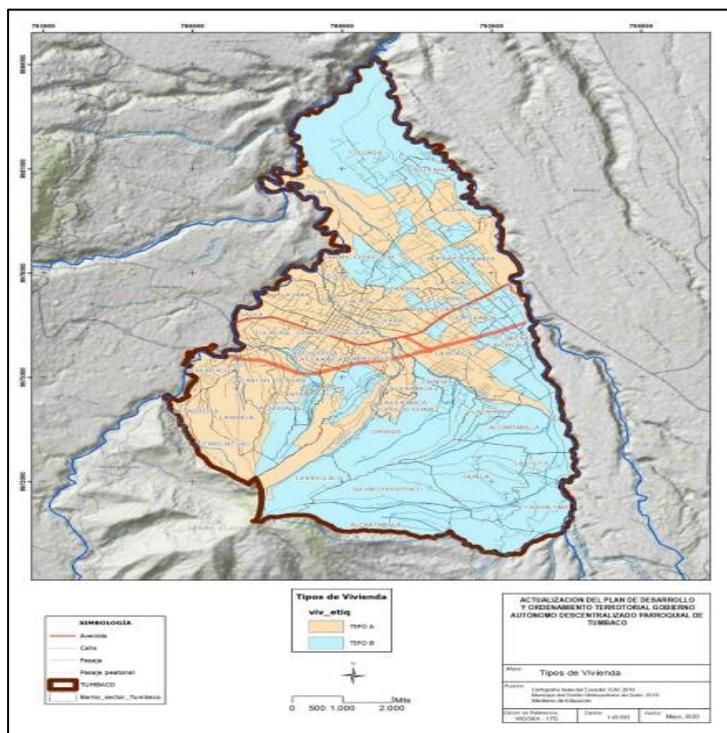
sociales altos crecen más rápido a medida que van desplazando a los grupos sociales que carecen de recursos económicos (Robertsdotter 2020).

En consecuencia, la parroquia Tumbaco retrata una forma de urbanización que empieza con un proceso de lotización de amplios terrenos, y termina con la construcción de grandes urbanizaciones más o menos idénticas sobre territorios que parecen más atractivos para el capital privado. En este sentido, mientras más se construye menos espacio se dispone, a medida que avanza la urbanización las viviendas de las clases altas se vuelven más próximas a las pobres (Robertsdotter 2020). Esto se puede observar en el mapa 3, en donde las viviendas que predominan en Tumbaco son de tipo B³, representadas por el color celeste de la figura. Sin embargo, las residencias que son construidas con pisos de buena calidad, y paredes y techos de hormigón proliferan cada vez más en el territorio, simbolizadas en cambio por el color café.

Estas se ubican en el centro de la parroquia, pero a medida que avanza los procesos de urbanización van desplazando a las otras formas de morada que se encuentran en las periferias del territorio, como si fueran relegadas por las urbanizaciones que llaman la atención apenas se transita las vías (GAD Tumbaco 2020). En este sentido, las experiencias de minado será diferente entre uno y otro territorio, las minadoras preferirán caminar por las calles cerca de los muros cercados, debido a que ahí hallarán “tesoros” que son desechados por las clases altas, las cuales consumen y deprecian los objetos con mayor rapidez a diferencia de otras clases.

³ Las viviendas tipo B, son construidas con pisos de tabla sin tratar, paredes de tapia, adobe o madera y techos de asbesto o teja. Mientras que las viviendas tipo A son construidas con pisos de buena calidad, paredes y techos de hormigón, ladrillo o cemento.

Mapa 2.3. Modelo de interpolación de la distribución de la pobreza, 2020



Fuente: GAD Tumbaco (2020).

Es así como, en la parroquia de Tumbaco se produce una marcada división de clases sociales entre estratos económicos que se concentran en ciertas localidades, mientras que las clases populares se reúnen en los lugares más alejados del territorio, como se muestra en el mapa 3. Es un modelo de urbanización que corta partes del paisaje, y tiene un efecto que desarticula a los distintos grupos sociales, debido a que las carretas, las urbanizaciones cerradas y los centros comerciales establecen una línea divisoria entre las clases más altas y las más bajas. En consecuencia, los procesos de urbanización “son transformaciones recientes que están generando espacios en los cuales los diferentes grupos sociales muchas veces están próximos, pero separados entre muros” (Robertsdotter 2020). En Tumbaco, las urbanizaciones privadas son islas residenciales que no tienen ninguna intención de integrarse con el entorno, dado que el desarrollo está pensado para marcar las clases sociales. En las afueras de estas grandes casas cercadas con edificaciones altas se encuentran las minadoras para sacar las fundas de basura de las residencias habitacionales con el único ánimo de conseguir medios económicos que resignifiquen sus vidas. Además, en Tumbaco, a diferencia de las zonas industriales, no operan las grandes empresas recicladoras, pero durante los últimos años se han instaurado

“chatarreras” cerca de los sectores más vulnerables. Sin embargo, la acumulación de desechos plásticos, metales, cartones y otros materiales dentro de estos espacios se constituye como una “molestia” para los moradores de la zona, porque el paisaje que retrata la basura no va acorde a las exigencias de las grandes urbes. Según varios relatos periodísticos algunas recicladoras que trabajan en Tumbaco acuden a estos espacios para dejar el material recuperado de las calles como una estrategia más para seguir generando ingresos para sus familias (Teleamazonas 2023).

En este sentido, Tumbaco es un territorio dividido en dos clases sociales que se diferencian uno sobre el otro. En un lado, es una zona moderna con porteros y urbanizaciones cerradas con el nombre de la Viña, como por ejemplo. Y en el otro, casas pequeñas con ventanas que se cierran con porticones de madera, y calles repletas de vendedores informales que viven del comercio como una actividad que sostiene, pero que al mismo tiempo precariza sus vidas. En consecuencia, las siguientes imágenes tomadas retratan un territorio con una enorme heterogeneidad social, lo cual aviva a comprender que las diferencias sociales se reproducen una y otra vez en el espacio, en donde el orden social dominante se impone sobre el lugar (Robertsdotter 2020).

Foto 2.1 Calles de la Parroquia de Tumbaco



Fuente: Foto de la autora.

En consecuencia, la parroquia de Tumbaco está fundamentada en un modelo de urbanización territorial que es segregativo, capitalista y fragmentado, el cual convierte al territorio en un espacio en donde prevalece la desigualdad y la contradicción territorial, mientras se mantienen marcadas las divisiones de clase (Palacios 2017). En este sentido, la parroquia de Tumbaco es en realidad urbana que concentra el poder económico, las urbanizaciones “cerradas” son solo una manifestación de zonas exclusivas, modernas y llenas de blanquitud, pero en las afueras de los muros se encuentran las minadoras que hallan “tesoros” en estos lugares tan privilegiados.

2.7. A modo de cierre

En el presente capítulo, la metodología utilizada consistió en una revisión minuciosa de varios documentos, tales como: artículos científicos, libros, y demás. La revisión bibliográfica permitió la obtención de la información más relevante para contar la historia del reciclaje desde una perspectiva contada desde cero. Es así como, en el Ecuador la crónica se narra desde “la crisis de la basura” que surge ante la ausencia de políticas nacionales y locales, cuando los discursos políticos proclamaban “bote la basura por la ventana”, naturalizando el tratamiento de los residuos en espacios públicos como elementos “naturales” del paisaje.

Posteriormente, se procedió a una metodología cuantitativa con la descripción estadística de la condición socioeconómica de las minadoras y sus familias. Los números revelan la otra cara del reciclaje, porque es una actividad económica que nace en respuesta a la carencia y, en definitiva, como una “solución” a corto plazo ante las crisis económicas. Sin embargo, estas labores se dibujan precariamente en el rostro de las minadoras, como los rostros femeninos, de edad adulta, con pocos niveles de instrucción, con ínfimos gastos en educación y salud y, por ende, con bajos ingresos.

En este sentido, la historia de las minadoras es una crónica que tiene que ser contada desde arriba y desde abajo. Desde arriba, los eslabones más altos perciben a las minadoras como una cuestión de cálculo, debido a que su condición responde a un problema de autoemprendimiento y autogestión. En cambio, desde abajo la historia se embarca en una película de terror que tiene escenas de inseguridad, violencia, precariedad, y demás, porque parece ser que las “identidades culturales” de estas mujeres reproducen las ganancias de quienes se encuentran en la cúspide. Estas conclusiones pudieron desarrollarse con la revisión

de la investigación de Catalina Rivadeneira, quien aportó una visión distinta a la problemática en cuestión.

Finalmente, con la revisión de algunas tesis doctorales se determinó que la parroquia de Tumbaco es un territorio marcado por las diferencias sociales, entre grandes urbanizaciones cercadas y residencias desplazadas a las periferias, como si el espacio representará los poderes de clase. Pero, sin lugar a dudas, sobre las afueras se encuentran las minadoras que preferirían entre uno y otro territorio, dependiendo de los “tesoros” que puedan encontrar en las afueras de las casas.

Capítulo 3. Un retrato económico y social de la precariedad, la violencia y la exclusión

La economía está basada en el lucro, a él está subordinada prácticamente toda la civilización; solo le interesa el material humano que rinde. Después todo lo demás se desecha.

—Simone de Beauvoir.

3.1. Introducción

En la actualidad, en el sistema capitalista la acumulación del capital se realiza mediante la explotación de una buena parte de la fuerza de trabajo, en donde el cuerpo se presenta como una mercancía que es moldeada por las fuerzas internas y externas para servir a los intereses del capital. En consiguiente, este sistema es una forma patriarcal y capitalista para incautar el trabajo y degradar la vida (Harvey 2000, 126). En particular, las minadoras son un grupo históricamente excluido, inferiorizado y discriminado, en las cadenas de reciclaje representan el primer eslabón que reproduce las ganancias de quienes se encuentran en la cúspide y, por ende, representan la mano de obra barata y disponible que está sujeta a las lógicas de explotación y segregación de un sistema de opresión más alto. Estas mujeres representan el *ad honorem* de miles de empresas nacionales e internacionales que comercializan un producto final que se obtiene de las mercancías que son recuperadas de los vertederos de basura, subvencionado y externalizando los costos de recuperación, recolección y clasificación de los residuos (Solíz et al. 2019, 43).

En las calles, la primera imagen que transita en medio de los autos y los vertederos de basura son rostros de mujeres de edad media que trabajan con su cuerpo realizando actividades que no tienen una garantía económica y social, porque dentro las lógicas del mercado corresponden a trabajos no “productivos”. El no reconocimiento y la invisibilidad de estas labores hace que sus compensaciones económicas dependan exclusivamente de la voluntad del comprador, y del peso y del volumen de los materiales recuperados en las calles. Empero, siguen siendo remuneraciones que no coinciden con el desgaste físico de su cuerpo y, menos aún, a una jornada de trabajo que se realiza en medio de vulnerabilidades y riesgos (Solíz et al. 2019, 44). En consecuencia, es una compensación económica que únicamente precariza y explota sus cuerpos, como una condición que hace que sean susceptibles y propensas a las violencias, maltratos y a un sin número de conflictos. La invisibilidad de estas labores no solo

se manifiesta en ingresos precarios, sino también en la carencia de derechos sociales, y en una regulación laboral que defina condiciones laborales importantes como: delimitación de tareas, tiempos de descanso, horarios, enfermedades, etc.

Además, el problema es que en el Ecuador más de tres generaciones de personas, especialmente, mujeres y sus familias en condiciones de pobreza y exclusión han encontrado en el reciclaje una actividad que se constituye como su medio de sustento económico, pese a la precarización y a la vulnerabilidad que viven sus cuerpos. En este sentido, la investigación se elabora desde una metodología cualitativa que es dialógica y holística con las experiencias, las percepciones y las historias de las minadoras y sus familias. El trabajo se realizó con entrevistas semiestructuradas y, además, se utilizó como herramienta el diario campo para hacer un análisis etnográfico de la problemática. Durante los meses de enero y febrero de 2023, se acompañó a las recicladoras en sus labores cotidianas, en donde las voces de Beatriz, su hija Alison y su nieta son las que resuenan en las siguientes hojas.

En consecuencia, el presente capítulo pretende construir una ficha económica para dar cuenta de la precariedad y la vulnerabilidad económica y social que viven las minadoras, en donde se hace alusión a ciertas categorías económicas como son los ingresos o las deudas contraídas. Sin embargo, más que una presentación numérica de datos se intenta junto con los aportes de la economía feminista reconocer que sus ingresos no son equiparables con sus gastos y con sus deudas, aludir a su privación de activos materiales, y enfatizar las violencias e injusticias que son parte. Con este apartado se intenta cumplir con los principales objetivos específicos propuestos al inicio de la investigación que dará un fuerte sustento a las ideas planteadas.

3.2. Nuestro primer acercamiento

El barrio La Viña se encuentra localizado en la cabecera de la parroquia de Tumbaco. Es una circunscripción territorial que, hace algunos años, está pasando por un proceso de transformación arquitectónica. En la calle Abdón Calderón, donde realicé la observación participante, se encuentran varias casas antiguas con jardines amplios y, por otro lado, nuevos conjuntos cercados con edificaciones altas que muestran un gran número de familias residiendo en estos espacios. Estas zonas mostraron las mismas lógicas territoriales que dividían el espacio en dos clases sociales opuestas y antagónicas tal como se había analizado en el apartado anterior. Un día sábado, a tempranas horas de la mañana, hombres, mujeres y,

en algunos casos, niños comienzan a sacar las fundas de basura de sus casas, y las colocan en las veredas sin ningún tipo de orden (Nota diario de campo, 21 de enero de 2023).

Beatriz empieza a sacar las fundas que se encuentran en un vertedero grande ubicado en las afueras del conjunto residencial “Ficus”. Comienza a abrir cada una de las fundas, se observa que algunas son de desechos y otras de restos alimenticios. Hurga cuidadosamente entre las fundas con sus manos desnudas, sin ningún tipo de instrumento que proteja su cuerpo de los desechos contaminados, únicamente está puesta mandil, un sombrero y una mascarilla (Nota diario de campo, 21 de enero de 2023).

Cuidadosamente, comienza a sacar papel, botellas, latas de atún, cartones, y otros plásticos para posteriormente colocarlos en un costal grande que sostiene con sus manos. Es curioso como Beatriz selecciona ciertas fundas, y otras las deja a un lado como si su experiencia en estas labores le enseñará que fundas hurgar y cuáles no. En el contexto ecuatoriano, las recicladoras son vistas como “sucias”, “peligrosas” y como aquellas que “desordenan” el espacio público (Solíz 2017, 43). Sin embargo, en la observación participante estas concepciones fueron ambiguas, Beatriz mientras saca los plásticos y otros materiales ordena cuidadosamente las fundas de basura, acomodando una tras otra, para finalmente colocarlas con cierto orden en el vertedero grande que se encuentra en las afueras del conjunto residencial (Nota diario de campo, 21 de enero de 2023).

Minutos después, llega una niña corriendo de la otra calle, entre sus manos trae un costal grande para su abuelita. Mientras Beatriz abre otras fundas, la niña sostiene el costal para que su abuela pueda incorporar todo lo que extrae. Ambas se muestran acostumbradas a palpar con sus manos los desechos, y a sentir el olor que emana de los mismos (Nota diario de campo, 21 de enero de 2023).

Foto 3.1. Beatriz y su nieta



Fuente: Foto de la autora.

3.3. Tiempo precario

Después de haber visto todo este proceso, me acerqué con recelo, me presenté, dije mi nombre, y que estaba haciendo en el lugar. Beatriz, abierta a todos mis cuestionamientos y con cierta confianza, empieza contándome que hace 4 años es recicladora y unos años antes se dedicaba a las actividades de limpieza en otros hogares. Beatriz, junto a su hija y en ciertas ocasiones con su nieta, vienen los días martes, jueves y sábados a la calle Abdón Calderón para realizar sus labores. Sin embargo, su territorio de trabajo está marcado, como diría Andrea Robertsdotter (2020), por diferencias sociales con urbanizaciones que muestran el poder económico dominante de las clases sociales. Durante la investigación de campo, Beatriz con amabilidad me enseña que extrae de las fundas, señala que en este proceso lo principal es sacar las botellas plásticas y los cartones, debido a que son materiales que permiten obtener un beneficio económico más “alto” (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

No obstante, la precariedad que atraviesa la vida de Beatriz se manifiesta a simple vista en el tiempo. Los horarios se configuran de acuerdo a las necesidades y a los beneficios de las organizaciones empresariales, en donde las jornadas completas o los horarios por turnos son su insana representación. Generalmente, en las actividades informales del mercado o en los oficios llamados no “productivos” no existen regulaciones legales que determinen

condiciones adecuadas de trabajo, entre ellos horarios de trabajo previamente definidos. En los acuerdos ministeriales se establece una jornada de 8 horas laborales con un recargo adicional en caso de horas extras o suplementarias. Sin embargo, para una actividad que no está reconocida por los marcos institucionales los horarios y las jornadas laborales organizan la vida de las minadoras, obligando a que los tiempos necesarios para el cuidado o el ocio se ajusten a las exigencias del sistema (Pérez 2019, 148).

Beatriz, menciona que viene a tempranas horas de la mañana, y se retira nuevamente a su casa después de haber culminado su trabajo, con un horario que sobrepasa tranquilamente las 8 horas laborales, o que en ciertas ocasiones es menor a una jornada laboral (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023). Las minadoras no se rigen bajo un horario de trabajo previamente establecido, el tiempo se resta o se suma dependiendo del material que se encuentra en las calles, en días “buenos” cuando se recogen algunos plásticos las jornadas se extienden, pero cuando son pocos se retiran a sus casas con la preocupación de no haber recogido lo “suficiente”: “Desde las 7 estamos aquí y trabajamos hasta las 4 de la tarde después de haber sacado todo. Aquí también aplastamos las botellas y vamos ordenamos todo” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

El tiempo para las minadoras está signado a relaciones de poder y vinculado con las necesidades económicas del sistema capitalista, porque sus jornadas laborales se moldean a un tiempo “productivo”. Esto hace que el reconocimiento económico esté configurado para que responda al volumen de materiales recolectados, y no al tiempo invertido en las calles. Es así como, estas jornadas prolongadas y extenuantes de trabajo desplazan sin previo aviso al tiempo libre para el descanso, para la distracción, para el contacto familiar, para ocuparse en la educación y, por lo tanto, para el aprovechamiento y goce de la vida (Monesterolo 2013, 74). En este sentido, el desequilibrio en la distribución del tiempo de trabajo se convierte en una de las formas más feroces para deteriorar la salud y el bienestar de las minadoras, como se verá en el siguiente capítulo.

En el sistema capitalista, el tiempo de trabajo es un patrón que subordina a los tiempos que son parte de los procesos vitales de la vida, en donde el dinero se convierte en la unidad básica de medida. De esta manera, el reloj y el dinero determinan la forma de valorar el trabajo, sea invirtiéndolo o haciéndolo más productivo, para las minadoras el tiempo productivo es una combinación estratégica de menos horas y más materiales extraídos de las fundas de basura. En esto último, como diría Catalina Rivadeneira (2020), para las minadoras el reconocimiento económico desde las cadenas de reciclaje está pensado como una “dádiva”,

la cual se establece únicamente desde la voluntad del comprador sin reconocer las jornadas extenuantes de trabajo, cuyos efectos se materializan en el cuerpo y, también, niegan la posibilidad de negociar los precios de compra y venta.

Aquí intentamos aprovechar la mañana, es cansado caminar en el sol pero es cuando más se saca los materiales. Siempre venimos a las 7 y esperamos que saquen todas las fundas para empezar a trabajar. Cuando tengo todo reunido viene la señora a llevarse, ella me paga solo por el peso, el cansancio no cuenta en estos trabajos (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

Por otro lado, en el sistema capitalista se insertan nuevos sujetos y sujetas de trabajo que anteriormente están fuera (Pérez 2019, 148). El trabajo a cortas edades es un patrón que aparece y se reproduce en los oficios del minado, para las hijas de Beatriz el tiempo de trabajo es el mismo, no está condicionado a edades y tampoco determinado en función de la estructura fisiológica de los cuerpos. Alison y Beatriz, como se verá más adelante, trabajan en las calles con el mismo horario extenuante sin ningún descanso que asegure su bienestar y, menos aún, su permanencia en el sistema educativo: “Ellas pasan conmigo, vienen a ayudarme porque para mí sola es muy duro el trabajo. Nos quedamos hasta la tarde, después regresamos a la casa, y comemos algo” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

En el Ecuador, como en otros países de América Latina, existe una normativa legal que reglamenta las jornadas de trabajo, las cuales usualmente se estipulan con un máximo de ocho horas diarias y cuarenta horas semanales. Sin embargo, dadas las características de los oficios del minado las jornadas diarias no están establecidas en un contrato o en un acuerdo tácito entre dos partes, debido a que los días labores están reglamentados de acuerdo al planes de gestión de los residuos sólidos que manejan las municipalidades. En particular, las minadoras acuden a su lugar de trabajo los días que pasa el carro recolector, en la calle Abdón Calderón son los días martes, jueves y sábados, el resto de los días Beatriz realiza sus labores domésticas o emplea su tiempo en otros trabajos igualmente informales y precarios (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

En consecuencia, en el sistema capitalista el trabajo se ajusta a un ideal normativo que proclama la productividad y la autosuficiencia. Sin embargo, la economía feminista reconoce las porosidades del sistema, y considera que las y los trabajadores no son exclusivamente “autosuficientes” y “productivos”, sino que son sujetas y sujetos vulnerables que después de

una jornada extenuante su cuerpo necesita de descanso y cuidado para hacer frente a las necesidades que demanda el sistema.

3.4. Ingresos precarios

La precariedad se encuentra sumergida dentro de las economías denominadas como las “otras”, principalmente en aquellos sectores que son tachados como informales, marginales, atrasados e incluso ilegales (Tovar 2018, 40), como es el caso de los oficios del minado. Estas economías se presentan como un modelo económico totalmente antagónico al predominio del modelo fordista de producción, el cual está caracterizado por garantizar la seguridad en el empleo, jornadas adecuadas de trabajo e ingresos suficientes para la satisfacción de necesidades vitales. Hoy, el panorama laboral es distinto, los y las trabajadoras ingresan a un mercado laboral con ocupaciones que se encuentran al margen de toda normatividad, y con ingresos que exponen a las personas a la pobreza y a la vulnerabilidad (Castillo et al. 2019, 27), como es el caso de Beatriz Cevallos.

Yo cada dos meses gano 200 dólares. La gente piensa que se gana bastante, pero no es así. Por un kilo de botellas te dan apenas 30 centavos, mientras que por el cartón el reconocimiento es menor, por un kilo solo te pagan 10 centavos. Esto no es una ganancia para mí, por eso este año mi hija no fue al colegio (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

Beatriz, es una mujer de edad madura y es analfabeta, con sus labores apenas alcanza a reunir un ingreso de 100 dólares mensuales, es decir, gana aproximadamente 3 dólares al día. Los oficios del minado se convierten en la principal fuente de ingresos para sostener las necesidades básicas de ella y su familia, y se constituye como la opción más rentable para llevar una vida “digna”. Sin embargo, estos ingresos son mucho menores en comparación de lo que se retratan en las estadísticas oficiales, las cuales dan cuenta que el ingreso de una “minadora” gira alrededor de 190 y 220 dólares, como se analizó en capítulo número dos, cuando en la realidad la precariedad económica se acentúa aún más.

En este sentido, las actividades de minado son a todas luces un trabajo precario, Beatriz para sostener sus obligaciones económicas y familiares tiene que recurrir a otras labores como medios de supervivencia, los cuales siguen siendo aún informales. Con anhelo menciona que para cubrir todos sus gastos mensuales quiere sembrar un huerto detrás de su casa, y ubicarse

en la esquina de las calles como “las otras señoras” para seguir generando ingresos (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

Si yo tuviera dinero quiero hacerme un huertito detrás de mi casa. A veces, veo a otras señoras que se ponen a vender tomates o algunas cosas, y solo me viene esa idea. Le digo a mi hija que no nos alcanza, mi hija llora y sufre cuando me ve aquí, piensa que algo me va a pasar. Mi hija, todavía, es menor de edad y no puede trabajar, pero a veces la vecina le pide que vaya a lavar los platos (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

En este sentido, desde el eslabón más bajo de la cadena de reciclaje los rasgos de precarización e informalidad se tornan más evidentes, debido a que quienes se encuentran en la cúspide se apropian del cuerpo de las minadoras como un terreno para investir distintas formas de poder y de dominio (Wagner 2018, 4). La precariedad laboral que enfrentan día a día es consecuencia de las transformaciones en la industria de la producción, las cuales buscan maximizar las ganancias a costa de reducir la mano de obra que está conjugada con la desprotección, disciplinando a estas mujeres bajo la figura de “proveedoras” con el propósito de garantizar el volumen y la generación esperada de beneficios (Castillo et al. 2019, 28). Beatriz, señala que su compensación económica está establecida exclusivamente por la voluntad del comprador de acuerdo al volumen de los materiales extraídos en las calles. Los compradores, además, de no reconocer “justamente” las labores que realizan estas mujeres, exigen ciertas normas para la adquisición final de materiales, cada uno de ellos debe estar debidamente clasificado, aplastado y embalado (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

En consiguiente, estas reglas se establecen desde las cadenas de reciclaje como mandos independiente de la voluntad de las minadoras, en donde las industrias aparecen como los dueños legítimos para dirigir los movimientos y los cuerpos de las minadoras, sin un reconocimiento que haga justicia del desgaste físico de su cuerpo, y negando la posibilidad de negociar los precios de compra y venta (Rivadeneira 2020, 104).

La señora viene a recoger cuando todo está bien aplastado y guardado en las fundas. A las botellas de plástico hay que aplastarles bien para meterles en las fundas, porque así solas no pesan. Lo que me pagan es por lo que pesa los materiales (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

En este sentido, Beatriz recibe un ingreso precario establecido de acuerdo a la “buena” voluntad del comprador, y no hace justicia al tiempo empleado y las características de las labores realizadas. Además, incurre en gastos adicionales que se relacionan con los servicios de transporte para trasladar los bultos de materiales que se recogen de las calles que tienen

que ser transportados a su primer destino. En los últimos años, el hogar de Beatriz se ha convertido en el centro de almacenamiento y clasificación de los materiales recuperados de las fundas de basura (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

De aquí llevo a la casa aplastando las botellas, pero ahí en el terrenito aplastamos bien. Todo llevamos en un cochecito, un señor me da llevando solo los cartones, pero me cobra 6 dólares. Pedir una camioneta es peor porque salgo perdiendo, tengo que pagar 10 dólares. La señora que viene a recoger la chatarra, ella si tiene un camión, y viene cuando ya tengo todo aplastado y bien clasificado (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

En consecuencia, la pobreza se manifiesta en los oficios de minado como una actividad económica que reproduce las desigualdades sociales. La precariedad económica que viven las minadoras se revela en compensaciones económicas que impide alcanzar niveles de bienestar que sean compatibles con la dignidad humana (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023). En el Ecuador, las estadísticas oficiales determinan que una persona es pobre cuando el ingreso familiar es menor a 88,72 dólares mensuales (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos 2022). El ingreso familiar de Beatriz bordea tranquilamente esta cifra, con un ingreso de 100 dólares menos las deducciones en transporte que se tiene que incurrir cada jornada de trabajo para transportar el material da como resultado un ingreso ínfimo.

Como se analizó en el capítulo número dos, a partir de los relatos contados por Catalina Rivadeneira (2020), la diferencia entre las minadoras y los otros eslabones de la cadena de reciclaje es que estas mujeres carecen de herramientas de trabajo que son indispensables para desarrollar estas actividades. Los carros de transporte sirven para trasladar los bultos de materiales que se recogen de las calles, sin embargo, la carencia económica de las minadoras inhibe la posibilidad de contar con estos medios. Esta situación obliga a que incurran constantemente en gastos adicionales, sin un control real de los costos que implica la movilización y el transporte. Beatriz, señala que con su ingreso no puede cubrir otros gastos, el servicio de transporte es un valor que excede su presupuesto familiar (Nota diario de campo, 6 de junio de 2023).

En este sentido, frente a estas precariedades Beatriz ha creado estrategias y vínculos sociales con la comunidad. Menciona que una señora que vive cerca de la calle donde ella realiza sus labores amablemente almacena en su hogar los bultos de materiales hasta que pueda reunir con el monto suficiente que demanda contratar un servicio de transporte. Hasta que esto ocurra, el producto de su trabajo se queda resguardado en un lugar “ajeno” hasta que pueda

ser transportado a su hogar para continuar con el proceso que demandan los otros eslabones. Una vez que el material llega a la casa de Beatriz queda almacenado en estos rincones, convirtiéndose en un territorios de acopio y clasificación, como se verá más adelante (Nota diario de campo, 6 de junio de 2023).

Para llevar el material a mi casa tengo que pagar un carro, eso me cuesta 10 dólares. A mí no me alcanza con lo que gano, por eso le ruego a la señora Lolita que vive en esta calle que me guarde el material hasta cuando pueda reunir para contratar una camioneta. Pero me da angustia porque no puedo cuidar mi trabajo, a veces los fines de semana mi hijo me presta, y puedo llevar el material a mi casa (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

Foto 3.2. Casa de la señora “Lolita”



Fuente: Foto de la autora.

En este sentido, en medio de la precariedad las estrategias de supervivencia están ancladas a los vínculos sociales más cercanos, sea con la familia o con la comunidad. El ingreso que recibe mensualmente Beatriz es insuficiente para satisfacer las necesidades vitales como alimentación y vestimenta. La precariedad obliga a que estas familias generen estrategias rápidas o deudas familiares que se van acumulando con el paso del tiempo y, que en ciertas ocasiones, crean conflictos familiares. Beatriz, usualmente, suele recurrir a su hijo mayor que trabaja como guardia de seguridad para solventar las urgencias económicas, con uno o dos préstamos al mes sus necesidades solo quedan parcialmente cubiertas: “Mi hijo me sabe prestar 10 dólares cuando no me alcanza para la comida, o cuando no tengo para transportar el

material. Él siempre me ayuda, pero su mujer se enoja, y le hace problema. A ella no le gusta que me de dinero” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

Otra de las estrategias de supervivencia que Beatriz ha recurrido es al Bono de Desarrollo Humano. Esta respuesta institucional que surge como una política de protección social para mitigar la pobreza, sirvió para tapan la vulnerabilidad económica y social de su hogar unos años. Beatriz señala que era un monto aproximado de 60 dólares, los cuales recibía todos los meses, y los destinaba principalmente para cubrir los gastos de alimentación. Sin embargo, dejó de percibir esta “ayuda” monetaria hace dos años, y por desconocimiento ignora los requisitos y los trámites institucionales que debe realizar para solicitar nuevamente este auxilio monetario (Nota diario de campo, 6 de junio de 2023).

Antes si me daban el bono, y era una ayuda para cubrir los gastos de mi familia. Pero hace dos años dejaron de darme, yo la verdad no sé qué tengo que hacer para solicitar nuevamente el bono. Fui al banco pero no me ayudaron, solo me dijeron que tenía que entrar a una página (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

En este sentido, la precariedad laboral formalmente ha sido definida como la inestabilidad en el empleo o la vulnerabilidad frente a menores ingresos. Es importante mencionar que, con esta categoría podría pensarse que el bienestar está anclado exclusivamente con el nexo entre los ingresos y consumo y, que en definitiva, nuestra reivindicación política depende meramente de nuestra posición en el mercado. Sin embargo, la economía feminista da cuenta que el bienestar se produce también mediante otras formas, en donde se establecen nuevas relaciones sociales, asignando a los valores de uso y de cambio un valor no monetario (Pérez 2019, 100). En consecuencia, es importante desnaturalizar el nexo calidad de vida/consumo-ingreso, el bienestar de las minadoras no solo depende de su posición como consumidoras y de un trabajo remunerado, sino también de otras formas de aprovisionamiento que permiten sostener la vida, como se verá más adelante.

3.5. Gastos precarios

El consumo es el gasto de las familias respecto a la adquisición de bienes duraderos, no duraderos y servicios. El crecimiento plausible del consumo puede asociarse como una condición positiva que incrementa las oportunidades de las personas para alcanzar una vida digna, tanto en el ámbito material como en el bienestar objetivo (Apracio 2011). Sin embargo,

en la actualidad el consumo está asociado con la degradación ambiental, con la destrucción de los ecosistemas y, además, con la presión social de mantener un nivel de consumo acorde a las normas sociales.

En este sentido, cabría preguntarse entonces: ¿Cuál es el consumo que se constituye como la base del bienestar y permite abandonar las condiciones de pobreza? Sin duda es el consumo que abarca una alimentación que reúna todos los requisitos calóricos y proteicos necesarios para la vida, y un lugar para habitar que se constituya como el territorio más íntimo y como un refugio frente a las inclemencias del tiempo (Aldo 2018, 10). Sin embargo, el consumo “básico” que se constituye como la base necesaria para alcanzar umbrales de bienestar siguen siendo insuficientes e inalcanzables para las minadoras y sus familias, debido a que el gasto en consumo en bienes y servicios adquiridos y pagados durante un cierto periodo de tiempo resultan ínfimos (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

Durante la investigación de campo, Beatriz realizó un ejercicio económico contabilizando los gastos en los que incurre mensualmente como se muestra en la tabla 3.1. La vivienda que debería constituirse como un capital propio, en un patrimonio para su familia, y en un bien para cubrir las necesidades de alojamiento y habitación para ella y su familia. La insuficiencia de ingresos obliga a que Beatriz acuda a condiciones precarias de arrendamiento, con costos que superan las compensaciones que recibe por los materiales extraídos de las fundas de basura. Los precios de arriendo están pactados para un valor de 100 dólares con gastos adicionales en servicios básicos que son ineludibles para el desarrollo continuo de la vida (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023). “En arriendo gastamos 100 dólares, en servicios de agua y luz 10 dólares cada uno. En lugar de bajar parece que las cosas se hacen cada vez más caras” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

La insuficiencia de ingresos queda expuesta, además, en la inseguridad alimentaria, la adquisición de alimentos adecuadamente sanos y mediante formas socialmente aceptables son una limitación para Beatriz y su familia. Los gastos en alimentación bordean los 80 dólares, como si fuera un valor que supuestamente debería cubrir todas las necesidades nutricionales para una familia conformada por 3 personas (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

En alimentación gastamos 80 para todo el mes, pero compramos en el mercado no más, solo lo que más se ocupa que son harinas y arroz. Ahorita estamos un poco montados, porque no avancé a completar para el arriendo. A veces no se puede vender todo lo que se saca de aquí, tengo guardado en mi casa algunos cartones y chatarra (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de enero de 2023).

En consecuencia, los gastos que realiza Beatriz son mayores a las compensaciones que recibe mensualmente, convirtiéndose en una condición económica que le impide satisfacer sus necesidades básicas, sea en alimentación, servicios básicos o vestimenta, y provocando que la salud y la educación sean cuestiones secundarias que permanentemente quedan desatendidas (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

En este análisis es importante considerar que el hogar de Beatriz no solo se encuentra en condiciones de pobreza por ingresos, sino también por necesidades insatisfechas. Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (2022), un hogar es pobre cuando no cuenta con las siguientes condiciones: capacidad económica, acceso a educación, a servicios básicos, y se encuentra en condiciones de hacinamiento. El mapa de la pobreza da cuenta que el hogar de Beatriz, como se verá más adelante, cumple con todas estas características, en donde la calidad de vida se ve profundamente afectada porque sus viviendas dejan de ser territorios seguros y, además, porque carecen de una alimentación y de una salud adecuada. En consiguiente, la precariedad laboral va configurando cuerpos expuestos a la carencia, a la violencia y a las enfermedades (Nota diario de campo, 28 de enero de 2023).

En este sentido, el valor de cambio que recibe Beatriz por los materiales recuperados no corresponde al trabajo físico empleado, al desgaste de su cuerpo, y al tiempo invertido que tranquilamente sobrepasa una jornada laboral. Este desbalance económico entre remuneraciones y gastos, posteriormente, deja marcas y heridas en el cuerpo de las minadoras dado que es su única herramienta de trabajo (Brito y Aguilar 2017, 3). Además, según Solíz et, al. (2019), estas compensaciones económicas subvencionan los costos de recuperación y recolección que deberían ser una competencia de los Gobiernos Autónomos Descentralizados, en este caso de la parroquia de Tumbaco.

Por otro lado, es importante considerar que el gasto mensual en el que incurre Beatriz es similar al gasto promedio presentado en la investigación realizada por la Iniciativa Regional de Reciclaje Inclusivo, como se analizó en el capítulo dos. Las estadísticas y la realidad vuelven a dar cuenta de que la diferencia entre ingresos y gastos es abismal, y que apenas se satisfacen las necesidades básicas. Probablemente, esta condición económica que se repite en varios hogares obliga a que se conviertan en territorios para desplegar formas novedosas de endeudamiento. Además, otra particularidad que reincide en los datos presentados en la tabla 5 con las estadísticas nacionales es que los gastos en equipos de protección son ínfimos.

Tabla 3.1. Gastos mensuales de Beatriz

Gastos mensuales	Valor
Arriendo	\$ 100
Alimentación	\$ 80
Servicio de Luz	\$ 10
Servicio de Agua Potable	\$ 10
Equipos de Protección	\$ 0
Salud	\$ 30
Educación	\$ 0
Total	\$ 230

Elaborado por la autora a partir del diario de campo.

En consecuencia, la calidad de vida es el resultado de la interacción entre varios factores económicos, sociales e incluso afectivos. La economía feminista pone en discusión las condiciones hegemónicas del “bienestar”, principalmente cuando no son compatibles con los principios de una vida digna. Es así como, con la economía feminista percibe que los beneficios económicos de los eslabones más altos de la cadena de reciclaje se fundamentan en la carencia de los recursos destinados para la vida, como si “el dominio de los más fuertes fuera resultado del trabajo oculto e invisible de los más débiles” (Vásconez 2021, 7).

3.6. Las deudas

En la actualidad, los hogares son terrenos tradicionales para explotar el trabajo no remunerado y no reconocido de las mujeres, pero también son espacios para la introducción de nuevas tecnologías financieras. Las deudas aparecen como alivio frente a la precarización que, generalmente, viven los hogares pobres. La particularidad de este fenómeno es que no solo entraña el consumo de un bien o servicio puntual, sino que se transforma en una estructura permanente para completar los ingresos precarios e insuficientes (Cavallero y Gago 2022, 13).

La ecuación económica es clara, Beatriz cuenta con una remuneración mensual que bordea los 100 dólares mensuales, y tiene gastos que se destinan a atender las necesidades básicas con un valor aproximado de 230 dólares. El desequilibrio económico convierte a las deudas en un mandato cotidiano que se expresa en la fórmula “endeudarse para vivir” (Cavallero y Gago

2022, 13). Sin embargo, las remuneraciones que recibe Beatriz siguen siendo insuficientes para cubrir las obligaciones financieras, la ecuación entre ingresos, gastos y ahora deudas vuelve a desestabilizarse (Nota diario de campo, 23 de febrero de 2023).

Beatriz, adquirió una deuda de 850 dólares en una entidad bancaria para comprar una computadora para su hija, las “facilidades financieras” permitieron que realice “cómodos” pagos de 100 dólares mensuales. No obstante, sus remuneraciones precarias y volátiles hicieron que los intereses por mora se sumen a este pago mensual (Nota diario de campo, 23 de febrero de 2023).

Sacamos un préstamo de 850 dólares para comprarle una computadora para mi hija cuando aún estaba estudiando. Esa deuda tengo en el banco, la estoy pagando poquito a poquito. A veces me toca amarrarme la barriga para pagar, pero siempre me estaban llamando y molestando cuando me atraso. Aún debo 5 letras, yo pago 100 dólares cada mes, pero con los intereses es más (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 23 de febrero de 2023).

Las nuevas tecnologías financieras pretenden ser “soluciones” rápidas para enfrentar las diferentes vicisitudes económicas, pero en realidad son mecanismos para vulnerar la vida. Las deudas aterrizan principalmente sobre los cuerpos precarios y pobres que tienen que abandonar ciertas “comodidades”, como alimentarse, para cumplir con las obligaciones financieras que posteriormente ahogan los hogares con intereses y cargos adicionales. Para Beatriz, la presencia permanente de las deudas hace que “dejar de comer” sea una estrategia para evitar atrasos financieros, poniendo en juego no solo su vida, sino también sus relaciones familiares más cercanas (Nota diario de campo, 23 de febrero de 2023).

Nadie sabe lo que vivimos, a veces cocinamos en la mañana, eso sirve como nuestro desayuno, almuerzo y merienda, esto hacemos para ajustarnos con el arriendo y las deudas. Cuando vienen mis guaguas me da pena, porque no tengo para darles de comer. Pero no me alcanza con el arriendo y el banco, mi hijo a veces me presta hasta que yo me pueda vender el material (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 23 de febrero de 2023).

La desesperación por conseguir más dinero hace que los cuerpos de las minadoras trabajen en exceso. Las ocupaciones “tradicionales” no son suficientes, dos o tres trabajos se convierten en maniobras tácticas para continuar sosteniendo la vida. Es así como, la deuda aterriza sobre los cuerpos como territorios concretos para extraer intereses adicionales, explotando de manera diferencial a las personas más vulnerables. En los días que Beatriz no trabaja con el desecho se dedica a sembrar verduras y hortalizas como una ocupación que le permite generar un ingreso adicional para sostener las necesidades vitales, y las obligaciones financieras que a

cada instante la atormentan con llamadas recurrentes que se expresan en “deudas vencidas”. Sin embargo, las compensaciones económicas que recibe no se obtienen de forma recurrente, y tampoco son una garantía económica, porque apenas son 5 o 10 dólares que recibe por el trabajo ocasional que realiza (Nota diario de campo, 23 de febrero de 2023).

Es duro, a veces no se tiene. Cuando no vengo a trabajar aquí, me voy a sacar las hiervas o a plantar algo. A veces me dan 5 dólares o me dan alguna cosita para comer, pero yo me conformo siempre con lo que hay (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 23 de febrero de 2023).

En consecuencia, como diría Amaia Pérez (2019), para las minadoras las deudas se establecen como un suculento negocio para multiplicar los beneficios de las entidades financieras. Sin embargo, son una trampa cuando son la única alternativa para satisfacer las necesidades básicas que son irrenunciables. En este sentido, para las minadoras las deudas son un engaño porque no cuentan con los recursos económicos para solventar estas obligaciones, pese a que se presentan como la solución más “cómoda” para mantener niveles de vida adecuados y acordes a las normas sociales.

Por otro lado, en este análisis se puede entender que las deudas del cuidado están asociadas a “crear o sostener valores, obligaciones y prácticas del cuidado” (Cosacov 2022). Estas deudas, como se mencionó anteriormente, se vinculan en muchas ocasiones con las necesidades de alimentación o con la adquisición de bienes y servicios, las cuales son condiciones que se conectan con la reproducción de la vida. En este sentido, las decisiones financieras de los hogares se relacionan con la búsqueda de un mayor bienestar, para Beatriz las deudas familiares son una forma “fácil” y “segura” para acceder a un préstamo en comparación con las dinámicas del sistema financiero. Estas deudas son nombradas como “ayudas familiares” para satisfacer las necesidades más urgentes del cuidado, principalmente de alimentación (Nota diario de campo, 23 de febrero de 2023).

En este escenario, el hijo mayor de Beatriz es quien ayuda a solventar las urgencias económicas que tiene su madre en su hogar, entre ambos establecen un contrato familiar que no tiene cláusulas de pagos o tasas de intereses. Sin embargo, estas condiciones que pueden generar relaciones ambivalentes entre los miembros familiares, deteriorando los vínculos familiares más cercanos (Nota diario de campo, 23 de febrero de 2023).

Mi hijo mayor a veces me presta para la comida, él siempre está pendiente de mí. Pero su mujer se molesta, yo intento no causarle problemas. A veces le digo que venga para darle algo de comer, o cuando puedo le ayudo lavando la ropa. Él me presta hasta que pueda vender los

materiales, después ya le devuelvo todo (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 23 de febrero de 2023).

En consecuencia, como diría Verónica Gago (2014), las nuevas tecnologías financieras, como las deudas que adquieren las minadoras y sus familias, son impulsadas desde los mandos oficiales de “arriba” como una manera de promover la autonomía económica, la autoempresabilidad, la autogestión y la autosupervivencia. El supuesto radica que con estas nuevas “facilidades financieras” se puede dar marcha a un emprendimiento o solventar ciertas necesidades económicas, pero en la realidad son estrategias financieras para proliferar la vida y ahogar a los hogares en deudas. Finalmente, la economía feminista en este escenario nos permite cuestionar: ¿Cuál es la verdadera trampa de la deuda? La lectura es clara, la deuda se establece como un mecanismo que beneficia los intereses del capital a costa de la precarización de la vida.

3.7. Territorios y criminalización

Beatriz menciona que la calle Abdón Calderón se ha convertido en su lugar habitual de trabajo. En general, como se analizó en el capítulo dos, la parroquia de Tumbaco es un territorio marcado por una enorme desigualdad social, porque se encuentra dividido por dos clases sociales que se superponen una sobre la otra. Las imágenes retratan grandes urbanizaciones cerradas y entre las cercanías casas parecidas al “campo” (Robertsdotter 2020).

La organización de las y los recicladores en las calles no cumple con una normativa municipal, cada uno se apropia de una calle de acuerdo a ciertas condiciones que hacen referencia al tiempo de llegada, a la cantidad de materiales que se puede recuperar en la zona, e incluso al uso del poder y la violencia. Para Beatriz estas formas de organización funcionan porque las recicladoras no son trabajadoras inscritas en una entidad jurídica que regule las formas de asociación en las calles. En los relatos de Beatriz entre las y los recicladores no existen vínculos de reciprocidad, debido a que cada uno está motivado por su supervivencia. Esta desprotección institucional ha dado como resultado que cada uno y cada una se apropie y territorialice las calles; cuando Beatriz ha intentado cruzar a otros espacios la violencia se ha convertido en un mecanismo para defender el territorio (Nota diario de campo, 4 de febrero de 2023).

Vengo siempre a esta misma calle, porque no pertenezco a ningún sindicato. Solo puedo estar aquí, porque si voy a otro sitio me mandan pegando, y me dicen que esta parte es mía. No hay como decirles nada porque se ponen bravos, después me quieren pegar, el otro día me faltaron al respeto (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de febrero de 2023).

En este sentido, en los oficios de minado los y las recicladoras se apropian o más bien territorializan el espacio social. El territorio público adquiere un significado específico cuando se convierte en el espacio en donde se obtienen recursos y bienes esenciales para la vida (Solíz et al. 2019, 78). Las fundas de basura que son desechadas en las veredas de las vías públicas que parecen no ser de “nadie”, adquieren también un sentido de “pertenencia”. Esta determinación de “propiedad” causa conflicto entre los y las recicladoras, la falta de vínculos de reciprocidad expone diferencialmente a las minadoras a la precariedad, a los daños y a la violencia que se origina en las calles (Nota diario de campo 4 de febrero de 2023).

Además, los mandatos de género perciben el cuerpo de las mujeres como objetos frágiles y vulnerables para desplegar cualquier tipo de violencia. Las experiencias de Beatriz en las calles están marcadas de tristezas, conflictos y agresiones. Incluso, las diferencias de género se marcan en estos espacios, en donde el hombre es quien oprime y la mujer es a quien se subordina (Nota diario de campo, 4 de febrero de 2023).

Por no estar peleando, yo cojo solo esta calle. Es feo que no respetan ni a una mujer, me amenazaron con cortarme la cara por una botella. Ese hombre que está en la otra calle siempre me amenaza, le tengo miedo (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de febrero de 2023).

En este sentido, la precariedad económica hace que una actividad que está sumergida en la informalidad se efectúe en medio de violencias. La cantidad de materiales recuperados determina el beneficio económico para cada reciclador y recicladora. Esto hace que la “solidaridad” no tenga cabida en este aspecto, porque implica la renuncia naturalizada de una proporción importante de materiales. Por esta razón, cada uno y cada una se mueve de acuerdo a sus intereses y beneficios, y se apropia de la basura como si fuera un “bien privado”. Esta situación hace que los desechos adquieran un valor simbólico específico, primero, son percibidos como un medio de cambio y, posteriormente, según las características del objeto toma un valor íntimo y personal. En consecuencia, con la experiencia del trabajo de campo, en este escenario es importante la formalización de las minadoras, y la creación de organizaciones que regulen las labores del reciclaje en donde prevalezcan vínculos y formas de trabajo más comunitarios, como se expone en el siguiente gráfico.

Gráfico 3.1. La basura como bien privado



Elaborado por la autora elaborado a partir del diario de campo.

Por otro lado, los conflictos generados alrededor de la basura hacen que la violencia y la discriminación se naturalicen en los espacios sociales. Beatriz no cuenta con un espacio propio con su nombre para guardar los materiales que recupera durante el día de las fundas de basura. Con su familia se ubica en una vereda pública cerca de una gran casa, intentando no causar molestias y pasar desapercibida mientras realiza sus labores. Beatriz, entre lágrimas, narra los conflictos que surgen con las señoras de las casas, porque su sola presencia parece incomodar y desagradar al resto. Hace unos días, le acusaron injustamente de vandalismo porque para juicio de los otros había pintado una pared con grafitis, siendo amenazada cerca de su familia por atentar contra el espacio público (Nota diario de campo, 4 de febrero de 2023).

Yo estaba limpiando la vereda porque siempre dejo limpio en el lugar donde dejo mis costales. Salió el señor en el carro, y me culpó que le rayaron la pared. El señor me dijo que le tenía que pintar la pared, y que le borre como sea eso. Después solo me dijo: “se me larga de aquí o si no llamó a la policía”, yo solo me quedé callada con mucho miedo (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de febrero de 2023).

Asimismo, este desagrado que causan las minadoras por ubicarse en las afueras de las casas hace que se vuelvan un blanco fácil para acusarles de ladronas sin juicio y argumento. Su precariedad se convierte en un signo notorio que les hace carecer de mecanismos y

herramientas para defenderse de las injusticias que son acusadas en las calles (Nota diario de campo, 4 de febrero de 2023). Como si la normalización de la precariedad se volviera como parte constitutiva de los grupos sociales que se encuentran en condiciones vulnerables (Dasten 2019, 46).

En cambio, el otro día me culpó de que se le perdió la billetera. El señor dijo que se le había caído cerca de la puerta, solo me dijo: “rece para que encuentre la billetera”. Yo ese rato le dije: “soy pobre, pero honrada”. Después me dijeron que podía denunciarle porque me estaba calumniando, yo no soy ladrona (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de febrero de 2023).

La precariedad que enfrentan las minadoras en las calles influye negativamente en la calidad de vida, no solo como un fenómeno que implica inestabilidad y desprotección económica, sino como una condición que repercute en la posición social que ocupan estas mujeres en la sociedad, perpetuando de esta manera un círculo continuo de violencias. En consecuencia, como diría Adriana Cavarero y Judith Butler (2014), no son solo cuerpos vulnerables a las estructuras económicas que las marginan y las explotan, la apariencia corporal del cuerpo de las minadoras se constituye como una condición que las expone a los otros, como si fueron cuerpos arrojados al mundo y sometidos al reclamo, al conflicto y a las lesiones.

Además, esta desprotección económica y social que viven las recicladoras en las calles es consecuencia de una actividad que no es reconocida formalmente por los marcos institucionales. La historia de Beatriz es un ejemplo del coraje y voluntad de las recicladoras que, durante años, han enfrentado maltratos y violencia (Nota diario de campo, 4 de febrero de 2023).

Yo no voy al municipio. Solo por allá escucho que les ayudan y apoyan a las señoras, pero por aquí no viene nadie a verme, a mí me toca defenderme sola. Yo no sé leer ni escribir, me dijeron que me iban a ayudar a hacer los papeles para un sindicato, pero me cobraron 40 dólares. Ese día tuve que dejar de comer, hasta el día de hoy estoy esperando (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de febrero de 2023).

Foto 3.3. Beatriz y su hija separando cartones



Fuente: Foto de la autora.

En consecuencia, la territorialización y la violencia que se manifiestan en los oficios del minado dan cuenta que los vínculos de reciprocidad entre las recicladoras y los recicladores no son normas que imperan en las calles, principalmente cuando una actividad económica opera fuera de los respaldos institucionales. Sin embargo, la cooperación, la reciprocidad y el afecto se manifiestan entre familias, principalmente cuando las mujeres salen en compañía de sus hijas a buscar un medio económico. Alison cuida a su madre de esta criminalización que está presente en las calles, mientras que Beatriz para aminorar el trabajo que realiza su abuela, como se verá a continuación.

3.8. Pobreza intergeneracional

3.8.1. Los desechos y el nuevo significado de las cosas

Las actividades de reciclaje son también realizadas por niños y niñas en compañía de sus padres y hermanos mayores. Generalmente, esta actividad pasa de generación en generación, las madres heredan a sus hijos e hijas estas labores como una fuente de ingresos futuros. Los menores de edad hurgan en las mismas condiciones, sin ningún tipo de protección, en la basura como una condición que aprenden previamente de sus padres. Beatriz, es una niña de 11 años, vive en Tumbaco con su madre y con sus dos hermanas pequeñas. Ella lleva el

mismo nombre que su abuela Beatriz, salvo los días que acude a la escuela acompaña a su abuela en sus labores: “ Yo vivo con mi mamá y mis hermanas. Siempre bajo los sábados a ayudarle a mi abuelita, porque mi hermana grande ya no puede porque se quemó la pierna (...). Me gusta pintar, los peluches, las muñecas, me gusta de todo” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 18 de febrero de 2023).

A diferencia de su abuela, Beatriz da otro significado a las actividades de minado, se divierte aplastando las botellas, y buscando entre las fundas de basura, intentando encontrar “nuevos tesoros” para posteriormente guardarlos como bienes preciados. En una sociedad de consumo, las cosas tienen fecha de vencimiento, debido a que todo aquello que deja de ser atractivo es sustituido por opciones nuevas y mejores (Bauman 2003, 86). Sin embargo, los objetos que pierden su vida útil y son desechados en las fundas de basura, las recicladoras y sus familias los recogen cuidadosamente, dándoles un nuevo uso y sentido, y convirtiéndose en objetos íntimos para cada una de ellas. Estos objetos son íntimos y personales, porque pasan a formar parte de sus vidas, son utilizados en su diario vivir y, por ende, son valorados y apreciados profundamente. Beatriz señala que el reloj que lleva puesto fue un regalo de su abuela que se encontró en medio de las fundas de basura. No tenía importancia que haya sido un objeto desechado, únicamente lo colocó en su mano, y le dio un nuevo valor material y simbólico al mismo: “Me gusta mucho venir aquí, a veces cuando mi abuelita se encuentra cosas me regala, y tengo más juguetes. Este reloj me dio abuelita, nos encontramos allá abajo afuera del colegio” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 18 de febrero de 2023).

Foto 3.4. Beatriz con una pintura



Fuente: Foto de la autora.

Sin embargo, la precariedad y la vulnerabilidad que enfrentan las minadoras son condiciones que también sienten sus hijos e hijas en mayor o menor grado. La precariedad no es un dato mensurable, es una diferencia, una inequidad y una incapacidad de acceder a lo “bueno” o aquello que se “desearía tener” (Stahel 2002, 142). En el cumpleaños número once de Beatriz la celebración no fue un acto tradicional con juguetes y pastel, la carencia de ingresos se manifestó como una privación, incluso para acceder a alimentos un poco más “sofisticados” como un pastel de cumpleaños, y a otros juguetes que habitualmente tienen sus compañeros y compañeras de clase (Nota diario de campo, 18 de febrero de 2023).

Yo tengo 11 años, hace unos días fue mi cumpleaños. No me hicieron una fiesta como a otros niños de la escuela. No tenían para comprarme juguetes, solo jugamos. No había nada de pastel, solo hicimos sopita para comer. La sopita de fideo me gusta esa saben hacer (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 18 de febrero de 2023).

Además, una de las principales razones para que Beatriz acompañe a su abuela es porque el oficio del reciclaje se convierte en un refugio para abandonar la represión y la violencia que están presentes en su hogar. Su madre, la hija mayor de Beatriz Cevallos, constantemente reprende a su hija con castigos y violencia, la pequeña para evitar esta situación prefiere acompañar a su abuela en sus labores. Sin embargo, para trasladarse tiene que tomar el transporte público de la mano de sus hermanas menores, sin el menor cuidado de los riesgos y peligros que se pueden encontrar en el camino: “En la casa no me gusta, mi mamá nos pega mucho a mí y a mis hermanas. Siempre vengo y regreso en bus. A mí me gustaría venir siempre, pero cuando estoy en la escuela no puedo” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 18 de febrero de 2023).

En consecuencia, los niños y niñas perciben los oficios del minado, pese a su temprana edad, como una actividad económica futura. La aspiración es realizar las mismas labores de sus madres y sus abuelas, probablemente, en las mismas condiciones. El anhelo surge porque son oficios que permiten generar otras formas de aprovisionamiento como una manera de afrontar la pobreza y la vulnerabilidad de la que son parte. Los niños y niñas generan empatía con la comunidad para obtener recursos, como juguetes o vestimenta, que generalmente son bienes limitados en sus hogares (Nota diario de campo, 18 de febrero de 2023).

A mí sí me gustaría hacer lo que hace mi abuelita cuando sea grande. Me gusta venir porque a veces las señoras me regalan juguetes y comida. Hoy me regalaron este esfero y estos dibujos unas señoras que vinieron a dejar el cartón. Igual cuando mi abuelita se encuentra pinturas me da y tengo más (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 18 de febrero de 2023).

En este sentido, la “suerte” de trabajar con el desecho permite que las minadoras no solo obtengan compensaciones monetarias, sino también otros bienes destinados a atender las necesidades de sus familias. En estas nuevas formas de aprovisionamiento social, a las que se refiere la economía feminista, no intervienen las fuerzas naturales del mercado, porque se desarrollan a través de procesos informales que desvían la atención de las imágenes pecuniarias y de la competencia individual hacia formas más o menos complejas de sustento, apoyo y cooperación social (Power 2004, 6). Sin embargo, existe también un dilema dado que los objetos entregados por otras personas a las recicladoras y a sus familias puede no solo responder a un principio de cooperación social, sino a actos de caridad que promueven y perpetúan las desigualdades sociales.

Una familia que vive cerca de la calle se acercó a Beatriz para regalarle algunos juguetes para ella y sus hermanas menores. Beatriz, agradecida, aceptó cada una de las cosas y fue a contarle a su abuelita que se encontraba en la otra vereda. Rosana, que apenas tiene 6 años, se puso a jugar con su nueva casa de muñecas cerca de los materiales que recoge su abuela de las fundas de basura. Las calles para Beatriz y Rosana son más que un lugar de tránsito de autos o un espacio público por donde se transita, dado que para ellas es una zona de recreación para divertirse con sus nuevos juguetes encontrados (Nota diario de campo, 25 de febrero de 2023).

Foto 3.5. Rosana con sus juguetes



Fuente: Foto de la autora.

En consecuencia, desde la economía feminista, como diría Alison Vásconez (2021), las respuestas de las familias muestran que los intercambios económicos no solo responden a las lógicas estrictamente de la acumulación tradicional, sino también a otras formas no monetarias basadas en la reciprocidad y en la cooperación social. En estas nuevas formas de intercambio están presentes los “valores de uso” y, en definitiva, no los valores que gobiernan el mercado.

3.8.2. La deserción escolar y la desprotección social

Alison es también la nieta de Beatriz. Hace unos años, por conflictos familiares Alison fue a vivir a la casa de su abuela. Desde ese momento, el vínculo entre las dos fue más fuerte, y el cariño hizo que ella llame a Beatriz: mamá. Alison, va en compañía de su madre a realizar las actividades de recolección, clasificación y separación de los materiales reciclables. A sus 15 años de edad abandonó sus estudios a causa de las limitaciones económicas de su madre. En pocos meses, tránsito de las aulas de clase a las calles, el aporte económico que genera Alison a su hogar es un factor “positivo” porque se constituye como un ingreso adicional frente a la precariedad, y como una seguridad económica futura frente a la incertidumbre (Nota diario de campo, 16 de febrero de 2023).

Generalmente, el nivel de estudios, las condiciones laborales y los ingresos son factores que determinan que la pobreza se herede de las madres a las hijas. La pobreza heredada no es una condición que se planifica de manera consciente y deliberada por las unidades familiares. Las diferentes vicisitudes económicas y sociales que se presentan, incluso antes del sistema educativo, son condiciones que impiden un cambio ascendente dentro de la posición económica (Flores, Gomez y Renes 2016, 25).

Las cadenas de solidaridad y reciprocidad entre las familias se convierten en motivos para hacer frente a la vulnerabilidad y a la precariedad que enfrentan ciertos miembros. Sin embargo, la protección interna de las familias no siempre aporta márgenes para una movilidad ascendente, sino que produce un apoyo instrumental, manteniendo a los y las jóvenes inmersos en las mismas estructuras de vulnerabilidad que se encuentran sus padres (Flores et al. 2016, 26). Estas formas de reciprocidad, como diría Gago et al. (2018), suceden en el seno de las economías populares que comparten lógicas de aprovisionamiento, cuidado y afecto.

Alison, trabaja en las mismas condiciones que Beatriz; para ella, más que generar un ingreso los oficios de minado son sinónimo de apoyo y protección para su madre, quien trabaja en medio de violencias, riesgos y vulnerabilidades: “Mi mamá no avanzó a ponerme en el colegio. Yo sí quiero estudiar, pero no puedo, prefiero ayudarle a trabajar. Yo siempre le acompaño a todo lado porque tengo miedo, mi mamá ya no es tan fuerte como antes” (Entrevista a Alison, en conversación con la autora, 16 de febrero de 2023).

Hoy, la precariedad laboral es consecuencia de las nuevas transformaciones en las estructuras de la producción, y es una condición que reproduce la acumulación del capital con una mano de obra reconocida a un mínimo costo y sin garantías sociales. Esto hace que la universalidad de las prestaciones y los beneficios sociales esté limitada únicamente a las actividades económicas que son reconocidas como “formales” (Castillo et al. 2019, 28).

Históricamente, los oficios del minado cambiaron los patrones tradicionales de trabajo, ensamblándose en el mercado como actividades económicas fuera de todos los preceptos institucionales, y como oficios que no tienen cabida dentro de las definiciones “formales” de trabajo. La lectura clave de estos sectores señala que son actividades ligadas a territorios no productivos y, por lo tanto, no existe interés institucional para garantizar prestaciones y beneficios sociales, principalmente para atender las diferentes vicisitudes de salud, enfermedad y vejez (Gago et al. 2018, 12).

Esto hace que la informalidad, la marginalidad y la precariedad se conviertan en condiciones coextensivas y legadas a los hijos e hijas de quienes se dedican a estas labores. Los hijos e hijas de las minadoras comparten las mismas condiciones inciertas, desprotegidas e inseguras que tienen sus padres. A esta condición se suma que el trabajo en la primera infancia no percibe ni un mínimo de reconocimientos y derechos sociales (Nota diario de campo, 16 de febrero de 2023).

Alison realiza las actividades de minado independiente de su madre, cada una se mueve en distintos espacios. Sin embargo, para la joven de 15 años que apenas está desarrollando su fuerza corporal, los costales repletos de materiales extraídos son más pesados. Alison se mueve con dificultad y camina más despacio. En una de nuestras conversaciones, menciona que hace una semana se quemó la pierna, el dolor estuvo presente varios días porque la herida no pudo ser atendida de la manera más oportuna, debido a que los pocos ingresos que tiene su madre fueron una restricción para comprar las medicinas que fueron recetadas para sanar las quemaduras (Nota diario de campo, 16 de febrero de 2023).

Me quemé la pierna mientras estaba haciendo la sopa. Mi mamá me dijo que cocine, ella se puso a lavar. No sé qué pasó, pero se me viró la olla en mi pierna. Ayer queríamos comprar gasas, pero no nos alcanzó porque a mi mamá se le ajustó por el arriendo, ella solo me lavó con agüita. Nos fuimos al centro de salud, pero nos dijeron que compremos otras medicinas afuera y costaban 20 dólares. Mi mamá me dio unas pastillas, aún me duele, tengo manchas en la pierna (Entrevista a Alison, en conversación con la autora, 16 de febrero de 2023).

En consecuencia, la precariedad se extiende a la vida de las hijas e hijos de las recicladoras, predisponiendo su futuro a una situación económica y social difícil e incierta, en donde las garantías sociales están condicionadas para ocupaciones estrictamente llamadas como “formales” (Castillo et al. 2019, 31). Estas vidas, incluso, se ven modificadas cuando los y las jóvenes deben participar en las actividades domésticas de su hogar para contribuir de forma directa a la reproducción familiar (Pérez 2019).

Mi mamá llora porque no le alcanza para mandarme al colegio, pero prefiero venir con ella a trabajar. Cuando no estamos aquí le ayudo con las cosas de la casa y les cuido a mis hermanas (Entrevista a Alison, en conversación con la autora, 16 de febrero de 2023).

Foto 3.6. Alison en compañía de su hermana menor



Fuente: Foto de la autora.

3.9. Vivencias del hogar

3.9.1. El hogar como territorio de almacenamiento y clasificación

Generalmente, el concepto de precariedad se concibe como un término polisémico, usado únicamente en el ámbito político y académico. Es un concepto que está asociado particularmente con el mundo del trabajo, pero también puede ser una categoría aplicada a otras dimensiones de la vida, debido a que alude a la fragilidad, al riesgo y a la degradación social de los individuos y, en definitiva, a la incertidumbre en sus trayectorias de vida. En este sentido, hablar de precariedad no solo se refiere a una condición, sino también a una experiencia que se inscribe en una realidad compleja. Hoy, incluso, el término se torna común para referirse al déficit cualitativo del hábitat de los hogares, tanto en la materialidad de la vivienda como en la disponibilidad de servicios básicos (Rojas 2019, 100).

La precariedad económica se manifiesta en la carencia de recursos económicos. Como se desarrolló en el capítulo dos, la diferencia entre las minadoras y los otros eslabones de la cadena de reciclaje es que carecen de herramientas de trabajo y, por lo tanto, de espacios para almacenar el producto de sus labores. Mientras, que los depósitos o las industrias intermedias cuentan con grandes almacenes para el acopio, clasificación y embalado, las minadoras apenas cuentan con sus hogares. Las viviendas de las minadoras se han convertido en territorios de almacenamiento de los materiales reciclables que, generalmente, son recuperados de las fundas de basura que se encuentran en las calles. Estos espacios íntimos están abarrotados por la presencia de materiales que pueden estar contaminados y, de esta manera, los hijos, hijas y demás miembros crecen alrededor de los desechos mientras se convierten en objetos habituales de su espacio (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023).

Beatriz menciona que el primer destino de todos los materiales extraídos de las fundas de basura es el terreno que tiene en las afueras de su casa. La ausencia de un espacio amplio, cómodo y seguro para que las minadoras realicen sus actividades exige que los hogares se conviertan en centros de acopio con grandes cantidades de plástico, cartones y demás, mientras se espera que sean comprados por un eslabón más alto de la cadena de reciclaje (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023).

De aquí sacamos todo, y después me llevo a mi casa. Ahí empezamos a aplastar las botellas para meterles en unas fundas grandes, ordenamos los cartones, y separamos los alambres y el

papel. Todo hacemos en el terreno de la casa (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023).

Sin embargo, para Beatriz guardar los materiales extraídos en su casa no es símbolo de seguridad y calma. La carencia de ingresos y de activos materiales son condiciones que repercuten en su salud integral, debido a que constantemente siente miedo e inseguridad de que su trabajo sea robado. La carencia económica le impide proteger y resguardar adecuadamente el resultado de sus largas horas de trabajo en las calles. Los materiales extraídos de las fundas que para Beatriz son sinónimo de trabajo y esfuerzo, para otros y otras, como la “señora del arriendo” solo significan ruido, malestar y desagrado (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023).

Tengo miedo de que se me roben, porque no tengo para poner alambres y poner con palos clavando. Cualquiera que vea eso, va a querer llevarse, siempre vamos tres veces al día a cuidar. Si me roban imagínese cuánto trabajo es, pero la señora del arriendo es fastidiosa, dice que no quiere esto, que no quiere ruido cuando aplastamos las botellas, no pueden estar ni mis nietos, por eso en la tarde ya les mando en el bus (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023).

En este sentido, la precarización de las actividades económicas de minado deviene de la exposición física, de la marginación, de la exclusión y de la carencia de recursos económicos e institucionales para dignificar y reconocer estos oficios (Solíz et al. 2020, 97). Las vulnerabilidades que enfrentan las minadoras no solo están presentes en las calles, sino que también se trasladan al espacio doméstico, convirtiendo a los hogares en zonas de sacrificio expuestos a la presencia de objetos contaminados, ruidos, gases y demás. No obstante, para Beatriz su hogar sigue siendo un espacio seguro, porque para ella estas fragilidades están presentes solo en las calles (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023).

En la casa no nos pasa nada, no es como en el trabajo que siempre toca cuidarse. En la pandemia no salíamos, mi primo nos enseñó unas aguas, y nos dijo que no estemos saliendo y guardando cosas en la casa (...). Fácil es caer enfermo, pero plata no hay, si me costó ese día que mi hija se enfermó, no sabía qué hacer cuando lloraba (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023).

De esta manera, la fotografía presentada a continuación es solo una imagen algo borrosa de la precariedad. Beatriz no guarda los materiales como lo hacen habitualmente otros eslabones de la cadena, ella utiliza el terreno de su casa para almacenar un sin número de costales y cartones. Este espacio no cuenta con medidas o protocolos de seguridad, Beatriz solo utiliza

unas fundas grandes para tapar el material y, posteriormente, coloca palos alrededor como una forma para proteger su trabajo (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023).

Foto 3.7. Espacio donde Beatriz guarda sus materiales



Fuente: Foto de la autora.

3.9.2. El hogar como territorio de violencia intrafamiliar

Las vivencias familiares de las minadoras no son siempre espacios de amor, cuidado y protección; sus hogares también son territorios de violencia intrafamiliar que se presentan en nombre de la disciplina y del amor. La precariedad hace que, en ciertas ocasiones, carezcan de poderes y recursos para hacer frente a las diversas formas de violencia. La violencia intrafamiliar tiene consecuencias directas en el bienestar, pero no se reduce solo a episodios sangrientos, explosivos y letales, sino que tiene la capacidad de alterar la vida, entristecerla y hacerla menos feliz, placentera y productiva (Quirós 204, 157).

En las conversaciones mantenidas con Beatriz, probablemente, este sea uno de los temas más difíciles de narrar. Mientras está sentada en el borde de la vereda, empieza recordando varias experiencias dolorosas con una frase que marca un antes y un después: “la vida no es fácil para nosotras y para nuestros hijos” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023). En la mayoría de los casos, la violencia inicia en las primeras edades, en donde los castigos físicos se utilizan como “recursos pedagógicos” para educar y formar

personas de bien (Quirós 204, 157). Sin embargo, Beatriz cuenta que la violencia que su hija mayor infringe sobre sus nietos y nietas va más allá de un castigo momentáneo, debido a que es una represión que afecta la integridad física de los niños y niñas, generando miedo y abandono desde sus primeras edades. Las nietas y nietos de Beatriz llegan con heridas, quemaduras y golpes a resguardarse dentro de la casa de su abuela, que durante los últimos años, se ha convertido en un espacio seguro y confiable (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023).

Mi hija mayor les pega mucho a los hijos. Las tres chiquitas están en la casa, no nos deja ver a las guaguas. Mi hija les tiene una lástima a los hijos, les pega y les rasguña la cara. El otro día, le quemó la manito a mi varoncito, no quiero denunciarle porque luego le pueden quitar a sus hijos, y vayan a parar a una casa de hogar (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023).

Además, la violencia intrafamiliar atenta contra el derecho a vivir una vida plena y con bienestar, debido a que los costos vitales de estas formas de violencia se expresan en estados constantes de miedo, tristezas profundas, sentimientos de culpa y frustración (Quirós 204, 158). De la negación y del temor a romper el silencio, Beatriz menciona que ha sido víctima de violencia, pero el agresor no fue su pareja, sino su hija. Con el cariño de madre y de abuela por defender a sus nietas y nietos de una conducta agresiva terminó siendo el escudo, y el territorio para infringir más violencia.

Ellos le tienen miedo a la mamá. Ella me grita por defenderles, tres veces me alzó la mano y me pegó. Yo no creo que otras hijas les peguen a sus mamás. Yo nunca le alce la mano a mi madre, hasta cuando ella se fue siempre le trate con respeto, solo Dios sabe el dolor que siento (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023).

En este escenario, el oficio de minado para Beatriz significa un medio para generar redes de apoyo económico para que nietos y nietas continúen con sus estudios, y rompan los círculos de maltratos y castigos violentos de los que son parte. Sin embargo, estas formas innegables de violencia parecen generar dependencia hacia estas actividades económicas, las cuales se encuentran precarizadas y marginadas ante la sociedad (Nota diario de campo, 21 de febrero de 2023). La precariedad en todas sus manifestaciones obliga a que Beatriz en lugar de disfrutar de una vejez con “tranquilidad” sea responsable de la vida de sus nietos y nietas, convirtiéndose, prácticamente, en un cuerpo que trabaja hasta la muerte.

Si yo tuviera les recogiera a todos, me haría aunque sea hasta una choza. Mis nietas sufren bastante, no se gana nada aquí. Toca seguir recogiendo, que más me toca. Si yo me muero que

va a hacer de ellos. Todo es duro en la vejez, todo me está cobrando, ahora tengo que aguantar con el trabajo porque ellos que están todavía en la escuela (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 21 de febrero de 2023).

Foto 3.8. Beatriz acomodando unas botellas de plástico



Fuente: Foto de la autora.

3.9.3. Mi hogar y mis activos

La vivienda es uno de los activos productivos más importantes, porque puede proteger a las familias de condiciones de pobreza extrema. El papel fundamental que desempeñan es más que una simple provisión de techo, debido a que tienen la capacidad de generar oportunidades para la consolidación de un patrimonio seguro para las futuras generaciones. Además, las viviendas pueden producir ingresos a través del arrendamiento de habitaciones, y constituirse como un respaldo comercial para acceder a una gama de créditos financieros por medio de los títulos de propiedad. En consiguiente, no solo son activos que sirven como garantías financieras, sino también como lugares vinculados con las historias familiares, con los valores y con las identidades personales (Camargo y Hurtado 2013, 231). Sin embargo, las minadoras no cuentan con una vivienda propia que sirva como garantía económica o como un patrimonio futuro, la mayoría recurre a condiciones precarias de arrendamiento con costos más o menos elevados.

La calidad de las viviendas y la vulnerabilidad son el espejo de la situación económica que vive una buena parte de la población. Estas privaciones relativas repercuten en el bienestar y

en las vivencias de todos los miembros familiares. La vivienda de Beatriz se encuentra ubicada en el sector de Rumihuaico, para llegar se tiene que tomar el transporte público y, posteriormente, caminar por una vía adoquinada. Durante el recorrido, se puede observar la heterogeneidad social que está presente en el territorio, la cual mencionaba reiteradamente Andrea Robertsdotter (2020) en su investigación. A diferencia de la calle Abdón Calderón, que es el lugar donde trabaja Beatriz, las casas que se encuentran cerca de su vivienda rompen con la idea del esquema modernizador, debido a que la precariedad y la pobreza salen a flote apenas se percibe la estructura arquitectónica de las mismas (Nota diario de campo, 25 de febrero de 2023).

La casa que arrienda Beatriz es una vivienda de tipo mediagua con paredes de adobe y techo de tejas. El número de cuartos no corresponde al número de personas que viven en la vivienda, Beatriz vive con su hija Alison y su nieto Darío, apenas existe una pared que separa a la cocina de las dos habitaciones. El cuarto de baño no es un lugar íntimo, se encuentra en las afueras de la casa como una habitación que se comparte con los otros inquilinos. Respetar el “orden de llegada” y “hacer fila” son estrategias para gestionar de manera más eficiente el uso del mismo. Sin embargo, cuando el baño se convierte en un espacio de uso común surgen varios conflictos, el aseo y la limpieza son cuestiones secundarias para unos, mientras que para Beatriz y su familia son condiciones importantes (Nota diario de campo, 25 de febrero de 2023).

Aquí en mi casa vivimos 3 personas, y tenemos 2 habitaciones. El baño y la ducha están afuera de la casa, eso compartimos con 3 inquilinos más. Yo soy pobre, pero aseada. Después del trabajo, primero se baña mi hija, si se están bañando nos toca esperar, es como decir que tenemos que hacer una fila hasta cuando llegue nuestro turno (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

A los inquilinos no les gusta limpiar, se molestan conmigo cuando les digo que hay que coger hasta el último pelo y poner en la basura. A mí me gusta tener limpio, cuando me toca bañarme dejo trapeando y botando agua (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

Los conflictos presenten con los inquilinos de la casa pueden ser “manejables” para Beatriz. Sin embargo, tiene recurrentes discusiones con la señora de la casa, la relación entre ambas funciona como un vínculo de control y poder. Según las narraciones de Beatriz, la señora del arriendo le controla minuciosamente el uso de servicios básicos, como el agua y la luz eléctrica. Si Beatriz y su familia consumen más de lo “debido”, la señora impone cargos

adicionales a la factura de los servicios. Esta situación se vuelve cada vez más compleja, ya que Beatriz es analfabeta y carece de mecanismos para verificar los cargos adicionales impuestos (Nota diario de campo, 6 de junio de 2023).

La dueña de la casa tiene las cartas de la luz. Ella me quiere cobrar la factura por cabeza. El otro día me dijo que: como ya vivimos más en la casa, me iba a cobrar más. El otro día se alteró cuando le dije: muéstreme la factura, yo nunca antes había escuchado que se cobra por cabeza. Yo no sé leer, ahora solo me quiere cobrar 16 dólares. La señora es rara, siempre me hace mala cara. No le gusta la bulla por eso les mando a mis guaguas a jugar afuera (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

Por otro lado, las mujeres en el hogar enfrentan una sobrecarga de trabajo, dado que la crianza de los hijos e hijas, la limpieza de la casa, la preparación de alimentos, el cuidado de personas dependientes, la administración del hogar, y demás recaen principalmente sobre ellas. Una de las principales mentiras del patriarcado que se asumen como verdad, es que estas actividades están asociadas como algo natural que se emana de la propia naturaleza como una especie de mandato divino que se asigna diferencialmente a las mujeres (Hendel 2017). Sin embargo, la precariedad económica ahonda el tiempo y la intensidad en la realización de los trabajos domésticos y de cuidados, negando de esta manera el tiempo y el espacio para el autocuidado y para construcción de la individualidad propia. Esta precariedad se expresa en el cuerpo exhausto de las mujeres, Beatriz dada la carencia de recursos económicos ha creado “estrategias” para mantener el cuidado de su hogar, principalmente para evitar cargos adicionales en los servicios básicos. Una de las estrategias es ahorrar en el consumo de agua potable, para ello Beatriz recoge el agua que se encuentra almacenada en la acequia, pero estas formas de “ahorro” únicamente exponen su cuerpo a una serie desgastes físicos, debido a que la manipulación de estos objetos tienden a sobrecargar su cuerpo (Nota diario de campo, 6 de junio de 2023).

La señora del arriendo me hace problema por todo, para ahorrar un poco lavo la ropa con el agua de la acequia, yo sé que eso no es bueno, pero que más se puede hacer. O también recojo el agua de la lluvia en unos baldes, pero siempre es duro porque me duele la espalda. Cuando estamos en la casa igual tenemos que trabajar y hacer todas las cosas (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

De la misma manera, los activos que se encuentran en el hogar cuentan con algunas funciones que amplían las posibilidades económicas de las personas. Estos son factores claves para potenciar las actividades productivas, son una fuente de ingresos, y sirven como garantías

para obtener préstamos en el sistema financiero. Generalmente, los activos son la primera línea de defensa en épocas de crisis económicas que, en muchas ocasiones, ponen en juego la sostenibilidad de la vida. Es así que, empeñarlos o venderlos es una estrategia más o menos acertada para generar liquidez. Además, la acumulación de activos determina la riqueza de los hogares, la cual puede transmitirse a las siguientes generaciones con consecuencias importantes en la reproducción de la desigualdad social y en las desigualdades de género (Deere 2021, 3).

Los activos de Beatriz son limitados, apenas permiten satisfacer ciertas necesidades, y pobremente le otorgan ciertas “comodidades”. Cada cuarto tiene una cama, Alison y Darío comparten la misma habitación. La cocina está equipada escasamente con lo necesario, una cocineta de 2 quemadores y una refrigeradora pequeña son los únicos artefactos para preparar y guardar alimentos, en donde la privación de un horno o una lavadora se convierten en bienes de “lujo” que escapan de sus posibilidades económicas. Cada uno de estos bienes tiene la marca de la precariedad y la pauperización, la escasez de ingresos coarta la posibilidad de adquirir activos físicos para mejorar las condiciones de vida. La mayoría de las cosas que se encuentran fueron obsequiadas por conocidos o por personas que vieron a Beatriz trabajando en las calles (Nota diario de campo, 25 de febrero de 2023).

En la cocina tengo una cocineta y una refrigeradora pequeña. A mí no me alcanza para comprar estas cosas, todo me regalaron. Una señora de la esquina que me vio trabajando me regaló la refrigeradora, pero ya está un poco vieja (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

El comedor es un espacio para servirse los alimentos y para compartir con la familia, pero es un lugar que también está privado para Beatriz por sus posibilidades económicas. Las áreas de la casa son estrechas, incluso para colocar una mesa o cómodos sillones. Las habitaciones cumplen múltiples funciones, porque no son solo espacios de descanso, sino también sitios para servirse los alimentos. Generalmente, Beatriz come en la cama de su hija para hacerle compañía, mientras ella también se sirve su comida: “En la casa no tenemos comedor, no tengo una mesa para comer. Cuando preparo algo me voy a comer con mi hija, y comemos en la cama. Ella se sabe encerrar en el cuarto, llora pensando que me va a pasar algo” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

El hogar de Beatriz tampoco cuenta con una televisión que sirva para distraerse después de una jornada ardua de trabajo. El teléfono convencional y el internet que dentro de la sociedad de la información son herramientas importantes para la educación están ausentes para esta

familia: “Desde que nos robaron no he podido comprar una televisión, tampoco tengo internet y teléfono, solo la dueña de la casa tiene. A veces ella nos presta cuando necesitamos” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

Durante la conversación con Beatriz, Alison no dudó en dar su opinión, para ella sus bienes también son importantes. El internet, a diferencia de otros, tenía un significado importante cuando estaba estudiando, era una herramienta que contribuía con la realización de sus responsabilidades escolares. Sin embargo, ahora la carencia de internet es un motivo para no regresar a las aulas: “A mí me gustaría tener internet, cuando estaba en el colegio utilizaba para hacer mis deberes. Yo quisiera estudiar en la nocturna en ese programa de analfabetos, pero si me piden un cuaderno o internet como voy a hacer” (Entrevista a Alison, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

Foto 3.9. Casa de Beatriz y su familia



Fuente: Foto de la autora.

Sin embargo, los pocos bienes que tiene Beatriz hace un año fueron blanco fácil para que terceras personas entren en su casa, y se apoderen del patrimonio de su familia. Según Beatriz, un sábado que fue a trabajar como cualquier día normal, regresó a su hogar, pero estaba completamente vacío. Ese día se llevaron sus bienes más preciados: las camas, la televisión, la computadora, e incluso, el dinero que era necesario para sus necesidades médicas.

Hace un año y seis meses vivo aquí. Antes vivíamos donde la señora Mariana Correa, pero se entraron a robar nuestras cosas, nos dejaron limpia la casa. Un sábado bajamos a trabajar, cuando llegamos encontramos todo vacío. Se llevaron las cómodas, la televisión, la computadora, y un dinero que tenía para las medicinas, no compraba la comida para que me alcance para los remedios. Lo que tenemos ahora me regalaron o alguna cosita que me encuentro ya me llevo a mi casa (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

Asimismo, con rabia y con tristeza, Alison menciona que no solo se robaron sus bienes, sino también el medio económico para seguir estudiando, dado que en una alcancía guardaba unos ahorros para regresar un día al colegio. Esta situación obligó a que Beatriz y Alison busquen otra vivienda, las cosas que ahora se encuentran en su casa son en la mayoría obsequiadas y recuperadas de los desechos (Nota diario de campo, 25 de febrero de 2023).

A mí me robaron un dinero que tenía guardado en un chanchito para el colegio, después de eso ya no quise nada, no quería ni regresar a estudiar (Entrevista a Alison, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

En consecuencia, la precariedad entendida como la manifestación de la insuficiencia de ingresos coarta las posibilidades económicas para contar con una vivienda adecuada, y con activos físicos que no solo signifiquen una seguridad financiera futura, sino también condiciones dignas para vivir. Los bienes generan estatus, ventajas sociales y poder de negociación (Deere 2021, 3). Sin embargo, la carencia y la privación cada uno de ellos tiene un valor intrínseco que se involucra con la realización del individuo, y con el valor subjetivo que otorga a la persona (Castillo et al. 2019, 39). Para Beatriz “pobre” es una palabra que describe la carencia y la privación de bienes materiales: “Nosotros somos pobres señorita, no vivimos en lujos, no tenemos muchas cosas en la casa, todo está casi viejo” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 25 de febrero de 2023).

En la investigación de campo con Beatriz realizamos un inventario personal de los activos físicos con los cuenta en su hogar, como se muestra en la siguiente tabla. Esto fue un ejercicio económico para dar cuenta de que independientemente del estado o de la carencia de sus bienes, la propiedad de activos es sustancial, debido a que respalda la autonomía económica, amplía las alternativas para salir de una relación de violencia y, finalmente, es un resguardo que aumenta el poder de negociación que tiene la mujer dentro del hogar (Deere 2021, 5).

Tabla 3.2. Inventario personal de Beatriz

Número	Activos
Habitaciones	
2	Camas
2	Veladores
2	Armarios
1	Sillón
1	Computadora
Cocina	
1	Cocina
1	Refrigeradora

Elaborado a partir del diario de campo

La economía tradicional percibe a los hogares como “sujetos de consumo” para las cuentas nacionales y para las mediciones de pobreza, en donde se toman en cuenta la distribución y las preferencias del consumo en el interior de las unidades familiares. Sin embargo, la economía feminista sale de los convencionalismos del mercado con una propuesta para pensar la economía no como un sistema integrado al circuito económico del capital, sino una economía relacionada con los hogares, con las estructuras familiares, y con las nociones de cuidado (Vásconez 2021, 7).

Hoy, la economía feminista se interesa por los factores de negociación que tienen hombres y mujeres en el interior de sus hogares. Esto se convierte en una propuesta innovadora para pensar en la autonomía y en la desigualdad económica de ambos sexos no solo desde su posición en el mercado, sino poniendo atención en la propiedad de los bienes inmuebles y los bienes muebles que tiene cada uno de ellos (Deere 2021, 4). Si bien el hogar de Beatriz no está constituido por una pareja heterosexual, los activos dan cuenta de los márgenes de poder y autonomía en los que se mueven cada uno de sus miembros, principalmente ante la posibilidad de estudiar, enfermarse, comprar útiles o descansar, así como de sostener a los suyos y salir de situaciones de violencia.

3.10. La pandemia: trabajar o resguardar la vida

La pandemia del COVID-19 será recordada por haber cobrado más de dos millones de vidas, y por haber provocado que cientos de millones de personas se hayan sumido en una situación de precariedad y pobreza. En este escenario, quedaron al descubierto las desigualdades presentes en el mercado laboral. Las mujeres en situación de pobreza y otros grupos racializados y excluidos que, normalmente, estaban en una situación de desventaja fueron las personas más afectadas. El incremento de los niveles de desempleo e informalidad incidieron directamente en la sostenibilidad de la vida, las personas dejaron de percibir recursos económicos para satisfacer sus principales necesidades básicas, como la alimentación y la salud (Oxfam Internacional 2021, 9).

Sin embargo, las mujeres que trabajaban en el sector informal de la economía, como las recicladoras, no podían darse el lujo de teletrabajar o de mantener cierta distancia social, se veían obligadas a exponerse a los múltiples riesgos que emanaba la pandemia. Esta realidad puso de manifiesto las brechas que experimentan estas trabajadoras, quienes dependen económicamente de sus oficios y, que normalmente, carecen de cuentas de ahorros, tarjetas de crédito o prestaciones sociales para hacer frente a las diferentes vicisitudes económicas (Oxfam Internacional 2021, 45).

La pandemia del COVID-19 para Beatriz significó la paralización completa de sus actividades productivas, prácticamente perdió sus ingresos por resguardar su vida. En el momento en el que se observa que la vida se sostiene a partir de la reproducción de los cuidados, su hogar fue un campo para desplegar nuevas formas de endeudamiento no solo de servicios básicos, sino también de alquileres, en donde las amenazas de desalojo eran una constante angustia para ella y su familia. La vulnerabilidad se exacerbó cuando el retorno a sus oficios no contenía protocolos de seguridad, el medio del contagio del virus era una sensación recurrente cuando caminaba por las calles (Nota diario de campo, 28 de febrero de 2023).

En la pandemia perdimos el trabajo, las cosas que hacíamos no valían. Pasamos dos meses encerradas en la casa, se acumularon los pagos del arriendo, la señora a cada rato me molestaba y me decía que le pague. No teníamos para comer, solo mi hijo mayor nos bajaba a dejar la comidita, siempre me decía que tenga cuidado y que no saliera (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de febrero de 2023).

Pero cuando nos tocó volver al trabajo yo tenía miedo, mi hija siempre nos decía que diosito nos está cuidando. Aquí por suerte no entra mucha gente, en otros lados si pasa bastante (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 28 de febrero de 2023).

En consecuencia, “quedarse en casa” para Beatriz y Alison significó soportar una serie de penurias, no solo por la privación y la carencia de ingresos económicos, sino también por la incomodidad del hacinamiento, y por el malestar de no contar con una vivienda adecuada que garantice un nivel de bienestar deseado. En este sentido, la precariedad económica y social en la pandemia del COVID-19, fue lo que llamaría Zygmunt Bauman (2003), como esa experiencia combinada de inseguridad respecto a los derechos, de incertidumbre relacionada con los medios de subsistencia, y de desprotección del propio cuerpo frente a los riesgos de contagio.

3.11. A modo de cierre: ¿Entonces qué es la precariedad?

En este capítulo, la precariedad se presenta y se distingue de las definiciones tradicionales del trabajo que están claramente reguladas por los marcos institucionales y por las fuerzas del mercado, o bien a las nociones que hacen una referencia explícita a las economías denominadas como informales o aquellas que son tachadas como marginales. La precariedad va más allá, es un fenómeno que abarca distintas dimensiones, porque nombra y visibiliza la fragilidad, el riesgo y la incertidumbre de la vida. Sin embargo, el valor que reciben las minadoras del intercambio que realizan de los bienes recuperados representan una “barrera económica” que les impide satisfacer las necesidades básicas y, al mismo tiempo, alcanzar niveles dignos de bienestar.

En este escenario, las remuneraciones económicas de las minadoras están determinadas por los eslabones medios y altos de la cadena de reciclaje de acuerdo a criterios que emanan principios “morales”. En las calles, estas mujeres carecen de mecanismos de negociación para establecer los precios de compra y venta de su trabajo, quedando expuestas y vulnerables a los mandatos de quienes se encuentran en la cúspide. En este sentido, la precariedad ocasiona que la acumulación del capital se distribuya inequitativamente dentro de la cadena de reciclaje. Mientras los grandes complejos industriales generan cuantiosos beneficios con el material que recuperan las recicladoras, estas mujeres apenas reciben ínfimos reconocimientos por sus labores y, más tarde, se cristalizan en ingresos que no se equiparán económicamente con sus gastos, con sus deudas y con sus necesidades.

Más adelante, la imagen de la precariedad retrata la vulnerabilidad de las condiciones laborales que enfrentan las minadoras en las calles, principalmente cuando no ejercen control

de las circunstancias para realizar dichas labores. La precariedad en las calles se expresa en las largas jornadas de trabajo, el tiempo en este escenario es “productivo”, y la eficiencia está determinada en la cantidad de materiales recuperados. Este tiempo productivo relega a los procesos vitales de la vida como es el descanso o la alimentación. Asimismo, otra imagen de la precariedad que se proyecta en las calles es la desprotección social, porque es una categoría que está asegurada exclusivamente para los trabajos denominados como “formales”. En los oficios del minado, la desprotección social se expresa en la ausencia de derechos para enfrentar las diferentes vicisitudes de la vida, obligando a que las minadoras creen estrategias rápidas para hacer frente a las enfermedades o a las condiciones de vejez que se presentan en sus vidas.

Posteriormente, vemos que la precariedad tiene un carácter multidimensional, porque se manifiesta como una gramática delineada por la exclusión y por el universo de la violencia social. En sus hogares son víctimas de violencia intrafamiliar, mientras que la violencia en las calles se expresa con diferentes matices. En este territorio, la violencia es estatal porque deviene del abandono, de la indiferencia, y de la ausencia de marcos y políticas legales que protejan a una actividad que se desarrolla en la marginalidad. Además, la exclusión de las recicladoras en las estructuras sociales y, al mismo tiempo, la estigmatización de estas mujeres como individuos pobres y racializados es una expresión de la violencia social. En las calles, recurrentemente son culpadas de dañar el espacio público y, otras veces, son llamadas “ladronas” y “delincuentes” sin ningún juicio o argumento. Finalmente, la privación económica y la carencia de bienes materiales en sus hogares, que es una característica que condiciona la vida de las recicladoras y sus familias, es parte de la violencia económica que se aprovecha de los cuerpos que no son dueños de casi absolutamente nada más que de su fuerza de trabajo (Solíz et al. 2019, 532).

En consecuencia, este escenario caracteriza a la precariedad como una noción multidimensional, la violencia es una realidad que no puede ser entendida como una sumatoria de eventos o como un fenómeno reducido a una serie de datos aislados. En los oficios del minado, la violencia es un ataque específico y directo a lo humano, porque destruye, de una u otra manera, la inercia constante de la vida de las minadoras como seres enraizados en su cuerpo y en su mundo (Arzate y Castillo 2019, 146).

En consecuencia, con la realización de este apartado de la investigación emerge una pregunta que transita una y otra por la mente: ¿Qué significa para las minadoras trabajar con el desecho? Si bien los oficios del minado exponen diferencialmente a los cuerpos al reclamo, a

los conflictos y a las lesiones. Para Beatriz, una mujer de casi 60 años, hurgar con sus manos desnudas entre las fundas es una actividad económica que se constituye como la principal fuente para la generación de ingresos y, además, es un trabajo que con esfuerzo y dignidad permite la sobrevivencia de ella y su familia. En cambio, para Alison estas actividades son sinónimo de solidaridad y reciprocidad, porque aparecen como una forma para resguardar a su madre de los múltiples riesgos y violencias de un oficio que está marginado y discriminado ante la sociedad.

Sin embargo, para Beatriz, una niña de 11 años, trabajar con los desechos posee un significado distinto. Estos oficios son un medio para obtener bienes que por la carencia son limitados y reducidos en su hogar. Los juguetes que son desechados y pierden su valor para otros, toman un nuevo significado material y simbólico para las minadoras, convirtiéndose en bienes íntimos y personales, sin importar de dónde vienen, y en qué condiciones se encuentran.

Capítulo 4. Vivir para trabajar: la precariedad se siente y habla desde el cuerpo

(...) Hay pensamientos sobre la sistematicidad del cuerpo, hay códigos de valor acerca del cuerpo. El cuerpo como tal no puede concebirse y, por cierto, yo no puedo abordarlo.

—Gayatari Chakravorty Spivak, citado en Butler 2002.

4.1. Introducción

La historia de la humanidad da cuenta que el gran olvido ha sido el estudio del cuerpo. Una y otra vez, se ha cometido el mismo error enmarcando a seres prácticamente descorporizados, hablando desde fuera del tiempo y, paradójicamente, desde seres situados fuera del lugar (Sabido 2008). El cuerpo va más allá de un mero agregado de órganos, es un lugar de enunciación y una materialidad cargada de afectos y emociones (Sabido 2008). En este sentido, en las ciencias sociales el cuerpo aparece no como un signo, un símbolo o un significado, sino como un objeto de estudio que debe ser priorizado para entender y analizar desde una categoría más disruptiva la existencia humana, y las relaciones entre el sujeto, el cuerpo y la sociedad. Es así como, el cuerpo es prácticamente huérfano, porque apenas se empieza a pensar y a escribir sobre él, pero tiene una notable característica: está fragmentado para servir como apéndice para la acumulación del capital y, en definitiva, para convertirse en una figura prisionera de un dispositivo de dominación que se alza desde el sistema capitalista (Esteban 2013, 28).

En la actualidad, la lectura crítica al sistema capitalista alude a que el trabajo se convirtió en un proceso determinante para la domesticación y el disciplinamiento del cuerpo. El formateo era complejo, las fuerzas corporales eran incrementadas a términos económicos, dando lugar a figuras sumisas, pero productivas para el capital (Brito y Aguilar 2017, 4). Estas mismas dinámicas del sistema capitalista operan y funcionan en las calles, en donde se aglutina y se organiza el cuerpo de las minadoras como una mercancía que reproduce las ganancias del sistema. Sin embargo, cabría preguntarse: ¿cómo se produce esta acumulación? Los eslabones más altos de la cadena de reciclaje se apropian del trabajo no pagado de las minadoras con remuneraciones que no dan cuenta del tiempo, y de las características de las labores realizadas. Las cuales, posteriormente, sirven para reproducir sus ganancias económicas a costa de la explotación y del no reconocimiento del trabajo que realizan estas mujeres.

La explotación del trabajo hace que el cuerpo de las minadoras sea frágil ante cualquier condición económica, social o política. La precariedad laboral se va dibujando con trazos oblicuos en su cuerpo, específicamente, cuando sus manos ingresan desnudas en los materiales contaminados, cuando su espalda se convierte en la herramienta que carga y sostiene el peso de los desechos, y cuando sus pies tienen que caminar grandes distancias. En consecuencia, la precariedad laboral transforma el cuerpo en un territorio que está expuesto a las inclemencias del capital.

De esta manera, la metodología utilizada para la elaboración del presente epígrafe parte desde el conocimiento situado y las conexiones parciales, como una apuesta para construir formas de conocimiento que parten de las experiencias y narraciones de las minadoras. Esto último tiene como propósito hablar desde la precariedad que sienten y viven sus cuerpos cuando se transforman en el primer territorio para la explotación laboral. Durante el trabajo de campo, se realizaron entrevistas con algunas preguntas estructuradas y abiertas a Beatriz, Alison y su nieta, quienes vuelven a ser las voces de estas páginas. Esto para indagar sobre las condiciones de empleo en las que están inmersas, y como esto tiene repercusiones en el cuerpo y en la salud como tal. Es así como, durante el transcurso de la investigación se indaga desde el cuerpo y las emociones, pensando que el trabajo “se vive en el cuerpo y con el cuerpo” (Piedra 2020, 104).

En este sentido, el presente capítulo responde a la pregunta de investigación planteada al inicio del estudio, la cual hace referencia a: ¿Cómo la precariedad repercute en el cuerpo de las mujeres y en sus condiciones de salud? Para ello se propone una ruta que empieza con la salud de las minadoras, sigue con el descanso, el cuidado y la alimentación de su cuerpo y, finalmente, termina en las marcas y las heridas que ha dejado este fenómeno en sus figuras. Esto se discute desde una crítica al sistema capitalista, y con algunas nociones de la economía feminista que dan cuenta que la precariedad es un problema que no puede ser aislado, porque es un fenómeno que repercute en la sostenibilidad de la vida.

4.2. Mi salud: mi cuerpo es mi medio de trabajo

4.2.1. Mi espalda

Beatriz empieza su jornada laboral a las 7 de la mañana. Su casa se encuentra ubicada en el sector de Rumihuaico. Para llegar a la calle Abdón Calderón camina aproximadamente 30 minutos con su hija de 15 años. En un antiguo medidor de luz guarda algunos costales que utiliza para almacenar los materiales que extrae de las fundas de basura (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Empieza su rutina de trabajo desde el Conjunto Altis que se encuentra en la esquina, y recorre toda la calle a medida que va buscando y abriendo las fundas. Generalmente, en las casas más grandes y opulentas el número de desechos es mayor y, por lo tanto, requiere de más trabajo y de tiempo. Las fundas de basura son colocadas al filo de las veredas públicas, para buscar en cada una de ellas Beatriz tiene que doblar su espalda, y mantenerse en esa posición durante un determinado tiempo. Cuando tiene que pasar de una vereda a otra mueve el costal grande con sus manos, pero cuando está repleto de materiales las manos ya no son suficientes. Las manos relegan a la espalda el trabajo para transportar los grandes bultos que se extraen de las fundas de basura, convirtiéndose en la herramienta de trabajo más “adecuada” por soportar y cargar más peso (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

En una esquina de la calle que está poco transitada almacena todos los materiales que se extraen durante el día. Beatriz carga los costales repletos sobre su espalda hasta este punto, en donde vacía los sacos para contar nuevamente con más espacio para seguir recorriendo las calles. Cargar los cartones y los costales sobre la espalda doblada demanda un gran esfuerzo físico, Beatriz antes de continuar se retira el sudor de su frente con un pañuelo que guarda en el bolsillo (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Sin embargo, cuando se somete el cuerpo a diversas exigencias físicas como el levantamiento, el descenso y el transporte de grandes bultos de materiales, obligamos a que el cuerpo realice un esfuerzo que va más allá de sus propios límites. Estos sobreesfuerzos son el origen de un gran número de patologías y enfermedades serias, uno de los problemas más comunes son los trastornos músculo-esqueléticos que se manifiestan con un dolor, una molestia o una tensión en alguna estructura del cuerpo. Generalmente, los diagnósticos médicos van más allá de las definiciones precisas de una cervicalgia (dolor cervical) o una lumbalgia (dolor lumbar),

debido a que con el transcurso del tiempo atañen fuertes lesiones en los huesos, los músculos, la espalda, etc. (Mutua Intercomarcal 2022).

Los oficios del minado son labores que someten las energías y los procesos vitales de las minadoras, porque implican un desgaste y una ruptura física del cuerpo como consecuencia de una práctica económica que demanda una manipulación de objetos pesados, los cuales tienen que ser transportados a grandes distancias. Beatriz siente el peso excesivo de su trabajo sobre su cuerpo, los dolores más recurrentes son en la zona de la espalda. Es un esfuerzo que, a su edad de 65 años de edad, deberían ser moderados e ir acordes a su propia capacidad de resistencia (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Si la espalda es lo que más me duele. Mi hija es la que hace más empeño, ella me ayuda a cargar cuando yo no avanzo. Yo tengo muchos dolores, pero si no trabajo quién nos va a dar. Ya le digo que a los 7 meses podemos ahorrar algo, ahí estamos medio bien (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 2 de marzo de 2023).

Sin embargo, los dolores de la espalda no son las únicas molestias o enfermedades que siente Beatriz en su cuerpo. Con el paso de los años, su salud se ha vuelto cada vez más delicada, hace unos meses el médico le diagnosticó que tenía anemia. La prevalencia de esta enfermedad ha ocasionado que sienta algunos malestares mientras se encuentra en su trabajo, los dolores de cabeza o los mareos son solo algunas de sus manifestaciones. Pero, la precariedad económica ha obligado a que Beatriz no siga el tratamiento adecuadamente para mejorar su estado de salud (Nota diario de campo, 6 de junio de 2023).

El doctor del centro de salud me dijo que tenía anemia, yo no entendía por qué me dolía tanto la cabeza, y me daba unos mareos bien feos. Pero me dio una receta para comprar las medicinas afuera, pero a mí la verdad no me alcanza porque solo en eso se me va 30 dólares (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 6 de junio de 2023).

Hoy, la precariedad asume diversas formas atípicas de trabajo respecto a los niveles de ingreso, a la extensión de las jornadas de trabajo, y en la desprotección de las ocupaciones laborales como la forma más típica de explotación de trabajo (Castillo et al. 2019). Las condiciones laborales de los oficios del minado se ven seriamente afectados cuando se requieren realizar esfuerzos físicos que exceden los límites del cuerpo. Es una actividad económica que no está reconocida por los marcos institucionales y, por lo tanto, carece de áreas específicas que generalmente se encuentran en las grandes organizaciones. Las cuales tienen como misión evaluar continuamente los riesgos laborales, y vigilar la salud de las y los trabajadores (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Para las minadoras no existen recomendaciones laborales plasmadas en protocolos para prevenir las enfermedades, los sobreesfuerzos, e incluso las fatigas laborales. Esta precariedad laboral sumada a la discriminación, a la violencia y a la doble presencia de las recicladoras en el ámbito también reproductivo, no hacen más que acentuar los daños en la salud, provocando un lento y acentuado desgaste físico en su cuerpo (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Usualmente, cuando Beatriz se encuentra en su hogar las actividades que realiza están destinadas al mantenimiento y al cuidado del mismo. Como se mencionó anteriormente, la siembra de ciertos cultivos se ha convertido en su anhelo para generar un ingreso adicional para sostener sus necesidades más básicas. Sin embargo, buscar otra actividad económica, que sigue siendo precarizada, es someter al cuerpo a diversas exigencias físicas. Las remuneraciones que recibe Beatriz cuando realiza eventualmente estos oficios, sea retirando las hiervas de las veredas de otras señoras o se dedicándose al cultivo en el terreno de la señora del arriendo, no son sumas cuantiosas, dado que se manifiestan más bien en el cuerpo porque son tareas que predisponen a la fatiga. El cultivo y el trabajo en el campo demanda, durante un tiempo determinado, mantener una posición encorvada, realizar giros continuos e inclinar todo el cuerpo, transformándose en factores de riesgo que se plasman en espasmos musculares o en lesiones osteomusculares. Además, el clima no siempre es el más adecuado, lo cual expone a la persona a contraer gripes estacionales (Organización Internacional del Trabajo 2011), como en el caso de Beatriz.

Quando estoy en la casa me voy a sacar las hierbas. Yo siempre quise sembrar, la dueña de la casa me dio un espacio en el terreno, pero quedamos a medias. Yo trabajé la tierra y compré las semillas, con mi hija estábamos emocionadas, porque íbamos a salir a vender el fréjol que salga. Pero la dueña de la casa se cogió más, y solo me dio 5 guachos. Trabajar en la tierra es duro, hay que estar agachada todo el tiempo. Ese día me mojé, y me dio una gripe bien fuerte, mi hija solo me dio una agüita de limón (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 2 de marzo de 2023).

Por otro lado, en estas economías populares se comparten lógicas de aprovisionamiento, cuidado y afectos, porque son prácticas económicas que se sostienen en base a fuertes relaciones de reciprocidad y cooperación (Gago et al. 2018, 16). Estas dinámicas de ayuda mutua prevalecen en los oficios del minado, Alison, a pesar de su corta edad, carga sobre su espalda más peso. La preocupación de que su madre sufra alguna lesión hace que su cuerpo se haga responsable de cargar y transportar los bultos de materiales que se recogen de las calles.

Incluso, ella es quien guarda y ordena los costales cuando llegan al terreno de su casa, sometiendo de esta manera a su cuerpo que apenas se está desarrollando a una serie de sobreesfuerzos (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

La foto 4.1 muestra como Alison transporta el material con la fuerza de sus dos manos carga dos costales repletos de botellas de plásticos. Aunque, no se percibe en la foto su madre le espera preocupada por la ardua tarea que está realizando su hija. Su edad avanzada y su condición de salud le impiden colaborar con su hija, sin embargo, siempre está pendiente de sus dolores y molestias.

El otro día recogiendo los materiales me caí en la vereda, y me golpeé en la espalda. Yo solo le decía: “mamá me duele”. Yo soy la que carga más porque mi mamá no avanza. En la noche, ella me sabe fregar una crema en la espalda (Entrevista a Alison, en conversación con la autora, 2 de marzo de 2023).

Beatriz, a sus 11 años, pese a que da otro significado a los oficios del minado, siente los mismos dolores y malestares que padecen su hermana y su abuela. Su cuerpo no tiene la misma fuerza, pero ella quiere participar en las mismas responsabilidades, sobre su espalda coloca cartones y con sus manos mueve los costales como una forma de reciprocidad y colaboración a su abuela. En este escenario, la precariedad se manifiesta incluso a tempranas edades, los niños y niñas trabajan en igual o menor medida que sus padres, su cuerpo siente el peso de un trabajo que está discriminado y marginado. Cuando Beatriz carga algún material que no va acorde a su fuerza, siente una molestia en su espalda que posteriormente le dificulta pararse con facilidad (Nota diario de campo, 4 de marzo de 2023).

La espalda a veces cuando cargo algo muy pesado. A veces cuando tengo que agacharme para alzar algo siento que no puedo pararme bien, pero solo eso (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de marzo de 2023).

En consecuencia, en el sistema capitalista la precariedad se manifiesta en el cuerpo como una condición inherente de los oficios de minado. Los eslabones más altos de la cadena de reciclaje se aprovechan de la subordinación de los cuerpos estableciendo un valor de cambio por los materiales recuperados que no da cuenta de los sobreesfuerzos físicos que tienen que realizarse mientras se desarrolla esta actividad. En este sentido, la precariedad determina el modo en el que el cuerpo se convierte en una herramienta de trabajo. La carencia y la privación de medios económicos inhibe, incluso, la posibilidad de contar con instrumentos adecuados para transportar los bultos de materiales que se recogen de las fundas de basura, como es el caso de un carro recolector. Por esta precariedad económica y social, la espalda se

transforma en una herramienta funcional a los intereses de los eslabones medios y altos de la cadena de reciclaje (Brito y Aguilar 2017, 4).

Foto 4.1. Alison cargando algunos costales de materiales



Fuente: Foto de la autora.

4.2.2. Mis manos

Duras manos parecidas a moluscos o alimañas; color de humus o sollamadas con un sollamado de salamandra, y tremendamente hermosas se alcen frescas o caigan cansadas.

—Gabriela Mistral.

En la actualidad, las recicladoras son parte importante de la producción de nuevas mercancías, porque contribuyen con el aprovechamiento de los residuos sólidos. No obstante, en la sociedad existe un desconocimiento general sobre los riesgos y las vulnerabilidades que vienen implícitas en estas labores, específicamente cuando afectan la integridad física de quienes trabajan en este medio (Ballesteros, Cuadros, Botero y López 2008, 173).

Las recicladoras mantienen un contacto permanente con alimentos y otros objetos en descomposición, que se constituyen como una fuente de diferentes microorganismos, tales como: hongos, bacterias, virus y parásitos. Este contacto directo puede tener repercusiones en

la salud, y provocar enfermedades infecciosas y transmisibles como: la micosis en la piel, la sarna, la gastroenteritis, la hepatitis, la tifoidea, y otras como las recientes enfermedades conocidas como el COVID-19 (Ballesteros et al. 2008, 175). Generalmente, la transmisión de estas enfermedades es provocada por el contacto de la basura cuando el cuerpo no lleva ninguna protección. En este caso, las manos se convierten en el vehículo para la transmisión de los microorganismos que están presentes en los desechos. Pese a que, la piel funciona como una barrera física constantemente se ve expuesta, estableciéndose como una entrada segura para nuevas enfermedades en el cuerpo (Ballesteros et al. 2008, 175).

Estas vulnerabilidades que vive y enfrenta Beatriz se presentan, especialmente, cuando abre cada una de las fundas de basura que se encuentran en las calles, y cuando coloca sus manos dentro de las mismas, mientras sus dedos van buscando que se puede extraer de cada una de ellas. La fragilidad que tiene su cuerpo de sufrir una serie de enfermedades y dolencias recae, por una parte, sobre los hogares, que en consonancia con la ausencia de políticas públicas de reciclaje, no han adoptado una gestión adecuada para el tratamiento de los residuos sólidos. Muchos de los desechos orgánicos se encuentran almacenados en las mismas fundas con los desechos inorgánicos, para extraer las botellas plásticas, los alambres, el papel y las latas de atún, Beatriz tiene que sentir con sus manos otros desechos que se encuentran en descomposición. Esta exposición de su cuerpo ha hecho que, durante los últimos años, sea más propensa a enfermedades respiratorias que han afectado continuamente su bienestar (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Las manos y la espalda también, lo que más me da es gripe. La otra vez me fui a pinchar, porque me dio una infección respiratoria, no estoy acostumbrada a la mascarilla. Cuando llego a mi casa, me baño y me hago el aseo, pero sí me costó ese día, pasé tres días en cama. Cuando esta sombrita es bueno hasta para caminar, este sol hace sudar bastante (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 2 de febrero de 2023).

Incluso, antes de terminar la jornada laboral, Beatriz tiene que cuidadosamente clasificar y almacenar cada uno de los materiales extraídos de las fundas de basura. Con sus manos dobla los cartones, separa el papel y las latas, y guarda cada material en un costal grande. Estas actividades demandan de movimientos repetitivos, dado que constantemente se mueven las manos de un lado al otro (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023). Sin embargo, los movimientos continuos y las presiones forzadas que se realizan en las muñecas ocasionan una serie de enfermedades laborales. Una de las más recurrentes es el síndrome del túnel del

carpo, el cual se manifiesta con un dolor, un hormigueo y un permanente adormecimiento de las manos (López 2015, 8).

Entre los tratamientos más comunes para estas dolencias se encuentra la fisioterapia, pero cuando las lesiones se ven más agravadas es necesario realizar una intervención médica. No obstante, estos son tratamientos médicos que escapan de las posibilidades económicas de las recicladoras, dado que su precariedad relega a la salud a un ámbito de menor importancia, y por estas mismas limitaciones no pueden acceder a este tipo de “lujos”. Beatriz se queja del dolor que siente en sus manos; es una molestia permanente que no solo se manifiesta mientras abre y hurga entre las fundas de basura, sino también cuando realiza las labores de cuidado que demanda su hogar (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Los huesos de las manos cada vez que hago alguna cosa me duele. Tengo que estar fregándome a cada rato. Cuando me voy de aquí, y me pongo a lavar la ropa es peor. Es duro agacharse y estar abriendo las fundas, solo se manejan las manos. Cuando estoy agachada siento que se me tapa la respiración, pero yo no le dije a mi hija para que no se asuste (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 2 de febrero de 2023).

De la misma manera, las manos pequeñas de Beatriz sienten los mismos malestares y dolencias, sus manos tienen la responsabilidad de mover y transportar fundas y costales de gran peso con el mismo compromiso que tienen su hermana y su abuela. Los dolores no son solo provocados por rasgaduras en juegos inocentes que son habituales en su edad, sino también por la responsabilidad de un trabajo que realiza como una forma solidaria y colaborativa para aportar a su familia (Nota diario de campo, 4 de marzo de 2023).

A veces me sabe doler cuando cargo algo muy pesado. Las fundas me saben coger las manos y me duele feo. Ahorita me duele porque el otro día le estaba llevando a mi hermana en un coche, y me lastimé con las llantas (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de febrero de 2023).

En este sentido, las manos de las minadoras están expuestas a sufrir cortes o rasgaduras con los objetos cortopunzantes que se encuentran dentro de las fundas. Las lesiones son imprevistas, porque suceden de un momento a otro, y atacan cualquier parte del cuerpo. A pesar de la experiencia y de los cuidados que tienen las recicladoras, el cuerpo no está desprovisto de estos daños. El sábado 18 de febrero, mientras conversaba con Beatriz, su hija Alison estaba ordenando los materiales. Minutos después, se acercó a su madre llorando, se había rasgado con una lata de atún, era una abertura que se encontraba en el centro de la palma de su mano. Estábamos en la vereda de la calle, no había gasas o algún tipo de líquido

para desinfectar su mano, su madre únicamente le colocó un poco de agua, y utilizando una tira que rasgó de un costal envolvió la mano de Alison como una forma de aliviar y sanar su dolor (Nota diario de campo, 18 de febrero de 2023).

Las manos de Beatriz y Alison muestran heridas y marcas producidas por los objetos cortantes que se encuentran inesperadamente en las fundas, como si en ambas manos se imprimiese la marca de la precariedad que opera dentro de las lógicas del sistema capitalista. Haciendo, como diría David Harvey (2008), que la fuerza de trabajo se extraiga como mercancía de los cuerpos, en donde las manos se convierten en un instrumento productivo. Estas manos quedan disponibles para el servicio de los medios de producción y para la recolección de materiales que, posteriormente, serán la materia prima para la economía, pero previamente deben ajustarse a los requerimientos de las cadenas de reciclaje (Cuardic 2013). Como si en el sistema capitalista todo se sujetará a una ecuación expresada en el siguiente mandato: a mayor producción, es decir, manos más productivas que extraen un número importante de materiales, la remuneración económica es mayor. No obstante, desde la visión de la economía feminista no son manos destinadas a la producción a gran escala, sino que son una parte importante del cuerpo que cuida, y sostiene el hogar y la vida.

Foto 4.2. Manos de Beatriz



Fuente: Foto de la autora.

4.3.3. Mis pies

Usualmente, Beatriz llega a su trabajo caminando desde su casa, tomar el transporte público es un lujo que pocas veces puede permitirse. Para recolectar cada uno de los materiales tiene que caminar grandes distancias, mientras carga sobre su espalda costales y cartones de gran peso. El sudor que aparece en su frente cuando camina solo es el símbolo más notorio de su cansancio y agotamiento físico. Pocas veces en el día, se sienta en la vereda a descansar y a servirse un poco de agua para recuperar energías, para ella es importante aprovechar las primeras de la mañana antes que pase el carro recolector, y se lleve todas las fundas de basura y, por lo tanto, su trabajo como tal (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Beatriz y Alison, no utilizan un calzado laboral específico diseñado para realizar caminatas a grandes distancias, o para dar comodidad a sus pies mientras realizan su trabajo. Sus zapatos son simples, y a breves rasgos lucen un poco desgastados, a pesar de que sus pies cargan todo el peso del trabajo no pueden disfrutar de algo más cómodo. Generalmente, Beatriz se mueve más despacio y con más dificultad, a su edad de 65 años no puede ir con la misma rapidez y agilidad con la que se movía unos años atrás. En cambio, Alison recorre las calles y pasa de una vereda a otra, mientras carga sobre su espalda fundas o costales (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Sin embargo, estos son oficios que se llevan a cabo de pie prácticamente durante toda la jornada laboral, causando enfermedades y agravando las condiciones de salud. Uno de los síntomas más comunes en este tipo de prácticas son los trastornos músculo-esqueléticos, los cuales se manifiestan en el cuerpo con un malestar, un dolor o una fatiga en las extremidades inferiores como: los pies, las piernas, los muslos y las caderas. Los riesgos pueden seguir aumentando con el paso del tiempo, dando origen a enfermedades como: la lumbalgia, el desgaste en los ligamentos de las rodillas, la fascitis plantar, entre otros (Osorio y Rodríguez 2022, 3). Beatriz siente un malestar permanente en sus rodillas cuando acude a su trabajo, esta es una molestia que muchas veces le impide caminar con facilidad, pero cuando está en su casa este dolor se vuelve más leve y controlable (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

Yo me doy cuenta de que ahora me duelen hasta las rodillas, porque cuando camino me duele.

En las bajadas mi hija me da la mano, porque siento que voy a troncharme. Yo creo que es por el trabajo, porque en la casa descanso un poquito y me siento más aliviada (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 2 de febrero de 2023).

La precariedad en los oficios de minado se manifiesta en la degradación de las condiciones de trabajo, especialmente, en los espacios insalubres y en los riesgos que afectan a la seguridad física y la salud de las recicladoras (Rubio 2015). Las veredas de las vías públicas no son lugares adecuados para estirar y descansar los pies agotados. Los cuidados del cuerpo, que deberían ser una prioridad ineludible en estas actividades económicas, son prácticamente mínimos. Las preocupaciones de las recicladoras están centradas en cumplir los requerimientos de volumen y peso que demandan los eslabones más altos de la cadena de reciclaje, en lugar de realizar una pausa y recuperar energías para que el cuerpo pueda continuar en las mismas condiciones de salud, y de fuerza durante el resto de la jornada laboral (Nota diario de campo, 2 de marzo de 2023).

De esta manera, la precariedad esconde relaciones de poder y de dominio del capital a costa de la explotación. Esto da como resultado el sufrimiento, el deterioro de la salud, y el empobrecimiento de la calidad de vida de aquellas mujeres que trabajan con el desecho (Castillo et al. 2019, 29). Estas dinámicas de explotación “conculcan, desfiguran, someten y mutilan la integridad de estas trabajadoras, apropiándose no solo de su trabajo, sino también de la energía, de los músculos y de los nervios” (Harvey 2000, 130).

Sin embargo, es importante considerar que la precariedad se naturaliza y se legitima como una categoría socialmente aceptable mientras se va ascendiendo dentro de la cadena de reciclaje. Las minadoras son solo parte del cálculo económico, las ganancias de los eslabones están justificadas por la posición de estas mujeres dentro de la cadena. Para estos complejos industriales la precariedad es un problema de “autogestión”, debido a que las minadoras no gestionan “adecuadamente” los medios para crear estrategias que permitan mejorar su condición. Por lo tanto, dentro de la cadena de reciclaje la precariedad es solo un síntoma que se expresa en la “falta de visión empresarial” (Rivadeneira 2020, 149).

Foto 4.3. Beatriz y Alison van a recoger algunas fundas



Fuente: Foto de la autora.

Finalmente, cuando termina la jornada laboral una de las estrategias más “óptimas” para hacer frente a la precariedad económica es ahorrar ciertos centavos evitando tomar el transporte público. Beatriz, Alison y su nieta regresan caminando a su hogar, después de estas labores sus pies no pueden descansar, debido a que tienen que caminar el último tramo para llegar a su hogar. En la siguiente fotografía, está Beatriz con su familia retornando a su casa, entre sus manos cargan algunos costales rellenos de plásticos, y ciertos víveres que amablemente los “vecinos” les obsequiaron.

Foto 4.4. Beatriz y su familia regresando a su casa



Fuente: Foto de la autora.

4.3.3. El descanso de mi cuerpo

En el sistema capitalista, los cambios en los modos de producción reconfiguraron las condiciones para la reproducción del trabajo, en donde el capitalista no solo se aprovecha de la incapacidad del sistema para proveer empleo, sino que se nutre de la informalidad para acumular el capital y concentrar la riqueza, generando formas de empleo precario y empobrecedor en la población más vulnerable (Gómez 2007, 49). Específicamente, en los oficios del minado la acumulación se produce a costa de la posición de clase y de género que ocupan las minadoras, porque dentro de la cadena son las únicas dispuestas a hurgar en la basura de otros (Rivadeneira 2020, 149).

Los lugares de trabajo no son únicamente los espacios habituales de las oficinas o las fábricas que se encuentran en las urbes, sino las calles en medio de los autos, buses y semáforos con el riesgo de que quienes laboran en este medio sean atropellados y vulnerados. De esta forma, las vías públicas se convierten en centros destinados para la producción y para la subsistencia, pero están privadas de los medios adecuados para asegurar el bienestar y la seguridad de quienes trabajan en ellas. Estos territorios de trabajo no garantizan el cuidado del cuerpo, debido a que carecen de áreas específicas de descanso, comedores o baños, los cuales usualmente son instalaciones indispensables en las grandes organizaciones (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

En consiguiente, el cuidado que puedan dar las recicladoras a su cuerpo está determinado por la precariedad económica y social de una actividad que no es reconocida, registrada, protegida o regulada por las instituciones públicas. En el sector informal de la economía, como diría Verónica Gago (2014), pasan de una categoría de trabajadoras no asalariadas del mercado a trabajadoras autónomas o independientes. Estas denominaciones son parte de un cálculo neoliberal que se establece como una tecnología para promover la supuesta empresarialidad de las masas, cuando en la realidad es una práctica vitalista que organiza la idea de la libertad en mecanismos de explotación y obediencia (Gago 2014, 12).

Dentro de la cadena del reciclaje, la condición económica, social y política de las minadoras responde a un problema de cálculo que se expresa en una falta de visión empresarial, de una autogestión y de una autoresponsabilidad propia. No obstante, en discusión con la autora las recicladoras no participan enteramente de esta *razón neoliberal*, pese a que las condiciones de

su trabajo les empuja a comprometerse con estos discursos, no se identifican completamente con ellos. Estos señalamientos se sostienen al escuchar detenidamente las narraciones de las minadoras, debido a que para las minadoras su trabajo más que un “emprendimiento” es sinónimo de subsistencia (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

Generalmente, los oficios de minado son trabajos que dada sus características demanda un esfuerzo físico importante que, posteriormente, conlleva a un deterioro progresivo de la salud y del bienestar. El descanso o las pausas laborales deberían ser interrupciones necesarias para que el cuerpo tenga el cuidado y la recuperación adecuada, principalmente después de los sobreesfuerzos realizados por cargar y transportar materiales de gran peso. Sin embargo, el descanso en estos oficios no está estipulado como una cuestión de vital importancia dentro de una normativa laboral para que los y las recicladoras se recuperen del agotamiento y de las jornadas extenuantes (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

En este escenario, la noción de descanso se relaciona con el tiempo; en los oficios de minado el ritmo de trabajo no se desarrolla como un ciclo natural, sino como un tiempo que está regulado desde el sistema. El propósito del capitalista es controlar el tiempo de la mano de obra para sea productiva y no se malgaste, debido a que no es el quehacer el que domina, sino el valor del tiempo que se reduce a una forma de dinero; es decir, “este tiempo se convierte en moneda: no pasa nada si no se gasta” (Thompson 1979, citado en Pessolano 2016, 194). En consecuencia, a los eslabones más altos de la cadena de reciclaje poco o nada les importa el cuidado o el descanso del cuerpo. Lo importante es cumplir con los requerimientos de volumen y peso a costa de un tiempo que está acelerado, en donde el descanso y el agotamiento no forma parte del cálculo económico de beneficios y ganancias. Es así como, la organización del trabajo sobrepasa los límites del cuerpo, moldeando figuras que están ajustadas a un tiempo “productivo” (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

De esta manera, se puede decir que el poco descanso que se da al cuerpo es un determinante para que se manifiesten una serie de enfermedades y dolencias que son específicas en los oficios de minado como: los dolores de cabeza, las molestias musculares, la deshidratación y demás, los cuales fueron malestares que describió Beatriz durante el trabajo de campo. Asimismo, la aceleración excesiva del ritmo del trabajo puede constituirse como un factor que repercute en la salud mental e integral de las minadoras. El trabajo para Beatriz produce una carga importante de estrés, caminar en las calles con un clima caluroso provoca un agotamiento físico que no es mediado con el descanso oportuno (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

Si me afecta no se puede descansar, porque es un trabajo muy estresante. Me sabe doler la espalda y la cabeza por el sol, medio parece liviano, pero si es bien cansado porque todo el tiempo se pasa agachada. Yo tengo que poner una funda debajo, y luego pongo la otra para poder sacar las fundas. Pero qué más me toca, seguir hasta cuando Dios me dé fuerzas (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 7 de marzo de 2023).

En consecuencia, el descanso y el cuidado del cuerpo no son condiciones para mantener el correcto funcionamiento del sistema capitalista, sino para resguardar la sostenibilidad de la vida. Desde la economía feminista se hace una crítica a las nociones utilitaristas que tienen los eslabones más altos y medios de la cadena de reciclaje, debido a que su preocupación debe estar exclusivamente centrada en la provisión de condiciones adecuadas de trabajo, y no únicamente en la asignación de ganancias y beneficios. Como diría Corina Rodríguez (2015), mediante las formas del cuidado se transforman los estándares de vida en bienestar por medio de actividades relacionadas con el descanso, la salud, la alimentación, etc., las cuales deben constituirse como prácticas ineludibles en el cuerpo cuando se trabaja con el desecho. En este sentido, es importante considerar que las enfermedades, las dolencias y los malestares que sienten las recicladoras en su cuerpo son consecuencia también del papel secundario que ocupan estas mujeres en la sociedad, por la carencia y por la precariedad a la que son sometidas, por la exclusión a las prestaciones sociales, y por el exceso de un trabajo extenuante que no tiene una jornada de descanso previamente establecida (Lagarde 1997, 173).

En este sentido, con la economía feminista se rechaza los modelos de explotación que no dan cuenta del deterioro del cuerpo y, a la vez, se cuestiona: ¿qué vida queremos vivir?, y ¿cómo queremos organizar el sistema económico? Este es un debate que parte de la economía feminista porque habla desde el cuerpo y el sostenimiento de las vidas (Pérez 2019). Esta teoría nos invita a pensar desde el conflicto, especialmente desde los espacios en donde se produce un sentido de injusticia, como son los oficios del minado, para así cuestionar las prácticas sometimiento y para discutir la precariedad que está inmersa.

4.3. El cuidado de mi cuerpo

Los oficios de minado que en tiempos de crisis económicas se convirtieron en una “solución” para obtener ingresos para la subsistencia en la realidad solo fueron un medio más para la

explotación del trabajo. Pese a que, estas actividades generan recursos económicos para enfrentar las condiciones de privación y pobreza es importante cuestionarse a qué costo. El reconocimiento económico está pensado a partir de un ingreso que no sobrepase los 100 dólares mensuales, sin beneficios y prestaciones sociales para atender las diferentes vicisitudes de salud y vejez. La precariedad económica hace que los cuerpos sean vulnerables, convirtiéndose en un blanco fácil para la recepción de una serie de enfermedades y dolencias. En las calles, no son solo figuras expuestas a desechos contaminados, sino también cuerpos que aparecen agotados físicamente, porque no tienen un descanso acorde al número de horas de trabajo (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

Los elementos de protección personal son diseñados para proteger diferentes partes del cuerpo, evitando que el mismo tenga el contacto directo con factores de riesgo que pueden ocasionar una lesión o enfermedad. Son una barrera utilizada para aumentar la seguridad en el ambiente de trabajo, resguardando la integridad de las y los trabajadores en el medio (Dorles 2018). Sin embargo, el uso recurrente de guantes, overol y mascarillas para las minadoras no son completamente medios de protección, sino gastos adicionales que no se encuentran dentro de sus posibilidades económicas (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

La precariedad laboral determina que este tipo de resguardos para el cuerpo sean una privación forzada por los medios económicos, haciendo que el mayor o menor cuidado este determinado para quien goza de una mejor posición financiera. En este sentido, el cuerpo se vuelve vulnerable e indefenso por las estructuras económicas que establecen una remuneración que no tiene en cuenta los gastos adicionales que se deben incurrir para proteger el cuerpo. Estas deberían constituirse como preocupaciones importantes para los eslabones más altos de la cadena de reciclaje y para los Gobiernos Autónomos Descentralizados, principalmente, si buscan mantener a las minadoras en las mismas condiciones de salud y de fuerza para que recuperen con la misma “eficiencia” la materia prima que será incorporada nuevamente en la economía, y para que estas mujeres sigan aportando en el mantenimiento de la gestión de los residuos sólidos (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

Beatriz hurga en la basura con sus manos desnudas, la utilización de guantes es un medio que determina su eficiencia y productividad en sus labores. Este mecanismo de protección es una atadura a sus manos, dado que le impiden buscar con mayor rapidez y agilidad entre las fundas: “Los guantes son caros, las mascarillas a veces si utilizamos. Los guantes no utilizo

porque es muy difícil sacar rápido el material, y me sudan las manos. Es muy incómodo y me da picazón” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 7 de marzo de 2023).

De esta manera, la precariedad laboral se plasma en la imagen de las calles, la vulnerabilidad para las minadoras no solo se manifiesta porque trabajan en medio de autos, sino también porque carecen de espacios adecuados para el cuidado de su salud. La precariedad no es una condición que garantiza el bienestar físico y mental de estas trabajadoras, debido a que se configura como una condición que funciona dentro de las lógicas capitalistas para privar de un ambiente adecuado de trabajo (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

En las calles, las recicladoras carecen de instalaciones sanitarias y, por ende, no cuentan agua potable o bien con productos de higiene personal para proteger cuerpo que está en medio de desechos contaminados. La precariedad y la vulnerabilidad han obligado a que Beatriz cree estrategias rápidas de autocuidado que, en cierta manera, pueden resguardar su cuerpo. En una esquina detrás de todos los materiales que extrae de las fundas guarda una botella de agua para servirse y para lavar sus manos, no obstante, su cuerpo sigue siendo vulnerable porque no tiene el cuidado adecuado que se debería dar cuando se realiza este tipo de labores que ponen en riesgo la salud de las personas (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

Así no más me lavo las manos porque no tengo jabón. Es duro mi trabajo, pero como dicen para la papa también hay que sudar. Pero que más me toca, tengo que conformarme para dar de comer a mi familia (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 7 de marzo de 2023).

Por otro lado, como se mencionó anteriormente, los oficios de minado son actividades económicas que se realizan entre familias, debido a que hijos, hijas, nietos y nietas acompañan a sus madres y a sus abuelas en sus labores. Sin embargo, son seres más expuestos a contraer enfermedades por la exposición permanente de su cuerpo a los desechos contaminados. Los niños y niñas no utilizan ningún mecanismo de protección, sus manos ingresan desnudas en la basura, y cargan con igual o menor peso los materiales. Beatriz lava sus manos con el agua que trae su abuela, pero no es una práctica que lo realiza constantemente, sino cuando termina todas las tareas que son encomendadas por su abuela: “Las manos me lavo cuando termino de hacer todo lo que me dice mi abuelita. Ella sabe traer una botella y con eso nos lavamos las manos, pero solo con agua, no con jabón” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 7 de marzo de 2023).

Sin embargo, el cuidado para Beatriz, Alison y su nieta es importante cuando llegan a su casa; ellas, conocen los riesgos y las vulnerabilidades que enfrenta su cuerpo cuando realizan sus

labores. A pesar de que no tienen una habitación de baño propia dentro de su casa, y que en muchas ocasiones tienen que esperar para hacer uso de la misma, su cuidado es una forma de protegerse a sí mismas y a otros miembros de la familia: “En la casa nos sacamos la ropa de trabajo antes de entrar al cuarto, pero antes nos bañamos bien. Así nos cuidamos entre nosotras, me toca hacerme la fuerte por mi hija” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 7 de marzo de 2023).

En consecuencia, las circunstancias laborales, el cuidado del cuerpo y las condiciones de las viviendas determinan el tipo de enfermedades que están expuestas las recicladoras. La manipulación de los residuos que son desechados sin ninguna protección convierten el cuerpo en un territorio vulnerable para que se manifiesten una serie de enfermedades y dolencias. Especialmente, en el Ecuador no existe una política adecuada para la gestión de los residuos sólidos, los residuos sanitarios y otros contaminados se desechan con el material recuperable, convirtiéndose en una suerte de foco infeccioso para las recicladoras (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

Durante la pandemia del COVID-19, la precarización laboral y el menosprecio se exacerbaban, las medidas sanitarias y de salud estaban destinadas, principalmente en sanar y atender a la población contagiada. Las recicladoras fueron desplazadas y segregadas a espacios negados, sin ningún reconocimiento estatal de la vulnerabilidad que sufrían sus cuerpos (Solíz et al. 2020). Además, durante el confinamiento las actividades vinculadas al reciclaje quedaron completamente suspendidas, y quienes trabajaban en el sector perdieron su medio económico de subsistencia. Durante este periodo, el Gobierno no atendió las necesidades del gremio, las preocupaciones únicamente venían por parte de las organizaciones privadas. Según varios reportajes periodísticos las recicladoras preferían arriesgar su vida o pagar multas a la policía en lugar de perder las posibilidades para seguir sosteniendo a sus familias (El país 2020).

En consecuencia, frente al escenario desalentador de la pandemia el cuidado para las recicladoras seguía siendo el mismo. El cese de las actividades productivas aumentó la carencia económica de estas mujeres, el uso de guantes o mascarillas eran una condición secundaria a pesar de las vulnerabilidades que enfrentaba su cuerpo. El cuidado y el descanso no eran condiciones vitales, lo importante era producir y generar beneficios para las cadenas de reciclaje con el único propósito de seguir sosteniendo la vida en medio de una crisis económica, social y de salud (Nota diario de campo, 7 de marzo de 2023).

De esta manera, en la pandemia la precariedad laboral estaba determinada por la exposición física del cuerpo a los desechos contaminados, y por la marginación y exclusión que se daba a estos oficios. Beatriz carecía de los medios económicos para resguardar su cuerpo con los equipos necesarios de protección. Las condiciones precarias de trabajo obligaban a que el cuidado sea mínimo, lavar sus manos después de recoger, clasificar y ordenar todos los materiales recuperados de la basura, y utilizar alcohol desinfectante eran las condiciones más favorables dadas las circunstancias inadecuadas de trabajo: “En la pandemia no salíamos, cuando ya veníamos a trabajar los guantes no utilizábamos, la mascarilla a veces porque teníamos que cuidarnos. Entonces, lo que hago es acabo de coger todo y me lavo bien las manos, me pongo alcohol hasta llegar a la casa” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 7 de marzo de 2023).

La inequidad económica, social y laboral son categorías que determinan las “enfermedades de la pobreza” y las “enfermedades laborales”, como responsables de las desigualdades en la salud y las diferentes formas de morir o enfermar. La mala salud y la esperanza de vida son situaciones compartidas por las minorías que fueron expulsadas del sistema económico a lo que se conoce como las economías informales (Solíz et al. 2020, 20). Estas enfermedades específicas que se presentan en los oficios del minado son consecuencia de un modelo económico que concentra el poder y la riqueza, y que empobrece y excluye a las minadoras negándoles ambientes adecuados de trabajo, y equipos de protección necesarios para realizar labores que demandan un riesgo importante para su cuerpo.

Foto 4.5. Beatriz, Alison y su nieta arreglando algunos materiales



Fuente: Foto de la autora.

4.4. Mi alimentación

En el sistema capitalista, una de las principales luchas que enfrentan las mujeres es la sobrevivencia. La precarización del trabajo ha obligado a que las mujeres se apropien de las calles para convertirse en espacios domésticos donde se reproduce la vida. Hoy, las ciudades son territorios donde las mujeres y sus familias se sirven alimentos, toman un descanso, y es el espacio de diversión de miles de niños y niñas en las calles (Galindo 2013, 147). En este escenario, las recicladoras se han apropiado de estos territorios para generar servicios que son prácticamente gratuitos para los eslabones más altos de la cadena de reciclaje y para los Gobiernos Autónomos Descentralizados, debido a que abaratan y subvencionan los costos de recolección y clasificación de la basura, sin un reconocimiento de sus labores y sin condiciones adecuadas de trabajo.

La alimentación es un elemento importante dentro de la vida de las personas, dado que contribuye al desarrollo integral y genera condiciones óptimas en la salud. Sin embargo, una alimentación inadecuada tiene repercusiones negativas, porque conlleva a una serie de enfermedades como: las patologías cardíacas, la diabetes, el cansancio físico y mental, entre otros. Estas enfermedades se originan como consecuencia de los malos hábitos alimenticios, y por las características propias que tienen los alimentos cuando se consumen (Camelo, Gina y Luzetty 2020, 62).

En este sentido, la precariedad se manifiesta en las condiciones inadecuadas de trabajo, las calles no son espacios adecuados para servirse algún alimento después de una jornada ardua de trabajo. Beatriz, junto a Alison y su nieta, consumen ciertos alimentos cerca de los materiales extraídos de las fundas de basura, aumentando los riesgos y las vulnerabilidades para contraer enfermedades (Nota diario de campo, 11 de marzo de 2023).

 Mi nieta Beatriz siempre viene a ayudarme los fines de semana, pero siempre me da miedo que le pase algo con tantos carros que pasan aquí. Si sabemos traer algo para comer, pero son cositas no más. A veces traemos agua, antes le sabía traer a mi hija una avenita para que se tome (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 11 de marzo de 2023).

En este escenario, como diría Alison Vásquez (2021), la vida es vulnerable y, por lo tanto, requiere de cuidados y condiciones de viabilidad. Las respuestas de las comunidades, que en este caso son las personas que viven en la calle Abdón Calderón a pocas distancias de donde

Beatriz realiza sus oficios, muestran que la diversidad económica tiene lógicas distintas a los modelos tradicionales de salarización. En estas nuevas dinámicas se intercambian valores de uso para satisfacer algunas necesidades, sin que necesariamente hayan pasado por una “transformación de valores a precios”. Es así como, las personas que están cerca del lugar de trabajo de Beatriz se transforman en agentes económicos que se organizan bajo un conjunto de voluntades colectivas, y que con su colaboración permiten que los recursos sean repartidos. En estas nuevas formas de aprovisionamiento estas personas producen una fractura de los modelos tradicionales de intercambio, con formas más o menos solidarias que sirven para hacer frente a la precariedad que viven las minadoras en las calles. Beatriz señala que a pesar de la vulnerabilidad, del hambre y del cansancio nunca ha recogido los alimentos de la basura. En muchas ocasiones, varias personas se han acercado a ofrecerle algún alimento para que pueda servirse durante el día: “Cuando me regalan la gente me viene trayendo algo. En la basura no se puede coger, porque es sucio y nos hace daño. No le voy a mentir cuando la gente me quiere dar, me da en las manos” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 11 de marzo de 2023).

Por otro lado, una alimentación adecuada permite que el cuerpo reciba los nutrientes esenciales que, posteriormente, servirá como defensa ante posibles enfermedades. Esto proporciona la energía necesaria para mantener una buena condición de salud, y para contribuir en el crecimiento y en el desarrollo físico e intelectual de las personas (Camelo et al. 2020, 62). Sin embargo, una alimentación inadecuada, especialmente, para una niña de 11 años como Beatriz, puede generar repercusiones en su normal crecimiento. Esto puede manifestarse en el bajo peso o talla para su edad, en la debilidad de sus músculos, en el retraso de su crecimiento, y en la reducción de su rendimiento escolar. En los días de trabajo, Beatriz se sirve algunos alimentos que trae su abuela que no necesariamente son los más adecuados para su edad: “Mi abuelita sabe traer pan con café para que comamos. Si agua también nos trae, porque no sabemos desayunar en la casa. En la tarde, si nos da hambre pero ya me espero hasta llegar a la casa” (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 11 de marzo de 2023).

Foto 4.6. Beatriz con un juguete



Fuente: Foto de la autora.

En este escenario, es importante considerar que el sistema económico está pensado para el individuo del mercado que no tiene necesidades propias y responsabilidades ajenas de cuidado. Desde este sistema, se impone un modelo normativo en donde aparece un “trabajador champiñón” como un trabajador “racional” autosuficiente y sin necesidades, en donde esta representación se traslada a las dinámicas que movilizan la cadena de reciclaje. Los depósitos, los intermediarios y las grandes industrias asumen que las minadoras son personas autosuficientes, presuponen no tienen necesidades que van más allá de aquellas reconocidas dentro del consumo mercantil y, menos aún, que tienen responsabilidades sobre el bienestar ajeno que condiciona su inserción laboral (Pérez 2019, 234).

Sin embargo, en este escenario la economía feminista aparece para poner “patas arriba” estas concepciones con el propósito de reconstruir las ideas acerca del cuidado, del significado de la independencia, y del sentido de la comunidad. La economía feminista reconoce que la vida es vulnerable y precaria y, por lo tanto, requiere de condiciones de posibilidad para mantener (Pérez 2019, 235). Una de estas condiciones para asegurar el bienestar es partir del cuidado, de la alimentación y del descanso, las cuales son condiciones que indiscutiblemente requieren las minadoras y sus familias.

4.5. ¿Cómo se percibe mi cuerpo?

El espacio, como una construcción social, no produce efecto alguno en las relaciones sociales, sino que son las categorías de vecindad y extranjería las que configuran y establecen los modos de relacionarse. Es decir, con quien nos encontramos próximos en el espacio o con quien nos hallamos en contacto mutuo se producen una serie de estados de ánimo y sentimientos decididos (Sabido 2020). En la proximidad geográfica, cuando caminamos en las calles o cuando a tempranas horas del día colocamos las fundas de basura se produce una proximidad con las minadoras. Esto implica un contacto cuerpo a cuerpo, el cual ocasiona un intercambio de efectos que produce una serie de estados de ánimos o sentimientos decididos, reconociendo a las minadoras como trabajadoras, o bien como parte de lo vejatorio (Sabido 2020).

Estos sentimientos se producen cuando se percibe a simple vista la figura de las minadoras, principalmente cuando están en medio de cosas que son desechadas, sucias e inútiles para la sociedad. Esto hace que, inmediatamente, sus cuerpos fracturen las normas y los cánones que son socialmente aceptables y reconocidos, convirtiéndose en cuerpos no deseados, expuestos y marginados según la mirada de quien detenta el poder y el privilegio de clase. De esta manera, la precariedad hace que su apariencia corporal sea una condición determinante para que estén expuestas al reclamo, a la violencia y a los conflictos que se originan en las calles (Cavarero y Butler 2014).

Generalmente, todas las personas necesitan dar un sentido a su existencia. Sin embargo, este sentido está construido en el relato, en las experiencias y en los saberes que se construyen en la percepción propia, y en la mirada que tienen los demás respecto a la apariencia corporal del cuerpo (Rivadeneira 2020, 211). En medio de violencias y estigmas sociales para Beatriz el oficio de minado es una forma de reivindicar un trabajo decente, pero está consciente que las condiciones laborales que están inmersas no son las más convencionales. Sobre este escenario, las recicladoras son seres expuestos que van construyendo su identidad con la percepción que tienen los demás respecto a su propio cuerpo. En las calles sus cuerpos son llamados “sucios” y estigmatizados con violencia como delincuentes o criminales (Nota diario de campo, 14 de marzo de 2023).

Hay tantas personas en esto, pero yo veo que es un trabajo decente. Para mí es decente, porque no tengo que robar a nadie. Pero la gente cuando nos ve dice que somos sucias, les da asco porque cogemos la basura. Yo sé que es basura, pero para mí no hay trabajo (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 14 de marzo de 2023).

Sin embargo, estos sentimientos y atribuciones a sus cuerpos son mandatos también asignados por personas cercanas o miembros familiares, quienes consideran al oficio del minado como labores “impropias”. En los relatos de Beatriz, su ser se fragmenta cuando recuerda que su segunda hija, con quien ya no tiene contacto alguno, percibía a su madre con vergüenza. Esto ocasionó varios conflictos familiares, y estableció una distancia entre ellas (Nota diario de campo, 14 de marzo de 2023).

 Mi segunda hija vive en la costa. Ella le había dicho a mi hermano que no quiere verme, porque siente vergüenza de mí y de lo que hago. Nunca he recibido nada de ella, no me dice mamá, solo señora. No tengo en qué trabajar, si fuera joven me fuera a arreglar casas (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 14 de marzo de 2023).

En consecuencia, en las narraciones de Beatriz se descubre que los oficios de minado son una forma de trabajo decente que dan sustento económico para atender sus necesidades vitales. Sin embargo, estas labores se reproducen sobre una estructura económica que considera su fuerza de trabajo como servil ante el sistema capitalista, convirtiéndose en cuerpos que son parte del azar natural de los procesos de explotación, mientras son estigmatizadas con violencia en medio de sus condiciones precarias de trabajo.

4.6. Las marcas de la precariedad en mi cuerpo

En general, en el sistema capitalista las condiciones para la reproducción de la vida están signadas por la precariedad. Esta condición se presenta como un fenómeno notoriamente feminizado, en donde las mujeres se incorporan al trabajo remunerado bajo la categoría de trabajadoras autónomas o por cuenta propia, pero con la característica que tienen que abaratar su mano de obra a una escala más baja que la propuesta por los mercados formales. En este sentido, para la mayoría de las mujeres la precariedad en sus condiciones de vida aparece como una constante desde que ingresan al mercado informal, en donde la pobreza reproduce y ahonda esta condición (Rivadeneira 2020, 33).

Hoy, la precariedad implica caer en una zona de alta rotatividad. Las mujeres tienen que transitar por diferentes trabajos precarios, en donde las habilidades necesarias para hacer frente a los obstáculos de la vida laboral se van adaptando de acuerdo a las normas y a los requerimientos de las grandes industrias. Sin embargo, pasar de una ocupación a otra demanda que el cuerpo asuma un “cálculo personal” que está relacionado con aquellos costos que implican la reasignación de las energías productivas, amoldándose a los riesgos y a las

incertidumbres que caracterizan a los trabajos informales. En este sentido, la sensación de no tener más opciones y estar obligado a seguir se convierten en marcas impresas en el cuerpo que surgen por las condiciones laborales inadecuadas (Cervio, Lisdero y D'hers 2020).

Las marcas de la precariedad empiezan cuando Beatriz abandona la escuela y se sumerge en el mundo laboral para generar un sustento económico para ella y su familia. Sin embargo, las condiciones laborales nunca fueron apropiadas, el trabajo doméstico remunerado que se caracteriza por las largas y extenuantes jornadas de trabajo marcaron el cuerpo de Beatriz en dolencias, angustias y enfermedades. Posteriormente, su cuerpo se adaptó a las energías que demandaban las labores de la cocina, su figura trabajaba sin vida y era servil para generar las ganancias y los beneficios económicos de quienes se encontraban en una jerarquía superior a ella. De esta manera, su cuerpo vivió la experiencia de ajustarse a las demandas y a los requerimientos de los nuevos trabajos, mientras cargaba con la angustia de quedar en desempleo, y con la incertidumbre respecto a la continuidad de su vida (Nota diario de campo, 14 de marzo de 2023).

Yo estuve hasta cuarto grado en la escuela, no sé leer ni escribir. Tuve mi primer hijo a los 15 años, a mí me hicieron casar a la fuerza mis papás. Yo empecé trabajando en la casa de una señora haciendo la limpieza, era puertas adentro, y era duro porque no podía ver a mi familia. Cuando salía estaba cansada porque me pasaba doliendo la espalda (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 14 de marzo de 2023).

Después más jovencita, estuve en un restaurante en Quito cerca de la Carolina, prácticamente ahí me crie, haciendo las cosas aprendí hacer todo. Pero nunca me reconocieron, estaba sin contrato y me pagaban muy poco, igual era bien cansado, parecía que no tenía vida, iba del trabajo a la casa. Después la señora vendió el restaurante y me quedé sin trabajo. Así salí adelante trabajando en las casas y en la cocina (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 14 de marzo de 2023).

No obstante, esta violencia estructural está determinada por la pobreza, por el hambre y por la marginalidad, pero usualmente es invisible porque forma parte del azar natural de los procesos de explotación que están dentro de las estructuras económicas del sistema capitalista. A esto se suma la violencia de género que se manifiesta como un mecanismo para garantizar la obediencia de los individuos en el orden jerárquico, estableciéndose como una forma legítima y extendida sobre familias pobres y vulnerables. En donde, la fuerza del orden masculino prescinde de cualquier justificación como un acto socialmente permitido, e incluso

impuesto como un mandato moral o como un deber para mantener el orden dentro de la sociedad patriarcal (Rivadeneira 2020, 36).

En este sentido, no solo la violencia estructural marca el cuerpo de las mujeres, sino también la violencia de género. El cuerpo de Beatriz está marcado con heridas y rasgaduras causadas por actividades económicas que no conocen tiempo, descanso y condiciones adecuadas de trabajo, pero también con lesiones ocasionadas por maltratos físicos, convirtiendo a su cuerpo en un tren de aterrizaje en donde se despliegan formas de violencia que no tienen nombre (Nota diario de campo, 4 de marzo de 2023).

De guambrita me casaron a la fuerza. Él era mayor para mí, él tenía 22 y yo tenía 15 años. Él me sabía pegar, me cogía del cuello. Una vez me pegó en el estómago, me arrastró por el suelo, me jaló del cabello, y me rompió la cabeza. Yo me quedé sangrando, cuando vino mi mamá me llevó al hospital, pasé tres meses en cuidados intensivos. Yo volví con él porque era mi marido, pero cuando le quise coger preso se enojó, ese día me amarró las manos a la cama y me violó. Yo no aguantaba más, me salí de mi casa con mi hija, una vecina me dio posada y al día siguiente fui con ella donde un político, y puse una denuncia para que nunca más se me acerque (Entrevista a Beatriz, en conversación con la autora, 4 de marzo de 2023).

En consecuencia, detrás de la precariedad laboral se asientan formas de violencia que generan condiciones lacerantes de vida. La violencia de género se reproduce con amparo y cooperación del fenómeno de la precariedad, porque la carencia económica y social determina las posibilidades de denunciar los actos de violencia que se inscriben y producen marcas en el cuerpo de las mujeres.

4.7. A modo de cierre: ¿Entonces cómo se inscribe la precariedad en el cuerpo?

En la actualidad, la noción de precariedad aparece como una norma signada que se reproduce y prevalece en el sistema capitalista. Este término va más allá de las nociones tradicionales de trabajo, debido a que es un fenómeno que atraviesa la existencia de los individuos y, en definitiva, degrada el bienestar y la vida misma. Dentro del sector informal, que está oculto y fuera de los marcos institucionales que gobiernan la economía, la precariedad aterriza sobre el cuerpo de las mujeres como si por naturaleza fuera un bastidor o una geografía destinada para reproducir algunas formas de poder y explotación.

Los oficios del minado se desarrollan dentro de la economía informal, en donde la precariedad surge como una condición coextensiva de la vida humana. Este fenómeno recorre y transita

las experiencias y los cuerpos de las minadoras que sirven como meros apéndices para las grandes industrias. Las condiciones inadecuadas de trabajo, que caracterizan a estos oficios, se sienten y se viven en el cuerpo como un territorio que experimenta las relaciones con el tiempo, el espacio y las emociones. Sin embargo, las nociones de trabajo que estaban en función de las necesidades básicas, ahora, pasan a convertir el cuerpo en una herramienta funcional más que se agrega en el escaparate de los medios de producción.

La precariedad se inscribe en el cuerpo de las minadoras, la cartografía empieza con las manos que tienen la responsabilidad de transportar y movilizar materiales de gran peso. Sin embargo, cuando las manos no son suficientes relegan su trabajo a la espalda que sirve como la herramienta más “adecuada” para soportar más peso. En este escenario, las manos y la espalda quedan disponibles para la producción, no importa las rasgaduras, las heridas o el cansancio solo sirven para “generar” y para cumplir con el mandato capitalista que alude a que las manos más eficientes y la espalda más fuerte se convierten en instrumentos de trabajo más operativos.

Sin embargo, los eslabones más altos de la cadena de reciclaje establecen las remuneraciones de acuerdo a sus nociones de lo “justo” e “injusto”, en donde las manos expuestas a los desechos contaminados, la espalda agotada y los pies cansados simplemente no ingresan como vectores dentro de los valores de intercambio de los materiales recogidos. En este sentido, cuando en las calles el cuerpo es una herramienta de trabajo que no tiene el descanso, el cuidado y la alimentación adecuada, porque es un territorio que tiene que cumplir con un tiempo productivo, con una demanda y con una necesidad se transforma en un cuerpo expuesto, enfermo y cansado, en donde los dolores de espalda o el amortiguamiento de las manos son solo los síntomas más comunes.

Con el nuevo modelo neoliberal de explotación cambiaron los patrones tradicionales de trabajo, en donde los centros productivos se trasladaron de las industrias a las calles. Hoy, la estructura urbana de estos espacios públicos no está diseñada para conformar espacios de descanso, para lugares específicos destinados para alimentarse y, menos aún, con instalaciones sanitarias. Estos territorios inhabitables de trabajo hacen que el cuerpo sea más vulnerable, y quede expuesto a una mala salud y a un bienestar que se va deteriorando con el tiempo.

En consecuencia, desde las calles, la sostenibilidad de la vida se fragmenta en una serie de vulnerabilidades que nacen de la subordinación de los cuidados a la dependencia del ingreso y

la explotación. Las lógicas de cuidado que están destinadas al aprovisionamiento y al bienestar se transforman para servir a un modelo económico que concentra el poder y la riqueza, mientras empobrece y excluye a las minadoras. Finalmente, es importante considerar que el cuerpo, además que sostiene y reproduce las ganancias de las industrias, también es el cuerpo que cuida, atiende, sana y busca cómo sostenerse en medio de precariedades.

Conclusiones

La presente investigación es una aproximación a la precariedad desde una lectura que parte de las experiencias y del conocimiento situado. En estas páginas la precariedad no aparece como un dato estadístico que es mensurable, sino como una realidad económica y social encarnada en todas aquellas mujeres que día a día trabajan y conviven con el desecho. En este sentido, en estas líneas se hace énfasis en cómo el fenómeno de la precariedad se siente, se vive y habla desde distintos tapices del cuerpo.

Hoy, la economía feminista aparece como una propuesta disruptiva a los modelos económicos convencionales. Mirar más allá de los esquemas tradicionales que se refieren al mercado formal permitieron dar cuenta de esas economías que sostienen la vida en torno a la subsistencia. Los oficios del minado se realizan en las calles, la primera impresión son mujeres que hurgan cuidadosamente en las fundas de basura. Es una imagen inmediata que, en recurrentes ocasiones, puede causar desagrado y malestar. Sin embargo, cuántas veces mientras caminamos en las calles nos cuestionamos: ¿cuáles son las condiciones de trabajo de estas mujeres?, o ¿qué derechos, beneficios y reconocimientos gozan estas trabajadoras cuando las comparamos con quienes se sitúan como trabajadoras/es “formales”?

La ruta empieza con la carencia económica que tienen las minadoras; las compensaciones de los materiales recogidos se determinan dentro de una economía moral, en donde la buena “voluntad” del comprador establece el valor de cambio de los materiales recogidos. En la actualidad, las empresas más importantes del país se encuentran en la industria del reciclaje, principalmente, una buena parte de sus beneficios se reproduce a costa de las labores que realizan las minadoras. Es decir, son ganancias que se producen con la apropiación del trabajo no pagado y no reconocido que desarrollan estas mujeres en las calles. Sin embargo, estas condiciones inadecuadas de trabajo son solamente un síntoma que es diagnosticado por los eslabones medios y altos como un problema relativo a las malas prácticas de “autogestión” y “autoemprendimiento” que llevan a cabo estas mujeres.

En este escenario, los discursos que giran en torno al “trabajo autónomo” o al “espíritu empresarial” son formas distintas y diferenciadas que proliferan la precarización del trabajo y las condiciones de informalidad, utilizando viejos y nuevos mecanismos para la explotación y el sometimiento laboral (Antunes 2015). Las cadenas de reciclaje utilizan estos discursos para aprovecharse del trabajo vivo que realizan las recicladoras en las calles sobre la idea de que

son trabajadoras autónomas e “inversoras de sí mismas” y, de esta manera, justifican las carentes remuneraciones que entregan a estas mujeres. No obstante, las minadoras no interiorizan esta *razón neoliberal*, y no se identifican completamente con estos discursos, debido a que para ellas su trabajo es solo el medio para sostener sus vidas.

Por otro lado, continuando con el análisis, la remuneración económica que reciben las recicladoras se establece como una barrera económica para satisfacer las principales necesidades básicas como: la salud, la alimentación y la vivienda. La precariedad laboral es vital y hace que la sostenibilidad de la vida se fragilice como resultado de las condiciones económicas que no dan cuenta de una vida digna. Esta realidad hace que estas mujeres y sus familias sean cuerpos expuestos diferencialmente a condiciones de discriminación y, en ocasiones, de violencia.

De esta manera, la carencia económica hace que las deudas aparezcan como “reparo” frente a la precarización, en donde “endeudarse para vivir” se transforma en un eslogan que cargan las y los trabajadores informales para seguir sosteniéndose económicamente. Además, cuando existe un desbalance económico en donde el ingreso no alcanza a cubrir las responsabilidades financieras, las estrategias se elaboran de forma inmediata comprometiendo y sacrificando el cuerpo. En esto último, “dejar de comer” o trabajar en exceso se convierten en maniobras tácticas para evitar los atrasos financieros, y para evadir cargos y multas adicionales. Hoy, los hogares de las minadoras son solo un laboratorio más para la intrusión de las nuevas tecnologías financieras.

Por otro lado, las nuevas formas de inserción de las y los trabajadores informales no son prácticas enteramente nuevas, sino que son formas reinventadas por el sistema capitalista para generar beneficios económicos (Antunes 2015). En este escenario, las calles únicamente se han transformado en territorios para obtener bienes y recursos indispensables para la vida que, generalmente, son una privación forzada por el escenario económico. En las calles, la precariedad ha obligado a que la basura adquiera un sentido de propiedad, sin embargo, esto solo ha ocasionado conflictos y violencia entre los y las recicladoras. La violencia en las calles, además, se manifiesta cuando las minadoras son estigmatizadas por sus oficios y por su apariencia corporal, convirtiéndose en cuerpos que son tachados como vándalos o ladrones. Todo se acrecienta por tratarse de una actividad que no es reconocida en el mercado y en los marcos institucionales, los cuales deberían asegurar condiciones dignas y habitables de trabajo.

En las calles, la precariedad económica y social que enfrentan día a día las minadoras se esconde en la “suerte”, principalmente cuando de manera inesperada se encuentran en medio de los desechos ciertos bienes que son limitados por la carestía económica que viven sus cuerpos. Estos bienes, que son desechos porque vienen con la “marca de la obsolescencia programada”, las minadoras les dan un nuevo uso y un nuevo valor personal a estos objetos, no tiene importancia de dónde vienen y en qué condiciones se encuentran. Especialmente, las hijas de las recicladoras buscan asiduamente “tesoros” entre las fundas, porque la precariedad se presenta como una condición que inhibe la posibilidad de acceder a lo “bueno”. En este escenario, de incertidumbre también se presentan formas de aprovisionamiento que se basan en lógicas distintas a la acumulación del capital y el consumo. En ellas, la provisión de bienes se relaciona con la sostenibilidad de la vida y, además, con formas de cooperación que vienen de otras personas, sin que necesariamente gobierne el principio del intercambio monetario. De esta manera, los recursos que obtienen las minadoras de la empatía que generan en las calles entre vecinas, trabajadoras y familiares permite tapar y, de cierta manera, aminorar la precariedad de la que son parte.

Generalmente, los oficios del minado son labores que se realizan entre miembros de la familia; los hijos e hijas de las minadoras trabajan en las mismas condiciones que sus madres y sus abuelas. La diferencia es que trabajan para generar una protección interna, y para crear una red de apoyo para cubrir a sus madres de los riesgos, violencias y maltratos en las que están inmersas. Sin embargo, estas formas de reciprocidad solo reproducen las condiciones intergeneracionales de desigualdad, debido a que se sigue manteniendo y perpetuando las mismas condiciones precarias y vulnerables que viven sus madres; es decir, con los mismos ingresos y con la misma desprotección social.

Por otro lado, las viviendas y los activos son un espejo de la realidad económica que viven las minadoras. Los activos que habitualmente son una garantía financiera, un patrimonio de resguardo, y una fuente de ingresos para hacer frente a las diversas vicisitudes de la vida son una privación forzada para estas familias. Los activos que se encuentran en sus hogares apenas permiten satisfacer ciertas necesidades, y pobremente otorgan ciertas comodidades. En este aspecto, Solís et. al (2019) considera que los “territorios sacrificio” son zonas vulnerables donde se asientan los sistemas de disposición final de los desechos, los hogares de las minadoras, en menor escala pero con la misma vulnerabilidad, se han convertido en espacios para el almacenamiento y el acopio de los materiales que son recuperados de las calles. De esta manera, la precariedad hace que cada vez más los cuerpos de las minadoras y sus familias

se vuelvan más frágiles, porque están obligados a convivir cerca de objetos que pueden estar contaminados, y que pueden atentar con su salud y su bienestar. En consecuencia, los oficios del minado, a diferencia de otros eslabones que se encuentran dentro de la cadena de reciclaje, carecen de espacios adecuados para almacenar el producto de sus largas horas de trabajo.

En este sentido, la precariedad aparece como norma signada que prevalece de manera diferenciada en el sistema capitalista. Es un fenómeno que se impregna como una marca adherible en el cuerpo y, por lo tanto, atraviesa la existencia de los individuos, degradando el bienestar y deteriorando la vida misma. Estos cuerpos trabajan en condiciones inadecuadas, haciendo que la precariedad se sienta y se viva el cuerpo como un territorio que experimenta las relaciones con el tiempo y con el espacio. En este aspecto, la cartografía del cuerpo da cuenta de que las manos, la espalda y los pies de las minadoras se convierten en meros instrumentos de trabajo.

Los oficios del minado son una actividad económica que implica el levantamiento, el descenso y el transporte de grandes bultos de materiales, son labores que someten las energías y los procesos vitales, porque demandan de un gran esfuerzo que, en muchas ocasiones, excede la capacidad del propio cuerpo. En las calles, la espalda es la herramienta que se hace responsable de transportar los materiales recogidos de las fundas de basura, dado que es el instrumento de trabajo “más adecuado” para soportar y cargar más peso. En cambio, la fragilidad de las manos es distinta, este territorio del cuerpo muestra las marcas y las heridas de los objetos cortopunzantes que se encuentran de manera desprovista entre las fundas de basura. Las manos, sin ninguna protección, mueven y palpan los desechos contaminados que se encuentran junto a los materiales que tienen que ser recuperados. El contacto de la piel con estos objetos, por una parte, es responsabilidad de los hogares y las instituciones que irresponsablemente no han adoptado un tratamiento adecuado para la gestión de los residuos sólidos, exponiendo el cuerpo de estas mujeres a una serie de enfermedades. Finalmente, los pies son los encargados de caminar grandes distancias, mientras se mantienen firmes durante toda la jornada laboral.

En este sentido, la precariedad se expresa en las condiciones de trabajo, las calles a diferencia de las oficinas carecen de cómodos lugares para descansar después una jornada extenuante de trabajo o para servirse un alimento para recuperar energías. El descanso, la alimentación y el cuidado del cuerpo entran en conflicto con la dinámica productiva, debido a que son cuestiones de menor importancia. Lo importante para las cadenas de reciclaje, sin duda, serán las figuras más “eficiente” que recuperan un mayor número de materiales, y que cumplen con

todos los requerimientos de volumen y peso establecidos. Las calles son territorios hostiles de trabajo, y hacen que el cuerpo sea vulnerable a una mala salud que se va deteriorando con el tiempo. Esto ocasiona que la sostenibilidad de la vida se fragmente creando una enorme tensión entre las dinámicas de acumulación y las vitales.

En consecuencia, la precariedad sirve como amparo para garantizar la violencia y explotación laboral de una actividad económica que está marginada y discriminada. El cuidado del cuerpo, que debería estar destinado al aprovisionamiento y al bienestar, sirve a un modelo económico que concentra el poder y la riqueza. El capitalismo opera con sus fuerzas de mercado con la idea de la autosuficiencia y la trascendencia, negando que la vida es precaria y vulnerable. Esto hace que los beneficios económicos de los altos mandos de las cadenas de reciclaje se superpongan sobre los cuidados, dando como resultado un cuerpo enfermo, expuesto y cansado.

En este sentido, la precariedad no se entiende únicamente como una noción que hace referencia a una amalgama de contratos temporales, facilidades de despido, riesgos laborales, etc. La precariedad se comprende como una dimensión multidimensional que va más allá de la asociación entre necesidades y recursos materiales, dado que nombra las violencias, los estigmas, las enfermedades, y demás condiciones que a menudo permanecen ocultas en la sociedad. Es decir, en esta investigación la precariedad es un concepto que desborda y trasciende las categorías asociadas al mundo restringido del trabajo y a los empleos formales, porque se habla de la precariedad de la vida que se expresa en la carencia de bienes de primera necesidad, en viviendas inhabitables, en el deterioro de la salud, en la deficiencia de cuidados, entre otras.

Por lo tanto, con lo expuesto en estos párrafos que dan conclusión a esta investigación cabría preguntarse: ¿Por qué es importante la economía feminista cuándo abordamos este tipo de trabajos y vidas precarias? El sistema capitalista reconoce a un sujeto económico autosuficiente, a un trabajador productivo, y a un mercado que satisface supuestamente todas las necesidades. Sin embargo, la economía feminista viene a desmotar estas premisas reconociendo que la vida es vulnerable y precaria. Con esta corriente de pensamiento se reconocen otras esferas diferentes a la del mercado, en donde la satisfacción de necesidades se efectúa mediante otras formas de aprovisionamiento social que funcionan con formas no mercantiles y solidarias y, además, se reconoce que los cuerpos de los y las trabajadoras no son mercancías operativas de trabajo, sino personas con deseos y afectos (Pérez 2019). La economía tradicional organiza el tiempo, el espacio y las instituciones, pero no reconoce que

el valor económico no está únicamente impreso en cuánto produce el trabajador, sino en los cuidados, en el descanso y en la alimentación que puede darse al cuerpo mientras trabaja.

En este punto, la economía feminista advierte que no es el cuerpo para servir a los intereses del capital, sino el cuerpo que sostiene y mantiene la vida. El cuerpo, en medio de precariedades, es un territorio que se nombra como un lugar de resistencia para denunciar las violencias de un sistema que reproduce la precariedad en todas sus formas. Como diría Silvia Federici (2020), es importante “apropiarnos de nuestro cuerpo, reclamar nuestra capacidad de decidir sobre nuestra realidad corporal para reclamar el poder y la sabiduría de nuestro cuerpo, tal como conocemos”.

Finalmente, frente a estas reflexiones es importante discutir brevemente al respecto, en las actividades económicas del reciclaje en el Ecuador es evidente que no subsiste una relación laboral en términos específicos. La conexión entre el comprador y las minadoras no se configura mediante un contrato laboral, en donde existe una obligación legal por parte de la trabajadora a prestar sus servicios a cambio de un salario o una retribución económica. El contrato laboral determina quienes son trabajadores reconocidos y quienes no, y quienes gozan de todos los beneficios y prestaciones sociales.

Hoy, en el contexto del capitalismo, la ausencia de estas categorías formales posicionan a las personas en una condición de trabajadoras/es independientes. Sin embargo, detrás de estas formas de trabajo independiente es imperativo reconocer que tras la aparente falta de una relación de trabajo formal permean de forma oculta condiciones de explotación y precarización laboral. Estas prácticas no reflejan una ausencia de explotación sistemática, pese a que las minadoras no tienen un contacto “directo” con el capitalista, sino más bien revelan que la acumulación se vale del cuerpo de estas mujeres para reproducir los intereses del capital. Aunque estas mujeres no son asalariadas y no se encuentran en una relación laboral específica persisten dinámicas de explotación de manera sutil pero efectivas, contribuyendo a la reproducción de las desigualdades sociales y de género.

Además, es menester destacar que la falta de una relación laboral no debe ser interpretada como la ausencia de problemas sistémicos y estructurales, debido a que esta condición nos insta de forma crítica a pensar las formas en que las minadoras se encuentran involucradas en un sistema que, de forma inadvertida, utiliza su cuerpo para desplegar formas de explotación laboral, y para perpetuar las desigualdades. En este escenario, el capitalismo vuelve a legitimar las dicotomías estableciendo una férrea distinción entre qué trabajos tienen valor

social y cuáles no, quienes son los trabajadores productivos y quienes no y cuáles son las formas “adecuadas” para sostener la vida.

Referencias

- Ademar, Horario. 2013. "La educación: clave para el desarrollo humano. Una perspectiva desde la educación auténtica." *Análisis. Revista Colombiana de Humanidades* 85: 57-85.
- Agenjo, Astrid. 2013. "Economía Feminista: Los retos de la sostenibilidad de la vida." *Revista Internacional de Pensamiento Político* 8: 15-27.
- Aldo, Ernesto. 2018. *Bienestar, consumo y capitalismo: Hacia una estrategia de consumo básico*. Universidad de Buenos Aires.
- Alison. Entrevista de Carolina Game. Entrevista, 4 de febrero de 2023.
- Antunes, Ricardo. 2015. "Los modos de ser de la informalidad: ¿hacia una nueva era de la precarización estructural del trabajo?" *Ecuador Debates* 94: 70-79.
- Apracio, Abraham. 2011. "Bienestar subjetivo del consumidor y concepto de felicidad." 24 (67).
- Arzate, Jorge, y Dídimo Castillo. 2019. "Jóvenes, desafiliación y trabajo precario. Un acercamiento desde la sociología cualitativa." En *Precariedad y desaliento laboral de los jóvenes en México*, editado por Dídimo Castillo, Jorge Arzate y Silvia Arcos, 1-170. México: Siglo XXI Editores.
- Ballesteros, Viviana, Yicenia Cuadros, Silvana Boterno, y Yolanda López. 2008. "Factores de riesgo biológicos en recicladores informales de la ciudad de Medellín, 2005." *Rev Fac Nac Salud Pública* 26 (2): 169-177.
- Barreiro, Ana. 2004. "La construcción social del cuerpo en las sociedades contemporáneas." *Papers* 73: 127-152.
- Bauman, Zygmunt. 2004. "Capítulo 2. Individualidad." En *Modernidad Líquida*, 59-98. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beatriz. Entrevista de Carolina Game. Entrevista, 28 de enero de 2023.
- Berlanga, Mariana. 2022. "Sueltas Colectivas: haciendo cuerpo-territorio en Toulouse (Francia)." *L'Ordinaire des Amériques*.
- Bermeo-Paucar, Javier, Victor Rea-Sánchez, Ricaute Pico-Yépez, y López-Bermúdez María. 2018. "El reciclaje: La industria del futuro en el Ecuador." *Universidad, Ciencia y Tecnología* 22 (87): 29-36.
- Bourdieu, Pierre. 2000. "Imagen aumentada." En *La dominación masculina*, 17-72. Barcelona: Anagrama.
- Brito, Leonardo, y William Aguilar. 2017. "El cuerpo, entre la mirada antropológica y la tecnología." *Universitas* XV 26: 201-222.
- Brown, Wendy. 2018. "Wendy Brown/ ¿Quién no es neoliberal hoy? Entrevista de Jacob Hamburger." *Ficción de la Razón*. <https://ficcionalarazon.org/2018/01/19/wendy-brown-quien-no-es-neoliberal-hoy/> (último acceso: 8 de diciembre de 2022).
- Butler, Judith. 2004. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Cajamarca, Edison, William Bueno, y José Jimbo. 2019. "De cero a dinero: La basura como fuente principal de negocio inclusivo de reciclaje en Cuenca-Ecuador." *RETOS. Revista de Ciencias de la Administración y Economía* 9 (21): 1-21.

- Camargo, Angélica, y Adriana Hurtado. 2013. “Vivienda y pobreza: una relación compleja.” *Cuadernos de vivienda y urbanismo* 4 (8): 224-246.
- Camelo, Laura, Gina Piñeros, y Luzetty Chaves. 2020. “Fomento de Alimentación Laboral Saludable en América del Sur.” *Revista Científica Ciencia Médica* 23 (1): 61-68.
- Carrasco, Cristina. 2006. “La Economía Feminista: Una apuesta por otra economía.” *Estudios sobre género y economía*, 1-40.
- Carrasco, Cristina. 2003. “La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?” *Mujeres y trabajo: cambios impostergables*, 5-25.
- Carrasco, Cristina. 2009. “Mujeres, sostenibilidad y deuda social.” *Revista de Educación*, 169-191.
- Castillo, Dídimo, Jorge Arzate, y María Nieto. 2019. “Precariedad laboral y construcción de identidad de los jóvenes en México.” En *Precariedad y desaliento laboral de los jóvenes en México*, editado por Dídimo Castillo, Jorge Arzate y Silvia Arcos, 1-170. México: Siglo XXI Editores.
- Cavallero, Luci, y Verónica Gago. 2022. *La casa como laboratorio. Finanzas, Vivienda y Trabajo Esencial*. Buenos Aires: Tinta Limón y Fundación Rosa Luxemburgo.
- Cavarero, Adriana, y Judith Butler. 2014. *Cuerpo, memoria y representación*. España: Icaria: Mujeres y Culturas.
- Cervio, Ana, Pedro Lisdero, y Victoria D’hers. 2020. “Cuerpos precarios. Habitar, respirar y trabajar en el sur global. Una mirada desde la sociología de los cuerpos/emociones.” *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales* 47: 43-63.
- Cosacov, Natalia. 2022. *Deudas, cuidados y vulnerabilidad. El caso de las mujeres de hogares de clase media en la Argentina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cuvardic, Dorde. 2013. “Las manos como símbolo, huella física de trabajo y proyecto ético en 'manos de obrero', de Gabriela Mistral.” *Filología y Lingüística*, 1-12.
- Dasten, Julián. 2019. *Estudios del trabajo desde el Sur*. Santiago de Chile: Proyecto FONDECYT.
- Deere, Carmen. 2021. “Introducción.” En *¿Casa propia? La autonomía económica de las mujeres en Ecuador*, 1-39. Quito: FLACSO Ecuador.
- Dorles, Jazmina. 2018. “La importancia del equipo de protección (EPP).” Blog de recursos humanos, 16 de mayo de 2018. <https://hntools.es/ayuda-y-consejos/la-importancia-del-uso-de-equipos-de-seguridad-epp/> (último acceso: 21 de marzo de 2023).
- Dörre, Klaus. 2019. “Capitalismo, Landnahme y regímenes sociales de tiempo: un panorama general.” *Pleyade*.
- El País. 2020. “El papel esencial de los recicladores en tiempos de pandemia.” 22 de junio de 2020. (último acceso: 20 de junio de 2023).
- Envera. 2015. “Agenda 2030: así contribuye Envera a once Objetivos de Desarrollo Sostenible.” 16 de enero de 2015. <https://grupoenvera.org/sin-categoria/agenda-2030-asi-contribuye-envera-once-los-objetivos-desarrollo-sostenible/> (último acceso: 6 de octubre de 2022).
- Esquivel, Valeria. 2012. “Introducción: Hacer economía feminista desde América Latina.” En *La economía feminista desde América Latina: Una hoja de ruta sobre los debates*

- actuales en la región*, editado por Valeria Esquivel, Alma Espino, Lucía Pérez y Corina Salvador Soledad Rodríguez, 1-464. Santo Domingo: ONU Mujeres.
- Esquivel, Valeria. 2016. "La economía feminista en América Latina." *Revista Nueva Sociedad*, 1-14.
- Esteban, Mari. 2013. *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Ballaterra.
- Federici, Silvia. 2022. *Más allá de la periferia de la piel. Repensar, reconstruir y recuperar el cuerpo en el capitalismo contemporáneo*. Italia: Traficantes de Sueños.
- Fernández, Víctor, y Manuel Trevignani. 2015. "Cadenas globales de valor y desarrollo: perspectivas críticas desde el Sur Global." *Revista de Ciencias Sociales*, 499-536.
- Flores, Raúl, Mónica Gómez, y Víctor Renes. 2016. *La transmisión intergeneracional de la pobreza: factores, procesos y propuestas para la intervención*. Madrid: Fundación Foessa.
- GAD Tumbaco. 2020. *Plan de Desarrollo y Ordenamiento Territorial Gobierno Autónomo Descentralizado de Tumbaco*. PDOT.
- Gago, Verónica. 2018. "Diez hipótesis sobre las economías populares (Desde la crítica a la economía política)."
- Gago, Verónica. 2019. *Grupo de Trabajo: Economías populares: mapeo teórico y práctico*. Quito: CLASSO.
- Gago, Verónica, Cristina Gachet, y Francisco Cielo. 2018. "Economía popular: entre la informalidad y la reproducción ampliada." *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 22 (62): 11-20.
- Galindo, María. 2013. *No se puede descolonizar sin despatriarcalizar*. La Paz: Mujeres Creando.
- García, Alejandro. 2005. "Vivienda, familia, identidad. La casa como prolongación de las relaciones humanas." *Trayectorias* VII (17): 43-56.
- GK. 2019. "La vida entre cartones." 27 de mayo de 2019. <https://gk.city/2019/05/27/recicladores-ecuador-reciclaje/> (último acceso: 10 de octubre de 2022).
- Gómez, Luis. 2007. "La informalidad en la economía, algo incuestionable." *Semestre Económico-Universidad de Medellín* 10 (11): 47-67.
- Guber, Rosana. 2016. *La etnografía: método, campo y reflexibilidad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Guzmán, Flérida. 2004. "Inequidad por género en el sector terciario." *Economía informa* 324: 1-9.
- Haraway, Donna. 1995. "Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial." En *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, 313-345. Universitat de València.
- Harding, Sandra. 1998. "¿Existe un método feminista?" *Debates en torno a una metodología feminista*, 9-34.
- Harvey, David. 2000. *Espacios de esperanza*. Madrid: Lavel S.a.

- Hendel, Liliana. 2017. *Violencia de Género. Las mentiras del patriarcado*. Buenos Aires: Paidós.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2022. *Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo, Subempleo (ENEMDU). Indicadores de Pobreza y Desigualdad*. Quito: INEC.
- IRR. 2015. *Reciclaje Inclusivo y Recicladores de Base en el Ecuador*. Quito: El Banco Interamericano de Desarrollo.
- La República. 2019. “Seis países alrededor del mundo reciclan más de 50% de su basura durante el año.” 10 de enero de 2019. <https://www.larepublica.co/responsabilidad-social/seis-paises-alrededor-del-mundo-reciclan-mas-de-50-de-su-basura-durante-el-ano-2813051> (último acceso: 6 de octubre de 2022).
- Lagarde, Marcela. 1997. *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*. Madrid: J.C Producción.
- López, Lylliam. 2015. *Cartilla Educativa N 6: Enfermedades ocupacionales o relacionadas al trabajo*. Nicaragua: Universidad Nacional de Costa Rica.
- Manrique, Manuel, Julia Teves, Armando Taco, y Jorge Flores. 2019. “Gestión de cadena de suministro: una mirada desde la perspectiva teórica.” *Revista Venezolana de Gerencia* 24 (88): 1136-1146.
- Marx, Carlos. 2004. “Manuscritos económicos-filosóficos de 1884.”
- Medina, Martín. 1999. “Reciclaje de desechos sólidos en América Latina.” *Frontera Norte* 11 (21): 1-25.
- Mezzadra, Sandra, y Brett Nielsen. 2017. “Capítulo 1 y 8.” En *La frontera como método o la multiplicación del trabajo*, 19-47 y 279-314. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mezzadra, Sandro, y Brett Nielson. 2014. “Fronteras de inclusión diferencial. Subjetividad y luchas en el umbral de los excesos de justicia.” *Papeles de CEIC* 2: 1-25.
- Ministerio de Ambiente, Agua y Transición Ecológica. s.f. “MAE conmemora el día del reciclador.” <https://www.ambiente.gob.ec/mae-conmemora-el-dia-del-reciclador-2/> (último acceso: 6 de octubre de 2022).
- MiResiduo. 2022. “Una visión General de los Residuos Sólidos en Nuestro Planeta.” 5 de octubre de 2022. <https://meuresiduo.com/es/blog-es/una-vision-general-de-los-residuos-solidos-en-nuestro-planeta/#:~:text=En%20todo%20el%20mundo%20se,son%20los%20lugares%20m%C3%A1s%20ricos> (último acceso: 6 de octubre de 2022).
- Monesterolo, Gabriela. 2013. “Jornadas laborales prolongadas y sus repercusiones en el buen vivir del trabajador y su familia.” *Foro Revista de Derecho* 19: 61-78.
- Montalvo, Gabriela. 2021. “Feminización, hambre y cuerpo en las nuevas formas de trabajo.” En *Economía para cambiarlo todo. Feminismos, trabajo y vida digna*, editado por Friedrich-Ebert-Stiftung. Quito: Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Moore, Jason. 2018. “¿Trabajo Barato? Tiempo, capital y reproducción de la naturaleza humana.” *Relaciones Internacionales*, 215-235.
- Muñoz, Michelle. 2011. *Residencia Estudiantil con Materiales Reciclables*. Tesis de grado presentada como requisito para la obtención del título de Arquitecto. Quito: Universidad San Francisco de Quito.

- Mutua Intercomarcal. 2022. “Mutua Intercomarcal. La Mutua de las Personas.” 13 de mayo de 2022. <https://www.mutua-intercomarcal.com/portal/noticia/2347/El-sobreesfuerzo-fisico---tu-cuerpo-te-pide-descanso-> (último acceso: 6 de marzo de 2023).
- Naciones Unidas. 2021. “Recicladoras de base, mujeres en primera línea de acción por el clima.” 8 de marzo de 2021. <https://ecuador.un.org/es/115575-recicladoras-de-base-mujeres-en-la-primera-linea-de-accion-por-el-clima> (último acceso: 10 de octubre de 2022).
- Narotzky, Susana. 2007. “El lado oculto del consumo.” *Cuadernos de Antropología Social* 26: 21-39.
- Organización Internacional del Trabajo. 2011. *Seguridad y Salud en la Agricultura*. Ginebra: OIT.
- Osorio, Jonathan, y Yordán Rodríguez. 2022. “Efectos del trabajo de pie en trabajadores del sector sanitario.” *Revista Cuidarte* 12 (3): 1-14.
- Oxfam Internacional. 2021. *El virus de la desigualdad. Cómo recomponer un mundo devastado por el coronavirus a través de una economía equitativa, justa y sostenible*. Oxfam.
- Palacios, Héctor. 2017. *Expansión metropolitana contemporánea del DMQ: La Ruta Viva y la re-desterritorialización del Valle de Tumbaco*. Tesis para obtener el título de maestría en Estudios Urbanos. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.
- Pérez, Amaia. 2015. “Economía del Género y Economía Feminista: Conciliación o Ruptura.” *Revista Venezolana de Estudios de la Mujeres* 10 (24): 1-22.
- Pérez, Amaia. 2019. “La precariedad se ha instalado como un régimen vital.” *andra.eus*. 21 de marzo de 2019. (último acceso: 20 de junio de 2023).
- Pérez, Amaia. 2019. *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Pérez, Yomila. 2019. “La precariedad del trabajo en la infancia. Una propuesta de indicadores para su medición.” En *Estudios del Trabajo desde el Sur*, editado por Álvaro Galliorio y Julián Dasten, 63-91. Santiago de Chile.
- Perona, Eugenia. 2012. *Economía Feminista: Ensayos sobre el papel de la mujer en la economía, la educación y el desarrollo*. Córdoba: Asociación Cooperadora de la Facultad de Ciencias Económicas de la U.N.C.
- Pessolano, Daniela. 2016. “Economía de la vida. Aportes de estudios feministas y de género.” *Polis. Revista Latinoamericana* 15 (45): 191-209.
- Piedra, Nancy. 2020. “El trabajo en los call centers: La corporeidad de la experiencia laboral.” *Revista Rupturas* 10 (1): 103-137.
- Pineda, Enrique. 2019. “Honduras: precariedad laboral en la clase asalariada durante el modelo de acumulación neoliberal.” *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 63: 101-123.
- Plan V. 2020. “Ecuador, ahogado en basura, está lejos de cumplir con las metas de los ODS al 2030.” 23 de junio de 2020. <https://www.planv.com.ec/historias/sociedad/ecuador-ahogado-basura-esta-lejos-cumplir-metas-ods-al-2030> (último acceso: 6 de octubre de 2022).

- Power, Marilyn. 2004. "La prestación social como punto de partida de la economía feminista." *Feminist Economics* 10 (3): 3-19.
- Primicias. 2019. "Los recicladores aún buscan la manera que su trabajo sea rentable." 26 de noviembre de 2019. <https://www.primicias.ec/noticias/economia/reciclaje-ecuador-modelo-negocios-rentabilidad/> (último acceso: 10 de octubre de 2022).
- Precarias a la Deriva. 2004. *La deriva por los circuitos de la precariedad femenina*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Quirós, Edda. 2004. "El impacto de la violencia intrafamiliar: Transitando de la desesperanza a la recuperación del derecho a vivir libres de violencia." *Perspectivas Psicológicas* 3: 155-163.
- Reales, Rosario, y Ruth García. 2019. "Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias." *Advocatus* 16: 189-191.
- Revista Herramienta. 2020. "La Economía Feminista de la Ruptura, una mirada distinta para pensar la crisis y la economía." 6 de junio de 2020.
- Rivadeneira, Lucía. 2020. *Con las manos en la basura: las minadoras de Quito-Ecuador, vidas significativas entre la explotación y el desecho*. Tesis para obtener el título de doctorado en Ciencias Sociales, especialización en Estudios Andinos. Quito: FLACSO.
- Robertsdotter, Andrea. 2020. *El espacio y el servicio doméstico en Cumbayá. Un análisis de la reproducción de la desigualdad y la espacialidad de las diferencias sociales*. Tesis para obtener el título de Doctorado en Estudios Andinos. Quito: FLACSO Ecuador.
- Rodríguez, Corina. 2015. "Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad." *Nueva Sociedad* 256: 30-44.
- Rojas, Loreto. 2019. "La precariedad habitacional en el contexto del neoliberalismo urbano chileno. Reflexiones en torno al proceso de verticalización de la comuna de Estación Central. Santiago de Chile." *Quid*. 16 (12): 93-113.
- Romero, Roxana. 2017. *Análisis Económico del Reciclaje y el Cuidado del Medio Ambiente en el Ecuador*. Trabajo de Titulación para la Obtención del Título de Economista. Guayaquil: Universidad de Guayaquil.
- Rubio, Jesús. 2015. "El oficio del reciclador de cartón en Buenos Aires, Argentina; Cali, Colombia; y Monterrey, México." *Trayectorias* 40: 114-140.
- Sabido, Olga. 2008. "Imágenes momentáneas subespecie aeternitatis de la corporalidad. Una mirada sociológica sensible al orden sensible." *Estudios Sociológicos* XXVI (78): 617-646.
- Sabido, Olga. 2020. "La proximidad sensible y el género en las grandes urbes: una perspectiva sensorial." *Estudios Sociológicos* XXXVIII (112): 201-231.
- Sanmartín, Glasis, Rosalía Zhigue, y Patricia Alaña. 2017. "El reciclaje: un nicho de innovación y emprendimiento con enfoque ambientalista." *Universidad y Sociedad* 36 (40): 36-40.
- Simmel, George. 2014. "Digresión sobre la sociología de los sentidos." En *Estudios sobre las formas de socialización*, 622-637. México: Fondo de Cultura Económica.
- Solíz, María. 2015. "Ecología Política y Geografía Crítica de la Basura en el Ecuador." *Letras Verdes* 17: 4-28.

- Solíz, María, Juan Durango, Milena Yépez, y José Solano. 2020. *El derecho a la salud en el oficio del reciclaje. Acciones comunitarias frente al COVID-19*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Stahel, Andri. 2002. “Las necesidades humanas y la reproducción de la pobreza para el desarrollo económico moderno.” *Debates Ambientales*, 141-151.
- Standing, Guy. 2013. *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y Presente.
- Teleamazonas. 2023. “En Tumbaco moradores se quejan de recicladora que ocasiona acumulación de desechos.” 23 de agosto de 2023. (último acceso: 5 de octubre de 2023).
- Tovar, Luisa. 2018. “Formalización de las organizaciones de recicladores de oficio en Bogotá: Reflexiones desde la economía popular.” *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* 62 (22): 31-61.
- Tsing, Ana. 2009. “Supply Chains and the Human Condition.” *Rethinking Marxism: A Journal of Economics, Culture & Society*, 1-31.
- Vásconez, Alison. 2021. “Economía feminista: Economía del Cuidado.” *Ecuador Debate* 114: 1-28.
- Vasconez, Mario, Andrea Carrion, Ana Goetschel, y Nancy Sánchez. 1997. *Breve historia de los servicios en la ciudad de Quito*. Quito: FLACSO Ecuador.
- Vera, María. 2019. *Resignificaciones de la Maternidad Moderna*. Disertación para la Obtención del Título de Sociología. Quito: PUCE.
- Villarreal, Héctor. 2016. “La globalización desde abajo.” *Revista Letras Libres*, 15 de marzo de 2016.
- Wagner, Iván. 2018. “La sumisión del cuerpo al capitalismo: la calidad de vida a través de los intereses de clase.” *Instituto Federal de Educación, Ciencia y Tecnología de Río Grande*, 1-10.